COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XVII

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN SEGUNDO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900

CAPITULO XXVI

Hace la profesión solemne de tres votos, y es regalado del cielo con nuevos favores.

Tenia muy cabal noticia el reverendísimo P. Mucio Veteleschi, Prepósito general de la Compañía de Jesús, del apostólico espíritu de los PP. Antonio Ruiz y Simon Maceta por largas experiencias de su virtud é indubitables pruebas de su santidad.

Pocos premios de honor tiene la Compañía de las tejas abajo para los méritos más relevantes, pues prelacías dentro ni fuera ni puede admitirlas ni pretenderlas. Magisterios

y otras exenciones por ancianos y graves que sean los sujetos, á ninguno se conceden. No tiene más el maestro de teología que el discípulo ni el Predicador jubilado que el hermano coadjutor.

El mayor galardon de la observancia regular es la honra de la solemne profesion, y esta se hizo á dichos Padres.

Preparóse el P. Antonio para hacerla con unos fervorosos ejercicios, y la hizo con grande avenida de consuelos espirituales el año 1620, en el día de la Purificacion de la Virgen en su iglesia de Loreto, sacrificándose de nuevo á Dios y renovando su esclavitud á la gran señora, con firmísimos propósitos de servirla hasta la muerte.

En estos dulces afectos de amor y de accion de gracias por aquel beneficio empleó todo aquel día. Retiróse á dormir un rato para levantarse á la media noche á la oracion, como tenía de costumbre. Y apenas cerró los ojos del cuerpo cuando vió con los del alma un escuadron de luces como de faroles ó luminarias que le ilustraban el entendimiento. A esas luces vió un dilatado piéla-

go de dichas que gozan los que á Dios se consagran con la religiosa profesion de los votos solemnes.

Despertó muy alegre de verse ya engolfado en aquel mar, y lo restante de la noche pasó en afectuosa accion de gracias, por tamaño beneficio, suplicando al Señor coronase sus misericordias con la mayor de conducirlo al deseado puerto.

Muchos días gastó en esta accion de gracias.

A 5 de Febrero, en la oracion de la mañana, haciendo exámen del tiempo que había tenido por materia ordinaria de su meditacion, las finezas del amor divino, averiguó que por espacio de los dos años antecedentes; y pasando á examinar lo que había aprovechado su espiritu al calor de aquel fuego celestial, de repente se sintió arrebatado el corazon con la vehemencia de un amor impetuoso con que se fué retirando el alma de todo lo visible á lo interior, sin que hubiera cosa que pudiera embarazarle la quietud que gozaba en aquel buen retiro. Sintió luego que el pecho se le abrasaba en llamas de amor, y vió

que una paloma, más blanca que la nieve, arrojando de sí rayos como iluminaciones de purísimo oro, con las alas tendidas, hizo asiento sobre su cabeza, causando en el alma un celestial regocijo, el cual dice que era: *Cuasi voluptas angelorum*, émulo del que en el cielo gozan los ángeles.

De la cabeza pasó la cándida paloma al corazon, que hizo como centro de su descanso.

Aquí oyó la señal que le hizo para salir de oracion y extrañó mucho se hubiese acabado tan presto, pues una hora le pareció un instante.

Casi lo mismo le sucedió en la oracion de la mañana siguiente. Toda su pendencia era con el reloj por la prisa que se daba en las vueltas de sus ruedas y acelerado movimiento de su espíritu, embargándole las delicias del suyo. Que en esta vida mortal aun los gustos que reciben las almas de Dios son transitorios. ¿Cómo podrán ser duraderos los de la carne y del mundo? Bien dijo el filósofo Séneca: *Cito nos voluptas relinquit, quæ fluit & transit & pene autequam veniat, au-*

sentur. Verdad es que los unos dejan alegre la conciencia, sabroso el paladar; los otros triste aquella y este como las hieles amargo. Los carnales son vigilias de disgustos, los espirituales empeños de otros mayores, como lo fué en Antonio el pasado, de otro que recibió el día siguiente.

Previno al alba para su oracion. Apenas entró en ella cuando sintió al Señor presentísimo en su alma, y que de aquella fuente de luz se derivaba en ella un raudal de aquellos resplandores que alegran con su corriente la ciudad de Dios, dejándola anegada toda en consuelos soberanos. Toda la hora duró esta dulce representacion, y también le pareció momentánea. Cautelábase menos destos favores, porque conocía que sus consecuencias eran amar más intensamente á Dios con todas sus fuerzas y humillarse más en su divino acatamiento, deseando sepultarse vivó y esconderse donde nadie le viese ni se acordase dél.

Pero cuanto más el peso de su humildad y propio conocimiento lo abatía tanto más lo levantaba el que del polvo de la tierra en-

salza á los pobres y humildes y les da honroso asiento entre los príncipes de su reino.

Diciendo un día las letanías mayores, que se rezan un cuarto antes de cena ó colacion en la Compañía, con los labios invocaba el favor de los santos y con el corazón hacía actos de profunda humildad, teniéndose por la más vil de todas las criaturas comparándose con otras de mayor caudal, de ciencia y de virtud, reconociendo en todos ventajas grandes y teniéndose á sí por siervo sin provecho; pero cuanto más hundido en este abismo de su miseria, oyó una voz que le decía:

—Antonio, yo te escogí para alumbrar estas almas.

Palabras que engendraron en él grande estimacion de los ministerios de la Compañía, y de las cuales coligió la que Dios hace de los que todos se empleen en la conversion y enseñanza de los pobres gentiles.

De aquí le nació el cuidado y aplicacion grande á enseñarles la doctrina, á administrarles los Sacramentos, confesarlos en sus

trabajos, visitar los enfermos, enterrar los difuntos y ejercitar con todos las demás obras de misericordia, corporales y espirituales, reconociendo en el más miserable la persona de Cristo, y vino á sentir en estos ejercicios santos tanto consuelo interior, que le parecía que en esta vida no había más qué desear.

Fuése un día á predicar á sus feligreses con ansias de imprimir en los corazones de todos el intenso amor de su Señor Jesucristo, que ardía en el suyo.

Concluído su sermon con fervor extraordinario, retiróse á su pobre celdilla, suplicando al Señor se lograse el trabajo de aquel sermon, pegando aquel fuego de su divino amor á todos los que lo habían oido, cuando se vió delante al Salvador del mundo, todo de la benignidad, que mirándolo con dulces ojos le dió pie para llegar á abrazarse con Su Majestad y á coser su boca con la llaga de su costado, exprimiendo dél gotas de sangre como el niño de leche del pecho de su madre.

CAPÍTULO XXVII

Parte á la ciudad de la Asunción y de allí á la de Buenos Aires, por orden de su Provincial, y lleva consigo la capilla de los infantes.

—

Visitando sus colegios el muy reverendo Padre Provincial de Paraguay, Pedro de Oñate, llegó al de la Asuncion, y para tener las convenientes noticias de los aumentos y florido estado de la nueva cristiandad del Guayrá, reducida á la fe con las gloriosas fatigas de sus hijos, escribió al P. Joseph Cataldino, que aun era superior de aquellas reducciones le remitiese un Padre que pudiese

hacerle entera relacion de lo que era necesario para continuar la reduccion de los infieles y de todo lo que en orden á este fin pedía pronto socorro, porque deseaba darlo con efecto y puntualidad.

Obedeciendo el P. Cataldino, señaló para esta jornada al P. Antonio Ruiz, que tan noticioso estaba de todo. El cual, sin réplica ni repugnancia, luego se puso en camino, siendo tan largo y lleno de peligros como se dijo arriba. Llevó consigo dieciséis niños cantores con su maestro de capilla. Y aunque caminó á largas jornadas, cuando llegó á la Asuncion ya el P. Provincial había marchado al puerto de Buenos Aires á donde tuvo aviso había llegado el P. Francisco Vázquez Trujillo que volvía de España con gente de refresco de las levas que hizo en varias provincias, para la empresa de la conversion de tantas naciones como deseaban venir al conocimiento de Cristo.

Halló orden que siguiese sus pasos hasta darle alcance. Y navegando á toda diligencia el río abajo, lo dió en la ciudad de las Siete Corrientes.

No se puede fácilmente explicar lo mucho que se consoló el P. Pedro de Oñate, con la vista de aquel varon apostólico, de quien tantas maravillas había oido contar.

De sola la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior, tuvo harto para conocer lo que era; pero más alto concepto formó de su gran santidad cuando llegó á comunicarle íntimamente. Parecióle habían quedado cortos los informes que se le habían hecho de sus heróicas virtudes. Admiróle y edificóle sumamente la narracion de las maravillas que Dios obraba en aquella gente por medio de los hijos de la Compañía, y creció mucho su consuelo cuando oyó la dulce consonancia y concertada melodía con que los dieciséis indios infanticos solemnizaron á canto de órgano una misa en que predicó su Paternidad con tanta destreza como si se hubieran escogido los cantores de varias capillas de Europa. Y para recibir con toda ostentacion de espiritual regocijo á los que venían de España, ordenó al P. Antonio le acompañase con su infantería, no menos que otras doscientas

leguas más de las que habían caminado.

Muchos inconvenientes se le representaron en esta obediencia; pero la suya era tan rendida y ciega, que no los vió para proponerlos, sí para atropellarlos.

Llegaron con harto feliz viaje al puerto de Buenos Aires, cuya silla episcopal dignamente ocupaba su prelado, primero que lo era en todo el ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fray Pedro Carranza, lumbrera de la sagrada religión del Carmelo, varon en el púlpito eminente, y en todo género de virtudes ejemplarísimo.

En nombre de S. M. Católica, gobernaba aquella provincia otra cumbre de prudencia y valor, D. Diego de Góngora, los cuales celebraron mucho, con grande estimacion de la Compañía, en aquellas primicias del gentilismo, convertido, tanta destreza en la música y variedad de instrumentos, tanta devocion y modestia en los cantores, que no suelen ser los más modestos y devotos del mundo, aunque tienen más obligacion de serlo por el oficio de ángeles que sirven, y por andar de ordinario en la presencia de

Dios y comer el pan de su casa. Reparaba el piadoso prelado en el recato, madurez y circunspeccion de sus acciones y palabras, y dellas sacaba enseñanza para sus pajes, y para muchos de sus súbitos materia de confusion.

Había llegado poco antes el navío en que venía el P. Francisco Vázquez con muchos y muy lucidos sujetos de casi todas las provincias de Europa. Prerogativa singular de la Compañía de Jesús, que los que entran en ella, aunque sean de encontradas naciones, echan luego en olvido su nacimiento y profesan tan estrecha concordia y fraterna union como si todos fuesen hijos de un padre y de una madre. Así pierden su nombre los ríos en entrando en el mar.

Venían todos, aunque fatigados de navegacion tan larga, deseosísimos de ir luego á trabajar en la viña del Señor y á ayudar á los operarios que llevaban *pondus diei & æstus*. Pero como los más no habían acabado aún el curso de sus estudios, á solos dos cupo por entonces la buena suerte.

Fué el uno el P. Bernardino Tello, natu-

ral de Cerdeña, que desde Buenos Aires subió con el P. Antonio á las reducciones, donde trabajó con notable fervoı, hasta que del contínuo desvelo vino á cegar del todo, y hubo de volver al colegio del Paraguay, en el cual fué singular el fruto que hizo á pie quedo en el púlpito y confesonario, obrando admirables mudanzas en desgarrados pecadores, que llegando á sus piés con gusto y sin empacho, le confesaban graves maldades por verle sin vista para conocerlos. Pero como era tan de lince la de su alma, guiaba con toda seguridad por el camino derecho de su salvacion á los ciegos con sus pasiones que iban á dar en el precipicio del infierno.

El otro fué el P. Francisco Díaz Taño, de quien ya en otro lugar hice mencion cuyas hazañas en esta espiritual conquista pudieran ilustrar mucho esta narracion; pero por ser vivo las dejaremos para más bien cortada, aunque no más afecta pluma.

Llevábalo destinado la santa obediencia para la cátedra, por el gran caudal de su sabiduría, viveza de ingenio y magisterio

grande. Pero Dios, que lo tenía para otro empleo de mayor gloria suya, borneó las cosas de suerte que vió cumplidos sus ansiosos deseos de consagrarse al cultivo de la gentilidad, anteponiendo el ser pedagogo de aquellos niños en la fe, al ser maestro de grandes letrados, con los aplausos que le granjeara su gran talento.

Partió luego á la ciudad de Santa Fé, pero ya había salido della el P. Antonio Ruiz con no pequeño desconsuelo de no haber merecido la compañia de aquel nuevo Pablo, á quien él sirviera de Bernabé.

Como la mies era mucha y los obreros pocos, casi todos los sujetos que llevó el P. Francisco Vázquez, dándose prisa en estudiar en pocos años, lo que otros en muchos, fueron presto á trabajar en la viña y conseguir el fin que los había sacado de sus provincias. Entre ellos fueron el P. Pedro Alvarez, el P. Pedro de Espinosa, que habiendo trabajado incansablemente algunos años, murió á manos de los gentiles, cuya vida santa y gloriosa muerte escribe el Padre Antonio Ruiz, § 442 y el P. Eusebio

hace honorífica mencion en la *Vida* de su hermano el P. Agustín de Espinosa, Padre Juan Suárez, P. Juan de Porres, P. Vicente Badía, P. Josef Demenec, de la observantísima provincia de Aragón, que molido de trabajos y rico de merecimientos, murió con grande opinion de santidad en una mision que hizo á las provincias del Maracayú. El P. Marco Marín, sujeto de muy amables prendas, con quien yo me crié en el seminario de Calatayud y lo llamábamos comunmente *Verus Israelita in quo dolus non est*, digno hermano del P. Juan Marín, de la misma Compañía, que siendo rector del colegio de Tarazona, por las grandes prendas de doctrina, prudencia y religion, fué llamado á Roma de su general para secretario, y á veces sustituto del asistente de España, con aceptacion universal de todas sus provincias. Asimismo hermanos los dos del muy ilustre Sr. D. Pedro Marín de Funes, deán y canónigo meritísimo de la santa iglesia de Tarazona, cada uno honor de su patria Maluenda, y nuevo lustre de su nobilísima familia.

De nuestro P. Marco, mayorazgo de su casa, que fué el primero en despreciar el mundo, podemos decir con verdad: *Consummatus in brevi explebit tempora multa*; que en pocos años vivió muchos siglos por la prisa que se dió en crecer en virtud y religiosa perfeccion, como lo testifica el muy reverendo P. Nicolás Durán Mastrillo, en las *Annuas* del año 1636.

El P. Gaspar Osorio, que habiendo entrado con ánimo invencible, denodado celo, á predicar el Evangelio en la provincia del Chaco, padeció la muerte cruel que deseaba por amor de Cristo, y él mismo se había profetizado, de lo que yo soy buen testigo, que varias veces le oí contar, como cosa ya hecha, el linaje de muerte con que había de epilogar su santa vida. Y tuve dicha de ser el primero á quien llegaron las nuevas de su martirio, que en un desierto me dieron los mismos que lo ejecutaron, de cuya fiereza no estuvo la mia muy segura, con que pude darlas á la ciudad vecina de Iujuí, donde hice gente que salió en busca del santo cadáver porque no fuese despedazado de los

tigres y otras fieras, de que están poblados aquellos desiertos. En su compañía, á manos de los mismos infieles, murió el P. Antonio Ripario, italiano, no menos señalado en el celo de propagar la fe.

Habiéndose detenido el P. Antonio Ruiz toda la Cuaresma en Buenos Aires, y edificado con los grandes ejemplos de su santidad, no menos á los externos que á los domésticos, volvió al Paraguay, llevando consigo al P. Bernardino Tello y una imagen de mazonería, hermosísima y devot sima de Nuestra Señora de Loreto, que en el navío vino de España, y ha obrado en aquella reduccion grandiosos milagros, con otras muchas alhajas para ornato de sus iglesias y adelantamiento del culto divino.

Nombróle el P. Provincial Superior de aquellas reducciones en lugar del P. Cataldino, que lo había sido por espacio de catorce años, con grandes aumentos de aquella cristiandad.

Halló mucha repugnancia en aceptar este oficio, no nacida de horror al trabajo, sino á la honra de Superior, como él lo significa en

uno de sus *Apuntamientos*: «Nunca tuvo pensamiento de ser superior, reconociendo su total ineptitud.» Y añade:

«Bajando á Buenos Aires, le dijo el Padre Provincial cómo lo tenía señalado para el gobierno de aquellas misiones. Turbóse y desconsólose mucho, y creyó era, ó burla para mortificarlo, ó equivocacion, y quiso preguntar si acaso hablaba con otro; pero presto entendió que no.»

Poco antes tuvo bastantes premisas de que trataban de hacerlo Rector de un colegio, y aunque recibió grande pesadumbre, propuso de obedecer hasta morir; acudió á consolarse al Santísimo Sacramento, y allí se le dió á entender que no se ejecutaría, como no se ejecutó.

Asimismo llevó en su compañía al Guayrá al P. Cristóbal de Mendoza, que fué muerto de los hechiceros, como lo refiere el mismo P. Antonio en el § 71 de su *Conquista*, y el P. Felipe Alegambe en el *Catálogo de los innumerables mártires de la Compañía en todas las cuatro partes del mundo*.

CAPÍTULO XXVIII

Vuelve el P. Antonio Ruiz al Guayrá, mueren del contagio de las viruelas algunos de sus cantores.

Habiendo navegado el P. Antonio río arriba las doscientas leguas que dista de Buenos Aires la Asunción, primera ciudad de la gobernacion de Paraguay, llegó á ella á tiempo que hacía cruel riza en los naturales la peste de las viruelas, de la cual se hirieron y murieron dos de su capilla en breves días.

Temeroso de que no corriese el mismo peligro, no su vida, que llevaba al tablero

siempre abandonada á muchos mayores, sino la de los demás infantes, que por su amor se habían desterrado de su patria y de los compañeros que tan necesarios eran para aquella nueva cristiandad, partió luego de la Asuncion. Pero como ya muchos iban heridos adolecían en el viaje. En una de las dos canoas que llevaba, recogió los contagiados y en la otra los sanos. Y como en su suma pobreza y desnudez es dificultoso el abrigo, y regalo que pide tan maligna enfermedad, aunque la caridad del P. Antonio hacía los esfuerzos posibles para que no les faltase ni lo uno ni lo otro, como en aquellas dilatadas soledades no se podía hacer recurso ni á médicos ni á medicinas, murieron cuatro en pocos días con grande sentimiento del Padre, que consideraba la pena de los suyos, por ser hijos de caciques principales, que idolatraban en ellos.

Aquí experimentó los efectos y miedo que les causaba una observacion supersticiosa y muy válida en la nacion Guaraní. Están persuadidos que cuando en las embarcaciones cantan los sapos, indican con

toda seguridad que alguno de los que los oyen ha de morir, y tanto más presto cuanto aquellos más aprisa repiten su fatal canto.

Comenzó el de aquellas ponzoñosas sabandijas á turbar á los indios y atemorizarlos de modo que le dió mucho cuidado al P. Antonio, porque aunque eran cristianos, aun á los muy católicos, que no dan crédito á pronósticos semejantes y penden de sola la voluntad de Dios, no deja la imaginacion de dar alguna pesadumbre.

Complicóse esta enfermedad de viruelas con otra no menos maliciosa de ardiente tabardillo, y aunque les acudió con sangrías, murieron otros diez, que fueron otras tantas lanzadas al corazón del piadoso Padre. A una crecía en aquellos el miedo y en su pecho el dolor; que deseaba volverlos sanos á sus padres, porque no tuviera el demonio de qué asirse para desacreditar la religion.

Otro motivo tuvo de no poco sentimiento. Saltó en tierra el maestro de capilla á señalar un descollado cedro que había visto en la ribera para fabricar dél una canoa. Dijo á sus compañeros que caminasen, que en

una punta que el río hacía les daria alcance, y que pensaba él llegar tan presto por tierra como ellos por agua.

Arribaron con las canoas al puesto señalado, y el maestro de capilla no parecía ni respondía á las voces que le daban.

Salieron en busca suya, y como en dos días no había hecho el camino que pudiera en uno, temió el Padre no lo hubiese despedazado algún tigre, que los hay en aquel paraje tan disformes como novillos.

Acudió á la Sacratísima Virgen, implorando su favor para el indio, ó vivo ó muerto; y cuando ya lo juzgaban comido de las fieras, apareció, pero tan flaco y rendido, que su mismo semblante publicaba el riesgo en que se había visto. Porque yendo en busca de sus compañeros lo acometió uno de los tigres sobredichos. Púsose en huída, y temiendo el alcance de la fiera, que seguía hambrienta y pertinaz, hubo de acogerse á lo más alto de un arbol, donde podía prometerse alguna seguridad. Pero como el tigre es tan brioso como lijero y lo estimulaba la hambre, comenzó á trepar por el arbol en

seguimiento de la presa, que ya tenia por suya.

En este mismo tiempo estaba Antonio luchando á brazo partido con Dios, como Jacob, y porque no faltase alba que hiciese más cierta su victoria, poniendo por intercesora á su gran señora la purísima Virgen, para que le guardase y restituyese salvo su indio. El cual, viendo que el enemigo se le iba acercando, y no teniendo arma alguna con que hacer defensa, pues aun no tuvo providencia de llevar consigo su arco y aljava, en este aprieto quiso Dios que le vino á la memoria lo que había oido decir á otros indios ancianos y expertos, que para defenderse de los tigres, no había tal remedio como darles con la orina en los ojos. El mismo miedo le hizo más socorrida la defensa; valióse della, y como si le hubiera dado con una rociada de balas por ia frente, se dejó caer el arbol abajo y se metió en huida como si le siguieran muchos lebreles y monteros. Con que el indio pudo llegar á los suyos, que lo recibieron con muestras de singular regocijo, y todos hicieron gracias, postrados ante la

imagen de Nuestra Señora de Loreto que llevaban en su embarcacion, reconociendo de su mano el beneficio.

No fué solo este el favor que recibieron de su benignísima patrona en este viaje.

Dominaban á la sazon todo aquel rio del Paraguay, como señores absolutos, los indios paraguayes, nacion bárbara y belicosa. Y pocos días antes, saliendo á piratear en sus canoas, toparon cuatro embarcaciones de españoles é indios amigos, y abordando con ellas, aunque no sin sangre, las apresaron.

A los españoles quitaron la vida y á los indios llevaron cautivos.

Destos sangrientos corsarios libró Dios por milagro á nuestro P. Antonio y á los suyos en la forma que aquí diré:

Madrugó un día antes que el sol á decir misa en la ribera, en el altar portatil que con especial privilegio del Sumo Pontífice llevan los Padres de la Compañía. Acabado el *introito*, vió en espíritu los bajeles enemigos, que venían con algazara grande á dar sobre sus canoas. Llamó á un español que iba

en su compañía; mandóle disparar un solo arcabuz que llevaba, para que aquellos juzgasen que había despierta centinela y que estábamos muy prevenidos, porque como están escarmentados de las pasadas burlas que les hacen las armas de fuego, ya no se atreven á embestir sino á traición.

Con este temor se detuvieron y el Padre y su gente, antes que acabase de amanecer, levaron áncoras y huyeron la emboscada.

El dia siguiente dieron en una canoa que se llegó á reconocer las nuestras y era espía de los piratas que no estaban lejos, y es cierto que si nos hubieran acometido nos hubieran apresado; pero Dios Nuestro Señor ó los cegó ó los intimidó de suerte que no se atrevieron. Con que nos dieron tiempo para embocar por el río Xuxui.

Llegaron á la primera poblacion de su ribera, de allí pasaron á otra, las dos de indios amigos.

Poco después entraron por el mismo río los Payaguas, dieron asalto al primer pueblo, hicieron cruel matanza en los adultos, llevaron las mujeres y niños cautivos. Desta

tragedia pudo hacer buena relacion el muy Reverendo P. Francisco Díaz Taño, que como dijimos, llegó tarde al colegio de Santa Fé, y siguiendo el rumbo que llevaba el P. Antonio llegó al mismo lugar que pocos días antes había asolado el ejército enemigo, donde tuvo bien que hacer su caridad, si no en socorrer á los vivos, que ninguno quedó, sí en sepultar, como el santo Tobías, á los muertos, que estaban tendidos por el campo, á beneficio de las fieras y aves de rapiña. Dió infinitas gracias á Dios por haber librado de aquella luctuosa calamidad á los ministros de su santo Evangelio.

Remataré este capítulo último y libro primero de la vida del V. P. Antonio Ruiz, con otros dos casos, que serán fieles testimonios del celo de la salvación de las almas que abrasaba su corazon.

Vivía un indio domiciliado y casado en la ciudad Real de Guayrá, el cual oyendo decir grandes cosas de la observancia de las leyes de Dios con que vivían los recién convertidos destas reducciones, deseoso de asegurar su salvacion y pareciéndole que lo

conseguiría con la institucion de los Padres y que sería bueno tratando con buenos, se resolvió dejar su casa y mujer y al amo á quien servía y se retiró á vivir como perfecto cristiano en una de dichas reducciones.

Vino á la de nuestro Padre Antonio, halló más de lo que había publicado la fama, comenzó á frecuentar Sacramentos con mucha devocion y á ejercitarse en obras de toda piedad. Deseó perpetuarse en aquel lugar donde tan bien le iba en el grangeo de los bienes eternos. Pero representóle el Padre la obligacion que le corría de cuidar de su mujer y hacer vida con ella. Con harta resistencia suya, por no contravenir á la voluntad de Dios, volvió á su Ciudad, donde el dueño indignado con la fuga que sin licencia suya hizo, lo desterró á una estancia de ganados que tenía muy distante á la otra parte del río Paraná. En ella, como ni tenía quién le dijese misa, ni confesase, ni predicase la palabra de Dios, en poco tiempo degeneró en bruto, dió larga rienda á sus apetitos y vivió algunos años como gentil, con solo el nombre de cristiano.

Cuando más olvidado de Dios y de su alma, le llevó Dios á su estancia al P. Antonio, que le pareció un angel del cielo, cuyos ejemplos de santidad y saludables consejos tenía bien impresos en sola la memoria del tiempo que vivió en su reduccion. Con muchas lágrimas le desabrochó su pecho, dióle larga cuenta de su estragada vida. Animólo el Padre á la enmienda, exhortólo á una sincera confesion de sus culpas, que hizo con muestras de entrañable arrepentimiento, dejándolo consolado y bien instruído en el orden de vida que había de guardar, prosiguió su viaje muy contento de haber ganado aquella alma para Dios. No estaba muy distante cuando le alcanzó correo de aviso que aquel hombre de repente había quedado muerto, para que encomendase su alma á Dios en sus santos sacrificios.

Si en este se lució la grandeza de la divina misericordia, no campeó menos en el que se sigue el rigor de la divina justicia. Servirá aquel de espuela en los desmayos de la esperanza, y este en los despeños de freno para el escarmiento, que estos son los dos

piés de Cristo que ha de besar el cristiano ni temerario ni por temeroso desesperado, como la santa Magdalena, según el consejo del dulce Bernardo. *Pedes isti sunt misericordia & judicium; quorum alterum fine altero osculari vel temeraria securitas est, vel desperatio fugienda.* Esto se aprende de las sagradas historias, y para este fin se escriben, no para cebo de la curiosidad.

Un español de la reduccion del Padre Antonio había robado una india, y con escándalo del lugar vivía amancebado con ella. Llamólo Dios á salir de aquel atolladero, por los sermones de tan santo predicador; hizo á sus voces el sordo. Envióle una grave enfermedad; endurecióse más con ella. Visitóle varias veces el Padre; representóle suave y amorosamente la obligacion de quitar aquel tropiezo, si no quería dar de ojos en el profundo del infierno. Y el doliente más duro que un pedernal.

Viendo el compasivo Padre la obstinacion de aquella alma, temiendo el daño que su mal ejemplo podia hacer en los feligreses, intentó valerse de la justicia para sacarle la

manceba de casa. Pero no fué necesaria esa diligencia, porque la divina tomó la mano y se la asentó muy pesada al rebelde, quitándole de repente el habla, privándolo de los sentidos y de la vida sin confesion. Con que su muerte fué para los indios de tanto provecho como había sido escándalo su vida.

Con esto pasaremos al libro segundo de la apostólica de nuestro Venerabilísimo Padre Antonio Ruiz.

LIBRO SEGUNDO

DE LA VIDA DEL V. P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Contiene lo que obró en el servicio de Dios, propagación de la fe, todo el tiempo que fué superior de las reducciones del Guayrá.

CAPÍTULO PRIMERO

Da principio felíz á su gobierno, exponiendo á la pública veneración la nueva imágen de Nuestra Señora de Loreto.

Felices suelen ser los partos que nacen con buena estrella; lógranse las semillas que se siembran, los árboles que se plantan y aun los que para fábricas se cortan con buena luna. No pudo desear nuestro P. Antonio

para prometerse muchas dichas en su nuevo gobierno copiosa cosecha en la sementera del Evangelio, seguridad en el edificio de aquella nueva iglesia, firmeza en la fe, en aquellas plantas recien cortadas del inculto bosque de la gentilidad, ni más propicia estrella, ni más favorable luna que la Sacratísima Virgen de Loreto, patrona de su reduccion, cuya hermosísima imagen trujo consigo de Buenos Aires y cuyo favor comenzó ya á experimentar en los varios riesgos de que lo libró en el camino.

Si fué grande la alegría del Padre por verse ya en el deseado puerto con aquel tesoro, no fué menor el alborozo de los hijos, con la presencia de su carísima madre, por cuya intercesion, yaciendo sepultados en las densas tinieblas de sus errores é idolatrías, les había rayado como sol el conocimiento del Dios verdadero.

Recibióse con festivos regocijos y con gran solemnidad y concurso de los pueblos, se colocó en su nicho principal, donde admirados los indios de su peregrina hermosura no podían perderla de vista ni arrancar de

su presencia. Su respeto fué tan grande, que para verla segunda vez, muchos purificaron sus almas con los santos Sacramentos de la confesión y comunion.

Llegaron las nuevas de la venida desta reina y señora á la reduccion de San Ignacio que dista cuatro leguas de Loreto, y luego se despobló el lugar, todos, hombres y mujeres, niños y viejos, á pendon herido y en tropas numerosas, saltando de placer, comenzaron á venir á prestarle, las rodillas por el suelo, humilde y gustoso vasallaje, bañándose el P. Antonio en agua de ángeles de ver á su princesa tan venerada, tan vitoreada y aplaudida de los hombres, estirándose sus deseos á que con el mismo afecto y mayor y más decoroso culto que el de aquella pobre gente, lo fuese de todas las naciones del mundo.

Pero considerando el riesgo con que amenazaba el contagio de las viruelas, que iba ya cundiendo en el Loreto, sobre el daño que hizo en los cantores, se publicó entredicho en la comunicacion de un pueblo con otro.

Sintiéronlo vivamente los de San Ignacio y apelaron del mandato al P. Antonio, suplicándole no les impidiese aquel consuelo, pues menos mal sería verse heridos de la peste que privados de la vista de su señora.

El sexo mujeril, como más piadoso, era en estas instancias más devotamente importuno. Condescendiendo el Padre con su devocion y santa porfía, dió licencia para que llevasen á su pueblo la sagrada imagen por algunos días.

Corrió luego la voz desta gracia por la reduccion de San Ignacio, y resolvieron de llevarla por tierra, pudiendo con más comodidad por el río arriba.

Era el camino un bosque continuado y espeso; desembarazáronlo y formaron de los altos cedros arcos triunfales y un perpetuo toldo, que defendiese de los rayos del sol.

Salieron todos los de Loreto con sus religiosos curas en ordenada procesion, llevando en medio la santísima imagen hasta la mitad del camino. Allí aguardaban los de San Ignacio, donde hubo entre los principales caciques reñida competencia sobre quién

había de ser el dichoso que diese el hombro á tan suave carga.

Compusieron los Padres el pleito fácilmente, repartiéndoles á trechos la honra; y como el espacio era largo, pudieron participarla todos.

Llegaron al pueblo, colocáronla en la iglesia, que con ser bien capaz, todos los ocho días que la gozaron, se vió tan llena como en fiesta de jubileo. Y para verla y reverenciarla más dignamente, se confesaron y comulgaron todos como lo habían hecho los de Loreto.

Acercándose ya el tiempo de restituirla á su lugar, el P. Antonio, para acallar su sentimiento, que lo hacían grande, y mitigar su cariño, les hizo donacion de un bellísimo Niño Jesús, con sus andas doradas. Quedando el hijo en lugar de la madre, volvió esta señora á Loreto, donde en esta segunda entrada fué recibida con las mismas fiestas de alegría que en la primera.

Premió la Vírgen de contado á sus devotos, pues de allí adelante, comunicando mu-

chos con los apestados, á ninguno de nuevo hirió la infeccion.

Con esta buena estrella entró el P. Antonio en su gobierno, y aunque desde su noviciado profesó siempre voluntaria esclavitud á la reina del cielo, aquí la renovó con ternísimos afectos, para más obligarla á su socorro, cuando más necesitado se consideraba de fuerzas para una ocupacion tan contraria á su natural, que siempre deseó obedecer á todos, mandar á ninguno.

Eligióla por generalísima de todas sus empresas y conquistas espirituales como el apostólico emperador Ferdinando de las suyas en la defensa y dilatacion del austriaco imperio.

Habiendo colocado la santa imagen en el altar mayor, le labró un hermoso retablo. Con el oficio mayor rezaba cada día el de la Vírgen, y con asistencia del pueblo el Santo Rosario, costumbre que desde aquel tiempo persevera con mucho concurso. Cada día asimismo decía misa, pero los sábados la de Nuestra Señora, con grande armonia de voces y músicos instrumentos, y

por las tardes la Salve y letanía lauretana á canto de órgano. Con estos y semejantes ejercicios se entrañó tanto en los indios la devocion de la Vírgen, que parece nacían con ella y se experimentaron lucidísimos progresos en aquella nueva cristiandad.

Llenos están los anales de aquellos tiempos de los rarísimos favores que por intercesion de la Vírgen, sus feligreses devotos de ambas reducciones recibieron. Algunos referiré, que todos sería imposible.

Hubo en esta reduccion de Loreto un cacique principal, anciano en la edad y más en la virtud, devotísimo por extremo de la Vírgen, llamado Martín Atiobi. En riendo el alba, su primer cuidado era hacer visita á la del sol de justicia. Acudía á la iglesia, saludaba á la Vírgen con mucha ternura y devocion. Los sábados oía la misa de la Vírgen.

Con este intento madrugó un día más de lo que acostumbraba, y caminando aún de noche, le pareció muy de día, porque encontró en la calle á su señora con el mismo traje con que presidía en su templo, bien

que esparciendo por todas partes claros resplandores. Observóle los pasos y advirtió que iba dando vueltas por las calles del lugar. Hízole profunda reverencia, pero no se atrevió á decirle palabra, y continuando el buen viejo las visitas de la iglesia, y la Vírgen su ronda, otro sábado la encontró en la misma calle.

Ya esta vez no pudo contenerse que no le preguntase con sencillez y confianza:

—Reina y señora mía, ¿qué busca vuestra Majestad por estas calles tan de mañana fuera del palacio de su templo?

Respondióle la Vírgen con mucho agrado:

—Voy visitando este mi pueblo y echando sobre sus moradores muchas bendiciones por lo que se precian de vasallos míos, cuando yo los amo como á hijos.

Dicho esto, de repente desapareció, dejando admirado al cacique, el cual voló luego á contar el suceso al P. Antonio Ruiz, que le encargó se le mostrase muy agradecido y que advirtiese que sin duda era aquel aviso de que quería presto llevarlo á la gloria. Enfermó luego, y bien dispuesto con todos

los Sacramentos, entre actos muy fervorosos, rindió el alma á su criador.

Innumerables fueron los prodigios que obró la Santa imagen en las dos reducciones, resucitando muertos, curando enfermos desahuciados, librando á muchos de la visible persecucion de los demonios, y á todos de las hostilidades y sacos de los fieros Mamalucos de la ciudad de San Pablo, pues solos estos dos pueblos, de milagro, y por intercesion de la Vírgen, se libraron de su invasion, cuando los demás del Guayrá quedaron saqueados, abrasados y destruídos como adelante veremos.

CAPITULO II

Trabajan infatigablemente el P. Antonio Ruiz y sus compañeros en el contagio de las viruelas.

—

Con altísima y amorosa providencia permitió Dios el sobredicho contagio, como el degüello de los inocentes santos por el cruel Herodes para poblar de infantes indios las sillas del cielo, y para dar ocasion á los adultos y á sus ministros, de ostentar su caridad con mucho merecimiento.

Iba cundiendo el mal, y más por los niños; y día hubo que los muertos fueron sesenta. Era grande la afliccion de los piadosos cu-

ras que lo habían de ser de los cuerpos y de las almas. El trabajo de la asistencia perpetua muy superior á sus fuerzas. Las penalidades, los desvelos, los peligros de los que sirven á los apestados no los puede saber, ni hablar de esta feria el que nunca comerció en ella.

Repartieron entre sí los oficios para que todos tuvieran más prontos los socorros espirituales y corporales. A un mismo tiempo confesaba uno, otro llevaba el Viático, otro la Extremaunción y todos servían plaza de médicos y cirujanos y enfermeros, ejecutando sangrías, disponiendo y aplicando varios medicamentos, ministrándoles por sus manos la comida.

Al P. Juan Baseo le cupo el trabajo de enterrar los muertos, y como estos eran tantos y tan pestilencial el olor que los cadáveres arrojaban de sí, hirióse del contagio, y muy alegre con su buena suerte, murió martír de la caridad.

Daban mucho cuidado y obligaban á vivir en continuo desvelo las mujeres preñadas que abortaban muchas con la violencia

de los dolores, y para salvar las criaturas, era necesaria pronta ablucion del santo bautismo, el cual se ministraba con admirable recato, cual profesan los honestísimos hijos de la Compañía, á cuyos modestos y religiosos ojos, por ministerio de seculares píos, solamente se exponía la cabeza, mano ó pie donde el infante había de recibir el agua bautismal, que en solo esto hicieron reparo y muy loable melindre los tres apostólicos varones que quedaron vivos, P. Antonio Ruiz, P. Josef Cataldino y Josef Maceta, como se escribe en sus vidas.

Otro caso de mucha edificacion escribe el P. Antonio en el § 18 de su *Conquista*. Contagióse durante el incendio desta pestilencia un mozo muy diestro en la música, de muy lindo natural, á quien por su habilidad, sonora voz y condicion apacible deseaba mucho la vida el P. Ruiz para mayor servicio de Dios y de la Iglesia.

El día antes que muriese fué á visitarlo, y reconociendo el peligro, lo consoló y animó á conformarse en todo con la divina voluntad y cuando para esto le proponía

más eficaces razones, le dijo el enfermo con mucha paz:

—Yo vengo ahora de visitar el Santísimo Sacramento, y Nuestro Señor me ha significado que tengo de morir y que será muy presto, y vengo muy consolado y deseoso se cumpla en mí su divina voluntad.

Juzgó el Padre que deliraba con la fuerza de la calentura.

—¿Qué dices, hijo?—le objetó—¿cuándo y cómo pudiste ir á la iglesia, si no te puedes mover de la cama?

Pero ratificóse en lo dicho.

—Digo, mi Padre, que he estado en la iglesia, porque mi santo angel de la Guarda me llevó, por el gran deseo que yo tenía de visitar al Santísimo Sacramento; y si no me crees, yo te daré señas ciertas; la primera es que estaban enterrando á fulano, y yo no sabía fuese muerto hasta que lo ví enterrar, y le enterró tal Padre. La segunda es que estabas tú cerca de la sepultura, de rodillas, al lado del Evangelio, encomendándome á Dios con mucho fervor. Todo esto yo no lo pudiera saber si mi angel Custodio no me lo hu-

biera mostrado. Y cuando te ví tan bien ocupado en mi favor en la presencia de Dios, me consolé mucho y creció mi amor para contigo. Todo lo pagaré en el cielo, á donde espero ir muy en breve.

Todas las señales que dió fueron verdaderas, y él murió al siguiente día, ó lo más cierto, comenzó á vivir la gloriosa eternidad, libre de los contagios del mundo.

En tres diferentes días le aparecieron tres almas de Purgatorio, implorando el sufragio de sus oraciones y sacrificios para salir de sus penas. La primera fué en la forma siguiente:

Soñó una noche con viveza de representacion que cierta persona venía por la plaza derecha á la iglesia y que entraba en ella, como quien busca alivio y socorro en una grave afliccion y profunda melancolía. La compasion que le tuvo fué bastante para despertarle y la luz del cielo para entender lo que pretendía. Con todo, para más asegurarse, hizo pesquisa en el pueblo, y algunos indios atestiguaron haber visto pasar por la plaza aquel personaje ya difunto, con

las mismas señas que el Padre decía. Dijo misa por él, por si acaso era así que todavía necesitaba della.

Otro día saliendo de la Iglesia, donde había estado largo rato en oracion delante del Santísimo, á la señal que hizo la campanilla de las obediencias, acudió á comer con otros Padres que se hallaban en Loreto. Embocando por una puerta sintió que una como nube le impelió suavemente el cuerpo, y sin poder resistir su impulso, hubo de cejar algunos pasos, accion en que repararon sus compañeros, y el P. Antonio sintió interiormente aquel gozo inexplicable que sienten las almas cuando libres del Purgatorio entran en la gloria celestial, y se le dió á entender que aquella era una que había salido por medio de sus sacrificios.

En otra ocasion, estando en su celda, á la media noche oyó un ruido en un corredorcillo que estaba á la parte de fuera. Abrió luego la puerta para ver si alguno lo buscaba para administrar Sacramentos, y dió en un español amigo suyo que vivía en Ciudad Real, sesenta leguas de Loreto. Conociólo

muy bien, vióle el semblante triste y desfigurado como de difunto; éste le dijo cómo había muerto y venía á pedirle sufragios. Ofrecióle el Padre le ayudaría con mucho gusto y toda puntualidad. Con esta promesa se le alegró mucho el rostro, y desapareció de su presencia.

Estuvo dudando si daría cuenta á sus compañeros destas apariciones, para que ayudasen á las almas con sus oraciones, penitencias y sacrificios; juzgólo por conveniente para mayor gloria de Dios, y contóles lo que le había sucedido.

Dentro de pocos días vinieron de la Ciudad Real algunos españoles con la nueva cierta de la muerte, y se confirmaron en que había sido cierta la vision del P. Antonio.

Apenas se corrigió el contagio, cuando estimulándole la nueva obligacion de Superior, trató de hacer nuevás correrías por aquellas dilatadas regiones y recoger todos los que de nuevo pudiese al gremio de la Iglesia, para reclutar los tercios que había derrotado la peste, comenzando de nuevo con tanto brío, como si todo el tiempo que

aquella duró hubiera vivido mano sobre mano.

Siendo insaciable la sed que tenía de padecer por Cristo y el gusto que hallaba en las fatigas, en la hambre, desnudez y riesgos de la vida, sentía notablemente la carga de Superior, diciendo que él podía ser menos malo para obedecer, para mandar nunca bueno.

Llegó el día de la Natividad de la Vírgen titular de su pueblo, reforzó las penitencias, ayunos y oraciones por toda su octava, suplicándole le declarase si sería de mayor gloria de su hijo y suya que renunciase el gobierno, y se volviese al estado de súbdito más quieto y seguro, porque á este tenía suma propension y á aquel grandísima repugnancia.

Experimentó luego los favores que solía recibir en semejantes festividades, y una luz particular que le daba á conocer lo que era de mayor gloria de Dios. Y como él mismo dice en sus *Apuntamientos*, le infundió nuevos bríos para llevar con alegría el peso del gobierno, haciéndose en muchas cosas igual

y en otras inferior á sus hermanos, honrándolos en todas las ocasiones, ministrándoles en la misa y sirviéndolos en la mesa, sufriéndolos con amor, pues la mortificacion que todos juntos han de tener, más vale que la tenga el Superior, y así en las demás virtudes, humildad, etc.

Sintió luego una ilustracion soberana que desocupando su alma de todo lo de acá, volaba á los brazos de Cristo crucificado y vió claramente lo que importa seguirle por el camino real de la santa cruz. Experimentó cuán dulce cosa es negar su querer por el de Dios. Allí se vió libre del amor de todas las criaturas. Y aunque en este mismo día algunas personas devotas á quienes él había criado, venían á llorar la falta que les había de hacer con la ausencia del descubrimiento y conversion de nuevas naciones gentiles y los peligros manifiestos á que había de exponer su vida, de la cual pendía el consuelo de tantos; ningún cuidado le daba criatura alguna, puesto en los brazos del crucificado de los cuales sin mucha violencia no podía desprenderse. Allí mismo recibió luz para

conocer otras cosas convenientes al adelantamiento de su espíritu. Y aunque había deseado que cuando no le quitasen luego el cargo de superior al menos no pasase el gobierno de tres años, ya con mejor consejo dejaba á la divina voluntad todo el tiempo de su duracion y no es maravilla, que en estos lances se haga la más pesada cruz ligera y suave, porque la da el Señor de su mano con tanta mezcla de consuelos y alivios, que como Su Majestad dice en su Evangelio, su carga parece leve, su yugo suave, sus hieles dulces, sus espinas flores.

CAPÍTULO III

Emprende el P. Antonio la conquista del Ibitirembeta, y la conversión de aquella nación ferocísima.

Aunque el P. Provincial Pedro de Oñate dió orden expreso al P. Antonio Ruiz cuando lo nombró Superior destas reducciones, que diese feliz principio á su gobierno con la entrada en las provincias del Ibitirembeta y predicacion en ellas del santo Evangelio, no fué posible ejecutarlo con la puntualidad que los demás, por haber sobrevenido la pestilencia. Y bien cierto que no era voluntad de Dios dejase abrasar su casa por lle-

var la luz de la fe y el fuego del divino amor á las agenas.

Orden tiene la caridad, y cuando esta no puede socorrer á todos, siempre han de ser adelantados los primeros. Pero apenas amainó el contagio y se vió libre de las fatigas y cuidados de la morbería, cuando con todo fervor puso faldas en cinta y antorchas en las manos para esta gloriosa mision.

Tenía destinados para compañeros en ella al P. Josef Cataldino, soldado veterano y de grande experiencia, muy diestro en ardides con que hacer brecha por las naciones que más cerradas á cal y canto tenían las puertas á la predicación, y al P. Juan Baseo.

Con este par de combatientes se prometía felicísimo suceso en aquella jornada. Pero como murió en el contagio el P. Baseo, sucedióle el P. Diego de Salazar, no menos insigne en el celo de la salvacion de las almas.

En cuya compañía ya el año antecedente había entrado el P. Cataldino en esta provincia á explorar la disposicion que había en ella para recibir la fe. Pero hubiéronse

de retirar por la muerte cruel que dieron los hechiceros á un indio que enviaron delante por explorador.

Llamábase este buen indio Felipe Piripi, y su constancia en defender la castidad le mereció la palma del martirio, pues le mataron porque como buen cristiano arrojó de sí con valor una manceba que le ofrecieron, pensando hacerle agasajo, según sus brutas y bárbaras costumbres, como más largamente se refiere en la vida del P. Cataldino.

Con las noticias que le dió este dichoso martir, tenían ya aquellos gentiles algunas de los intentos con que querían entrar por sus tierras los apostólicos misioneros.

Navegaban los tres Padres rio arriba de la Tibaxiba, cuando descubrieron que por él mismo bajaba un cacique de grande fama entre ellos, muy respetado por su nobleza, y no menos temido por su valentia, llamado Taytitú, el cual venía á hacer provision de cambegiba, que son unas cañuelas delgadas y fuertes y de mucha estimacion para sus flechas, que se crían en abundancia en los

anegadizos vecinos á las reducciones de Loreto y San Ignacio.

Cuando los Padres llegaron con sus canoas ya el indio había saltado en tierra y estaba descansando con mucha seguridad. Nada se alteró con la vista de gente extranjera, antes se estuvo quieto en su choza, y sin duda los despreció por pocos para haberlas con él, tal era su altivez. Mucho se holgó el P. Antonio Ruiz, de haber encontrado con aquella fiera, y entró en esperanzas de domesticarla y rendirla á Cristo.

Hicieron alto en aquel paraje y saltaron á tierra los indios que bogàban en nuestras embarcaciones y algunos eran ya conocidos deste famoso cacique.

Juzgaron los Padres que si le ganasen la voluntad tendrían en él llave maestra para facilitar la entrada en aquella nacion hasta entonces inaccesible. Los indios que habían tomado tierra llegaron á su choza, saludáronlo con toda cortesía, diéronle noticia del fin con que venían aquellos Padres y que gustarían hablarle si no había de tener de ello pesadumbre; que aquellos eran varones

santos, cuerdos, pacíficos y humanos y no quedarían darla á ninguno. No lo rehusó el cacique; antes hueco con el respeto que le tenían, vino á donde los Padres habían saltado en tierra.

Salióle á recibir con toda humanidad el P. Antonio, llevólo á su cuartel, dióle el primer asiento, convidólo á refrescar y hablóle en su lengua con tanta propiedad, que el indio quedó admirado. Ultimamente le dió razon de la causa de su venida, que no era otra que el celo de su bien y el darles á conocer al verdadero Dios, ponerlos en el camino del cielo, como lo habían hecho con otras naciones confinantes suyas, de quienes podía tomar informacion de los grandes bienes que les vinieron con la predicacion del santo Evangelio y con haber abrazado la religion cristiana.

Oyólo el cacique con atencion, pero comenzó luego á representarle grandes dificultades. Deshacíalas todas el Padre con eficacia y elocuencia del cielo.

El indio siempre protervo y resuelto en que no convenía entrasen en sus tierras. El

P. Antonio con modestia constante en que habían de entrar aunque les quitasen las vidas. Y que no temían las hubiesen de perder en tan justa demanda, pero que se persuadiese que el mayor premio que de Dios esperaban en esta vida era morir por su amor y derramar su sangre por darles á sus almas la vida verdadera. Porque les hacía grande lástima verlos sepultados en las tinieblas de sus errores é idolatrías y en camino de eterna condenacion. Aunque nos hagáis pedazos y hayamos de entrar arrastrando los cuerpos como culebras, habemos de llegar á daros conocimientos del Criador.

¡Qué fe tan viva, qué sólida esperanza, qué caridad tan fina, qué celo de la gloria de Cristo y salvacion de las almas que rescató con su sangre; qué intrepidez, qué valor y grandeza de ánimo, qué desamor á la vida y qué desprecio y poco miedo de la muerte descubrió Antonio en estas razones!

Quedó pasmado el cacique de la libertad con que le hablaba el Padre, y salió del engaño en que su sobervia le tenía, que no ha-

bía en el mundo hombre de más alentado corazón que el suyo.

Reconoció ventajas de superior denuedo en el P. Antonio, y rendido á la fuerza de sus razones, le dijo:

—Pues determinas con tanta resolucion la entrada, atropellando con todos los peligros, que como muy amigo te represento, quiero ir en tu compañía para ver cómo te reciben y el agasajo que te hacen.

Prosiguió el Padre en su viaje con el cacique en buena conversacion, con que lo iba humando más y ganándole la voluntad, lisongeabalo modestamente de valeroso, de bien entendido, mostrábale cariño y amor, que daba por bien empleado el trabajo de aquel viaje solamente por haber llegado á conocer un hombre de sus prendas, que cuando no granjease otro, se volvería muy contento si le hiciese lugar en el número de sus amigos, que de donde quiera que se hallase le prometería fidelisima y puntual correspondencia.

No hay fiera que con halagos no se amanse; domesticóse de suerte con los del Padre

Antonio el bárbaro cacique, que muy como familiares caminaron juntos algunas jornadas el río arriba; y llegando al puerto donde habían de tomar la tierra, le dijo al Padre:

—Yo iré delante si te parece, y daré cuenta de tu venida y del intento della.

Llegó á los pueblos más cercanos, dióles noticia de cómo tenían en su tierra á los Padres, que venían con ánimo de permanecer en ella y muy de asiento, que mirasen lo que debían hacer con ellos entre tanto que él pasaba á su pueblo, y que muy presto sería de vuelta.

No pudiendo sufrir más dilacion la celosa caridad de los obreros Evangélicos, dejando en las canoas al P. Diego de Salazar, los Padres Antonio Ruiz y Josef Cataldino se metieron animosos la tierra adentro á caza de almas, y después de haber vencido con gran trabajo una fragosa sierra, llegaron á un campo llano, donde descubrieron un indio que luego se escondió cubriéndose con el tronco de un árbol.

Llamáronlo con muestras de amor para que les diese alguna noticia, y llanamente

confesó era espía que lo habían enviado de su pueblo á reconocer el número y calidad de gente que venía á su tierra.

Este sirvió de guía para el primer lugar, en el cual fueron bien recibidos aunque vinieron á dudar si los demás llevarían mal aquel agasajo y favor que hacían á unos hombres no conocidos y de diversa religión.

Acertó a hallarse entre ellos un cacique cristiano que tenía buena opinion con todos y fué el que más facilitó el buen acogimiento, porque sabida la venida de los Padres por el primer cacique, que fué á disponer los ánimos, bajó con todos sus vasallos á donde había quedado el P. Salazar.

Recibiólo con mucha alegría; díjole como dos dias antes los PP. Ruiz y Cataldino habían entrado la tierra adentro y que deseaban mucho verse con él; voló luego á donde los Padres estaban; comunicáronle sus intentos, aprobólos como buen cristiano eligieron puesto y trataron de fundar á las márgenes de una laguna grande la famosa reduccion del Apóstol del Oriente San Francisco Xavier.

Si yo hiciera oficio de cosmógrafo ó coronista general, larga descripción pudiera hacer aquí de la amenidad destos paises de su temple, de sus sierras y montes á las nubes, dilatados campos, fertilísimos valles, varias especies de animales caseros, y montaraces, caudalosos ríos, islas arboladas de crecidísimos pinos en espesos bosques, muy diferentes de los de Europa, cuyos piñones en la grandeza parecen dátiles, la corteza como de bellotas; son las piñas como ollas de buen tamaño, en que tienen los naturales para los seis meses del año suficiente alimento, tostados y reducidos á harina los piñones.

Tradicion hay que pasó por esta tierra el apóstol Santo Tomé, como apuntamos arriba.

No dejaré de decir la etimología del nombre desta provincia Ibitirembeta, que en su lengua es lo mismo que cerro con barba. Porque el que sobre todos los de la region descuella, tiene el remate muy semejante al rostro humano, de cuyo extremo inferior, que se abre en forma de boca, un peñasco

blanco está pendiente que parece una barba cana, y herida de los rayos del sol hace visos y reflejos diferentes. De aquí tomó el nombre toda la provincia.

CAPITULO IV

Lo que sucedió al P. Antonio Ruiz y á sus compañeros en la reduccion de San Francisco Xavier.

—

Señalado ya el sitio para la nueva reduccion que se deseaba fundar con la invocacion del Apóstol de las Indias, San Francisco Xavier, encomendó el P. Antonio Ruiz al P. Josef Cataldino la ereccion y fábrica del templo, conforme la planta de otras reducciones y de la casa donde habían de vivir los Padres en religiosa clausura. Aristóteles, libro 2 *De Generat.* & A. cap. 4, dice que en el edificio del cuerpo humano, lo primero

que la sabia naturaleza fabrica es el corazon, y el último que cae cuando la fábrica se destruye en la muerte. *Fit autem primo cor, idque effici primo non modo sensu precipitur, sed etiam quod per obitum vitam hic ultimo deficit.* San Basilio dijo que el corazon de la vida espiritual es la fe, la cual es fundamento y raíz de esa vida, no la misma vida que consiste en la gracia y caridad. Yo digo que el corazon de una poblacion ó república cristiana es la casa de Dios, fuente de la buena vida, y de todos los bienes de los ciudadanos.

Bien entendidos desta verdad aquellos apostólicos obreros, el primer cuidado ponían cuando formaban de nuevo alguna reduccion en establecer en la fe á los recien convertidos, y luego en fabricarles templo, porque un pueblo cristiano sin templo es cuerpo sin corazon, que ó no gozará de vida y concordia civil, ó habrá de vivir de milagro.

Pusieron luego manos al edificio, y habiendo arbolado una hermosa cruz en señal de la posesion que de nuevo tomaba el Re-

dentor del mundo de aquella tierra que siendo suya le había alzado la obediencia. *Dabo tibi gentes hæreditatem tuam & possessionem tuam terminos terræ*, cuando con más fervor estaban previniendo materiales para el templo, llegó un indio amigo á toda diligencia, con aviso de que los naturales en varios escuadrones, capitaneados de los hechiceros, ministros máximos de Satanás y más declarados enemigos de la fe, venían marchando con ánimo de quitar á los Padres la vida. Los efectos que hizo esta nueva, declara el mismo P. Antonio por estas palabras:

«Apenas tuvieron noticia que habíamos llegado á sus tierras, aquellos malditos hechiceros que martirizaron por casto al indio cristiano, cuando amotinaron los pueblos para sacarnos del mundo. Desgalgábanse á ruin el postrero como perros ó tigres rabiosos por aquellas sierras, compitiéndose sobre quién sería el primero que llegase á hacer suerte en nuestras vidas. Las mujeres del pueblo, que como más piadosas ya nos tenian respeto y amor, comenzaron ya á lamentarnos por muertos; los vecinos bien

quisieran defendernos, pero reconocían sus pocas fuerzas para resistir á tan resuelta y desesperada muchedumbre.

»Crecía en el pueblo la turbacion, en nuestros pechos el gozo de ver que se nos acercaba un tan dichoso fin.

»Lleguéme al P. Josef Cataldino, y díjele aquellas palabras de San Ignacio mártir: *Frumentum Christi sum; dentibus bestiarum molar ut panis mundus inveniar*, y que juzgaba que aquel día sería el último de nuestra peregrinacion, y que esperaba en la divina bondad, nos veríamos en el cielo.

»Respondióme con mucha paz y sereno semblante:

—»Cúmplase en todo la voluntad de Dios—y vuelto á los indios que estaban fabricando una choza que sirviese de iglesia, entre tanto que se hacía la principal, les dió orden de lo que habían de hacer, y prosiguió en asistir á su obra.

»Este fué el susto que tuvo aquel varon santo viendo la muerte vecina, porque toda la vida no había hecho otro que disponerse para una buena muerte.

»Algo más fué esto que lo del otro matemático que avisándole que el enemigo entraba la ciudad, que acudiese al remedio, ó á ponerse en salvo, respondió con mucha flema que le dejasen perfeccionar unos círculos que estaba echando con el compás en la mano.

»Aquel pudo tener esperanzas de buen cuartel, pues la invasion no era contra su vida; aquí los religiosos Padres ningún arbitrio de piedad podían esperar de aquellas fieras sedientas de su sangre. Con todo, ninguna prevencion ó mudanza hicieron, ni trataron de huir, ni de esconderse más que si los buscaran para hacerles algún solemne recibimiento, lo que no poco admiraron los mismos gentiles que trabajaban en la obra.

»Habia venido á visitarnos poco antes un cacique principal, traido sin duda de la divina Providencia, para tutor de nuestras vidas, estimado por su sangre, y entre ellos de grande autoridad por entendido y elocuente, en quien se verificó lo del poeta: *Si forte virum quem, conspexere silent.* Este, viendo ya que se acercaban las furiosas tropas con

las flechas en sus arcos, salióles al encuentro y fué poderoso para detenerlos. Hízoles un elegante y grave razonamiento, representándoles que nuestra entrada no era de enemigos que iban á conquistarlos, que era agravio de su valor tener miedo á dos desarmados extranjeros y santos sacerdotes, ni era de mercaderes codiciosos de plata y oro, pues no ignoraban que en sus tierras no había minas. Que el fin de su venida no era otro que enseñarles á bien vivir, con más policía, más virtud y honestidad de costumbres, y por este camino hacerlos hijos de Dios y ponerlos en el de su eterna salvacion, que ninguna honra ni provecho se les podía seguir en manchar sus manos en aquella sangre inocente.

»Pudieron tanto con ellos las razones deste cacique, que cada lobo volvió por su senda; desistieron de la empresa y dieron la vuelta á sus lugares. Con que pacíficamente pudimos dar principio á una reduccion con nombre de San Francisco Xavier, la cual en pocos meses creció á mil y quinientos vecinos. La virtud de la fe, el santo bautis-

mo y la divina palabra, domesticaron aquellas fieras y las convirtieron en mansos corderos.»

Perseveró allí el P. Antonio algunos días, acariciando los indios como si fuera padre de todos.

Concurrían muchos de diversas y distantes partes por curiosidad á ver aquella poblacion, y la gente venida de allende, tan diferente en la religion, tan otra en el natural, en el trato agradable y cortés, en la vida y costumbres. No se hartaban de visitar el templo, su aliño, sus sagradas alhajas, de mirar á los Padres, notando en ellos cuanto hablaban y hacían. Causábales grande admiracion su rara modestia, su traje, su encogimiento.

—¿Qué hombres son estos—decían—que solamente descubren la cara y las manos?

Algunos más bozales decían que eran estátuas vivas cargadas de ropa.

Lo que más extrañaban era el recato grande en el trato con las mujeres; no solamente con las que según uso de su bárbara nacion ofrecían á todos los huéspedes con bestial agasajo, que les afeaban mucho con

santa indignacion; pero notaban que aun á las demás, para instruirlas en la fe, ó ya cristianas, sacramentarlas, nunca les miraban á la cara.

Esta modestia despertaba más el deseo de comunicar á los Padres; que á los más libres y disolutos parece bien el recato y compostura, y ofende y retira toda especie de liviandad.

Dió el P. Antonio, como Superior, la instruccion de lo que en aquella reduccion se había de hacer, y dejando en ella al P. Josef Cataldino, varon tan santo como prudente y entendido, para que fuese recogiendo los indios de aquella comarca, resolvió de ir con el P. Salazar á la provincia de Tayaoba donde eran innumerables los gentiles y deseaba que á un mismo tiempo rayase el sol de la fe por las dos provincias, porque no se contagiase la una con la otra, terciando los hechiceros, que son las nubes que más apedrean y talan en cierne los majuelos.

Lo que le sucedió, hecha esta resolución, él mismo lo dice:

«Vencidas graves dificultades en la jor-

nada á cierta provincia de gentiles, partió para ella con dos compañeros, y habiendo caminado dos días, estando una noche recogido en su hamaca, vió delante de sí un hombre con negro y despreciable vestido, y la cabeza cubierta con un sombrero viejo, el cual le dijo:

—«Tú no pasarás de aquí, porque no es para tí la empresa que intentas. Para otros Padres que te han de suceder la tiene Dios guardada. Por tanto, lo que te conviene es volver á donde saliste. Todo esto fué entre sueños. Despertó encomendándose á Dios porque temió que habían de poner algún grande obstáculo los demonios, que eran muy señores de aquellas almas, aunque las trataban como muy tiranos.»

El siguiente día ya se sintió gravemente enfermo, y de repente muy rendido con un decaimiento de fuerzas grande, y una ardiente calentura.

Vino á dudar si sería cordura volver atrás ó temeridad pasar adelante, porque el detenerse allí á esperar el discurso del mal no era posible.

Pintábale el demonio con la viveza que sabe y suele en la fantasía, que ya era llegada su muerte, y que no había de escapar de aquella enfermedad. Persuadíale volviese á morir con más consuelo en poblado, donde sería vivo más asistido de los suyos, y muerto lo enterrarían en sagrado, con que sentía muy inclinada la voluntad á la vuelta y más cuando consideraba la molestia que enfermo había de dar á sus compañeros en el camino.

Hallóse indeciso y perplejo, y acudió, como el santo rey Josafat, al divino oráculo, 2, Paral. 20. *Sed cum ignoremus, quid agere debeamus, hoc solum habemus residui ut oculos nostros dirigamus ad te.* Interpuso por medianera á la gran Madre, y para obligarla á que le alcanzase luz para el acierto, renovó su esclavitud, ofrecióle de nuevo todos sus trabajos, conversiones de indios, ayunos, penitencias, sacrificios, y todo cuanto bueno hiciese con todo el afecto de su corazon. Recobróse luego del desmayo, sintió alientos en el espíritu y fuerzas en el cuerpo, y prosiguió en su camino con el suceso que dirá el capítulo siguiente:

CAPÍTULO V

Prosigue á predicar el santo Evangelio en las provincias del Tayaoba.

———

Con vivas ánsias vivía el P. Antonio de reducir á la fe las provincias del Tayaoba, pobladas de innumerables gentiles, á las cuales jamás se atrevió á penetrar el valor de los españoles, aunque dista bien poco dellas la Villa Rica, y el salto que hace el río Ubay sirve de incontrastable muralla.

Para llegar á los Tayaobas era forzoso el tránsito por algunos pueblos de cristianos de la jurisdiccion de dicha Villa Rica. Y aun-

que el camino era muy difícil por la fragosidad de sus sierras, por los grandes ríos y pantanos que se habían de pasar, todo lo facilitó el celo de la gloria divina y el deseo de convertir tantas almas.

Gastó ocho días hasta llegar al primer pueblo de dicha jurisdiccion, que era del capitán Sami. Fué increíble el gozo de aquellos indios fieles con la llegada del huésped, de quien habían oído tantas maravillas; divulgóse luego por los pueblos comarcanos la venida de los dos misioneros de la Compañía y se renovaron las memorias de los que desde el Brasil les había enviado aquel nuevo Taumaturgo, el insigne Padre Josef de Anche Y con la experiencia de lo bien que les había ido con aquellos, deseaban á estos para su consuelo y enseñanza.

Todo lo consiguieron el tiempo que se detuvieron allí. Discurrieron por aquellas poblaciones, muchas de las cuales carecían de cura, confesando, predicando y administrando los demás Sacramentos, visitando los enfermos y ejerciendo con ellos todas las obras de cristiana caridad. Y cuando ya

los tuvieron ganados y propicios, comunicaron con ellos el fin de su venida, que era pasar á la conversion de los Tayaobas, para la cual muchos se ofrecieron por compañeros y guías del camino que era lo que los Padres deseaban. Los varios sucesos de esta jornada escribe el P. Antonio en el § 30 de su *Conquista*:

«Tenía esta provincia mucha gente y muy arraigada la observancia de sus gentílicas costumbres, particularmente en la bárbara de alimentarse con carne humana.

»Hallábanse aquellos valles y sierras pobladas de infinitos hechiceros, llenos de mil errores y supersticiones, que aborrecían peregrinas religiones, predicando la suya por cierta y verdadera. Algunos se mentían dioses, fingiendo mil patrañas en testimonio de su divinidad, creída fácilmente de la ignorante plebe. Porque como es grande la natural elocuencia destos embusteros, la gente ordinaria los oye boquiabierta y los venera, dando crédito á sus mal forjadas mentiras.

»Prosiguiendo mi viaje llegué á un pueblo pequeño de hasta sesenta vecinos y me

recibieron con mucho amor. Pagueles el agasajo predicándoles la Ley de Dios, y todos la recibieron y se bautizaron.

»Llamábase este pueblo Itacurú, tomando el nombre de su cacique. Detúveme en él dos meses, así para instruirlos en la fe como para informarme de los usos, ó abusos de las costumbres y fueros y otras cosas particulares de la nacion, y darles desde allí algunas noticias precisas del fin de mi venida.

»La llave ó pue de toda la provincia era un pueblo distante una jornada. Envié á sus moradores algunos donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas y otras brujerías que ellos estiman más que piedras preciosas, con que vinieron algunos á visitarme. Recibilos con todo agrado y díjeles cómo deseaba entrar en su tierra á anunciarles la eterna salud. Aseguráronme que hallaría franca la entrada y que sería muy bien recibido. Con esto partí por el río en canoas.

»Llegué á su lugar con sol. Dieron aquel día muestras de recibirme con gusto y fueron fingidas, porque avisados los vecinos de

la comarca de mi llegada, toda aquella noche fué bajando gente armada de todas las sierras circunvecinas con ánimo de degollarme, y hacer de mis carnes banquete, como también de las de otros quince indios que iban en mi companía.

»Como después supe, deseaban probar á lo que sabían las de los sacerdotes cristianos, porque sus hechiceros les habían persuadido que eran más sabrosas que las demás. Pasé desvelado aquella noche preparándome para todo lo que podía suceder.

»Apenas rompió el día cuando entró en mi choza un grande hechicero, y hallándome de rodillas en oracion, sentóse con mucho silencio; yo proseguí por buen rato, pidiendo á Nuestro Señor alumbrase aquella gente ciega, para que saliendo de los errores se convirtiese á su fe.

»Levantéme y hallé que con el primero se habían ya juntado otros ocho caciques tan hechiceros como él, y habiendolos saludado con amorosas y corteses palabras les signifiqué cómo sólo el deseo de su bien me había

traído á sus tierras, no en busca de oro y plata, que bien sabía no lo tenían, sino de sus almas para traerlas al conocimiento de su criador y de su hijo y Redentor de los hombres Jesucristo, que había bajado del cielo y tomado carne humana en las entrañas de una Virgen para librarnos del cautiverio de Satanás y de las penas del infierno; y llegando á tratar de la eternidad destas con que en él son castigados los malos, uno dellos me atajó la plática, diciendo á voces:

—»Este hombre miente.

»Lo mismo repitieron los otros ocho, y salieron corriendo á buscar sus armas, que por no causar recelo las habían dejado escondidas, y en guarda dellas otra mucha gente que quedaba emboscada en un monte vecino.

»Quedé consolado de haber anunciado á aquellos bárbaros el Evangelio y sin moverme del puesto en que estaba me resolví de esperarlos, arrojándome en los brazos de la Providencia divina.

»Uno de los indios que me acompañaban entró en mi choza rogándome saliese della

y nos fuésemos de allí porque sin duda nos armaban alguna traicion.

»No hice movimiento.

»Entró segunda y tercera vez y echándome los brazos al cuello, me dijo:

—»Padre mío, vámonos, por amor de Dios, que á ti y á nosotros nos han de hacer pedazos.

»Movióme á salir pareciéndome ver en él, no un indio, sino un angel del cielo. Apenas salimos cuando los enemigos comenzaron por las espaldas á llover sobre nosotros una nube de flechas. Cayeron á mis dos lados muertos siete indios de mis compañeros, sin que mi dicha me encaminase alguna para serlo en la muerte de los que tan leal mente me acompañaron en la vida, sin otro fin que ayudarme en la predicacion del Evangelio. Habíanse preparado el día antes con la confesion y comunion, y con grande ánimo me dijeron:

—»Ea, Padre, vamos á predicar la fe, que nosotros en su defensa habemos de perder las vidas. No les faltó sino decir con los Apóstoles: *Eamus & nos, & moriamur cum eo.*

»Estaba junto á mi aquel indio que me había sacado de la choza, y viéndome cercado de tanta flechería y en manifiesto peligro, y que distinguiéndome por el vestido habían de hacerme todos terrero de sus saetas, con una fineza grande de caridad, por salvar mi vida, quiso exponer la suya á mayores riesgos.

»Sin hablarme palabra me arrebató de los hombros la ropa y de la cabeza el sombrero y diciendo á los demás indios amigos «meted al Padre en el monte» él, vestido de mi hábito, se puso en huída solo por un campo á vista de los enemigos, para que creyendo estos que aquel era el sacerdote que buscaban corriesen todos en seguimiento suyo, y descargasen sobre él la tempestad de sus flechas.

»Imitó este buen indio la grandeza de aquella caridad con que el hijo de Dios viendo á su eterno Padre con el arco flechado para tirar saetas de indignacion contra los rebeldes pecadores, se vistió del hábito de nuestra mortal naturaleza. *Et habitu inventus ut homo* y con esa semejanza

de carne pecadora: *In similitudinem carnis peccati*, nos libró de la muerte eterna, recibiendo sobre sí los flechazos que nuestras culpas merecían.

»Con este estratagema que al fidelísimo indio le dictó el amor tierno que me tenía, me dió tiempo para que yo me guareciese con los demás en el vecino bosque que era muy espeso. En esta retirada oí gritar á los enemigos, viendo á mi buen indio con mi ropa y sombrero:

—»Allí va el sacerdote; todos en él; tiradle y matémosle.

»Hace mencion deste suceso tan digno de eterna memoria, el P. Juan Eusebio Nieremberg en el libro de sus *Estromas*.

»Y fué singular providencia de Dios que habiendo cargado sobre aquel pobre indio toda la furia de los bárbaros, siendo flecheros tan diestros y llovido una infinidad de saetas, ninguna le tocó.

»Yo me metí por el monte con tres indios, y por no dejar rastro, nos dividimos por cuatro partes, bien que unos á vista de otros, ardid usado en aprietos semejantes.

»El indio fiel, que por mi vida se expuso á la muerte, corrió gran rato sin que los contrarios pudiesen darle alcance, y juzgando que yo estaría ya en salvo en el bosque, se acogió á guarecerse en él, dejando burlados y amargos á los que le seguían sedientos de su sangre, ó no, si no de la mía. Alcanzóme, restituyó la ropa y sombrero, y temiendo no viniesen los bárbaros en seguimiento mío, con nueva fineza y alarde de valor, volvió á ver el rumbo que tomaban, y viendo que se recogían al pueblo, se resolvió intrépido de seguirlos, fiado en la ligereza de sus piés y vecindad de la selva.

»Dejó entrar la noche, y ayudado de sus tinieblas, se acercó á la choza de donde me había sacado. Sintió dentro della la gente inhumana con gran fiesta y algazara que se estaban partiendo las carnes de los siete indios sus compañeros. No pudo sufrir tan cruel carnicería y dió la vuelta en busca mía y de mis compañeros.

»Que prosiguiendo nuestro viaje sin saber á donde, encontramos por buena ventura una oculta senda por un acequión, revolca-

dero de los jabalíes, profundo en la tierra hecho un inmundo lodazar, bien disimulado con la espesura de los juncos. Era tan estrecho que uno había de pasar tras de otro; su altura tan poca, que era fuerza arrastar las rodillas y brazos por el hediondo cieno, lo que hacía el tránsito molesto y difícil. Grandemente se me afligió el corazon en este asquerosísimo estrecho, todo él embarazado de agudas espinas.

»Todos salimos encenagados y yo con la cabeza lastimada de las puntas agudas de los juncos, que son más fuertes que los europeos, corriendo por el rostro la sangre que con lágrimas en sus ojos, de compasion, me limpió uno de mis compañeros.

»Dábanme prisa que caminase, teniendo por cierto que nos habían de seguir los enemigos. Pero iba yo tan fatigado y tan atravesado el corazon con las muertes de mis siete compañeros, y con el sentimiento de no haber merecido serlo suyo en tan gloriosa demanda, que les rogué me dejasen y que ellos se pusiesen en salvo por no dejar viudas á las mujeres y huérfanos á sus hijos.

Respondieron que ni de hijos ni de mujeres se acordaban, y que por ningún caso se habían de apartar de mí hasta la muerte. Que considerase la infamia que se les había de seguir de haberme dejado solo entre gentiles enemigos.

»Entre estas piadosas contiendas nos hallamos sin pensar á la ribera del río por donde el día antecedente habíamos subido. Oimos ruido de palamenta y juzgamos ser bajeles enemigos que venían en busca nuestra.

»Con este recelo nos acogimos otra vez al bosque, pero juzgando no era acierto huir sin averiguar de quién, rogueles me esperasen allí, que yo iría á reconocer la costa y qué embarcaciones eran aquellas. No vinieron en dejarme; todos volvimos al río y descubrimos dos indios caciques conocidos y amigos del pueblo de donde habíamos salido el día antes en una canoa. Preguntеles la causa de su venida. Respondieron que habían sabido el suceso y que venían en busca mía.

»Quedé admirado de su lealtad, y más de

la providencia divina. Porque era camino de ocho horas para muy alentados remeros, y estos dos viejos de ochenta años lo habían hecho en menos de dos.

»Embarcámonos y llegamos al pueblo, donde se renovó mi dolor, porque salieron á recibirnos todos, hombres y mujeres, niños y viejos, llorando nuestro trabajo. Quedé sin ornamento para decir misa, porque aquellos bárbaros me lo robaron y presentaron á un famoso hechicero, á quien todos prestaban obediencia y veneracion. Hicieron pedazos la patena para colgarla al cuello por gala; quitáronme una hamaca, que era todo mi ajuar, quedando solamente con el pobre vestido; suplió la lumbre su falta porque era tiempo de invierno y riguroso el frío.»

Este fué el suceso de la primera jornada trágica que hizo el P. Antonio en estas provincias. De donde bien se colige su celo ardiente de la salvacion de las almas, que lo arrojó en medio de tan evidentes peligros de la vida, que hubiera sin duda perdido, si el Señor, por medio de aquel indio, ejemplo de

la mayor fidelidad, no se la hubiera conservado.

Con esta conjuración de los hechiceros consiguió el demonio lo que no pudo por sí mismo. Pues cuando el Padre Antonio se puso en camino para esta mision, se le apareció en figura de un horrible mastín, amenazándole con las navajas de sus dientes, lo que después ejecutó por sus ministros, permitiéndolo Dios, que tenía dispuesta la conversion de aquellas naciones para mejor tiempo.

CAPITULO VI

Vuelve el P. Antonio Ruiz á la reducción de San Francisco Xavier. Deja en la frontera del Tayaoba al P. Diego de Salazar. Ejemplos raros de su mortificacion.

No conoció bien Séneca, *de quatuor virtut* los quilates de la magnanimidad cristiana y apostólica cuando dijo: *Eris magnanimus si pericula non appetas, ut temerarius, nec formides ut timidus.* En nuestro P. Antonio hallará con toda su perfeccion esa virtud y verá que apetece y busca los peligros de su vida, tan lejos está de huirlos cobarde y no por eso merece baldon de temerario,

sino epiteto de verdadero magnánimo. No sé si estaba olvidado este gran filósofo de lo que escribió en otra parte. *Fortitudo optabilis est quœ pericula contemnit & provocat.* Más es meterse en campaña y desafiar los peligros é irritarlos con el desprecio, que apetecerlos, pues si lo primero es fortaleza loable, ¿como lo segundo será culpable temeridad?

No vendrá bien en ello el Apóstol San Pablo, que no hizo otro que provocar peligros y hacer burla dellos en la tierra y en la mar, en la soledad y poblado, y en todas las peregrinaciones de su apostólica predicacion. A cuyo ejemplo fué verdaderamente y muy á lo de Dios magnánimo nuestro P. Antonio, pues desde que entró en la Compañía parece que hizo profesion de meterse en peligros de la vida por salvar las de infinitas almas

Otro de menos corazon que se hubiera visto en el que él se vió entre los Tayaobas, no se acordara dellos, sino para dar gracias á Dios de que lo había librado de sus uñas. Pero este gran Padre y varón verdaderamen-

te apostólico, no se amilanó con la resistencia ni con el riesgo en que se vió de ser despedazado y comido de aquellos bárbaros; no sintió en su pecho flaqueza para desistir de su conquista; antes bien á la mayor oposicion del enemigo aplicó esfuerzos mayores, fiando siempre de los socorros divinos, con la experiencia que tenía de que el Señor mortifica y vivifica y que la adversidad es vigilia de la buena dicha; la tempestad, precursora de la bonanza. Y nunca más cierto de que aquella empresa era de la gloria de Dios, que después que vió la oposicion que hizo el común enemigo.

Juzgó por cordura dejar que desfogase la ira de los hechiceros y que remitiese el furor de los amotinados. Pero que no era crédito de la ley de Dios ni de sus ministros, volver del todo las espaldas á los contrarios para que los abrasase el cuidado de que habían de ver otra vez dentro de sus casas la guerra, ó por mejor decir, la paz que gozan los que al príncipe de la paz prestan vasallage y rinden el entendimiento en obsequio de su fe.

Para este fin se resolvió en no desamparar la fuerza que les había ganado dentro de sus tierras, en el lugar del cacique Sami. Dejó en él al P. Diego de Salazar, operario fervoroso, para que atendiese al consuelo y doctrina de aquellos indios y les administrase los Sacramentos y confirmase sus ánimos en el amor de la cristiana religion.

Encargóle que se entendiese con los indios rebeldes y que les grangease las voluntades, presentándoles las cosas que ellos más estiman, y son el cebillo en que más pican aquellos gentiles y salen del cenagoso estanque de su viciosa idolatría á las luces y pureza de las eternas verdades.

Dejando á cargo de tan cabal sujeto y vigilante sustituto aquella nueva iglesia, partió á la reduccion de San Francisco Xavier, donde había dejado por presidente al P. Josef Cataldino. Hizo este viaje con indecibles trabajos, siempre á pie por aquellas provincias tan dilatadas, como yermas de toda humana consolacion, montando asperísimas sierras, altos collados, penetrando espesos bosques con riesgo de tigres y otras fieras,

vadeando rápidos y caudalosos ríos y con más dificultad muchos pantanos pegajosos y anegadizos, durmiendo sobre la dura tierra y comiendo raíces silvestres.

Esta pesadísima cruz se la hacía ligera el ejemplo del santo Xavier en sus jornadas de Japon, que yendo á su reduccion no podía perderlo de vista, pero mucho más dulce la contínua memoria de la que el Señor padeció por su amor; ella era su báculo y el Crucificado su guía, y la Virgen su norte, y su Rafael el angel de su Guarda. Aquel rústico y desabrido alimento le parecía sabroso maná, remojándole en el costado de Cristo.

Singularmente se consolaba de caminar por aquellos desiertos que había santificado con sus huellas el glorioso Apóstol Santo Tomé, de lo que vió los testimonios y señales que pone en el libro de su *Conquista* § 22:

«Vimos, dice, mis compañeros y yo un camino que no tenía ocho palmos de ancho, en cuyo espacio nace una yerba muy menuda, y á los dos lados crecen casi media vara las malezas, y aunque agostada la yerba se

quemen aquellos campos, siempre vuelve á nacer del mismo modo.

»Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses que viene muy seguido desde el Brasil, y que comunmente le llaman el camino de Santo Tomé; y nosotros habemos tenido la misma relacion de los indios de nuestra espiritual conquista. Otros argumentos hay de haber honrado el santo Apóstol aquellas provincias, de que se hará mencion en su lugar.»

Por esta vereda llegó á la reduccion de San Francisco Javier nuestro Xavier segundo con su cruz acuestas, pues todo este camino fué un largo Vía Crucis; y porque esto se escribe en día del Evangelista San Lucas, bien podemos decir de Antonio lo que de aquel canta en su oracion la Iglesia: *Qui Crucis mortificationem iugiter in suo corpore pro tui nominis honore portavit.* No tuvo otro alivio en la carga, que saber la llevaba por la gloria del Santísimo nombre de Jesús.

Halló en dicha reduccion crecidísimos au-

mentos con la diligencia y desvelo del fervorosísimo P. Josef Cataldino, que le entregó luego un pliego en que le daban aviso que venía del Perú por provincial el P. Nicolás Durán Mastrillo, y que subia á la visita del Colegio de la Asuncion y se le ordenaba bajase luego al Paraguay á dar noticia del estado de aquella nueva cristiandad, porque su paternidad por entonces no podría visitarla personalmente.

Al mismo tiempo recibió el P. Cataldino comision y orden del Tribunal del Santo oficio que partiese á la villa del Espíritu Santo, á un negocio de mucha importancia.

Esta novedad obligó al P. Antonio á que bajase á las reducciones de Loreto y San Ignacio, á ver quién podría suplir las ausencias del P. Cataldino. Fué nombrado el Venerable P. Cristóbal de Mendoza, misionero insigne, que después, predicando el santo Evangelio en la provincia del Uruay fué coronado de martirio.

Entre tanto que hace su viaje á la Asunción el P. Antonio, contaré dos grandes ejemplos de su mortificacion. Como no de-

jaba un punto las armas de las manos para hacer cruda guerra á los demonios y sacar de su cautiverio tantas almas, á ese paso era aborrecido dellos.

Acometieron una noche con una gravísima tentacion de la carne, que si no terciara maligna instigacion del demonio no fuera fácil hacer corcobos, teniéndola tan quebrantada á ayunos, tan enflaquecida á penitencias, tan molida con trabajos de largos caminos, tan sujeta ya á fuerza de tan fuertes sofrenadas al espíritu y á la razón. Si lo asaltara dormido como á San Francisco Xavier, aún no dejara de ser atrevimiento y fué extremo de osadía embestirlo despierto. Porque eran muy firmes los propósitos de conservar sin lesion la castidad; estaba muy enamorado desta virtud al paso que tenía aborrecido el vicio contrario, y primero sufriera mil muertes que permitir el desliz menor.

Pero, ¿qué hizo para asegurar la victoria? No se revolcó entre agudos abrojos como el gran Benito; no se arrojó desnudo sobre la helada nieve, como el Seráfico Francisco.

No se metió en una laguna en el rigor del invierno como su gran Padre y patriarca San Ignacio, por apagar las llamas en que se abrasaba un mozo lascivo. Pero no fué menos lo que hizo Antonio, pues se entregó desnudo á la impiedad de un hormiguero de ciertos animalejos de aquella region, tan voraces y crueles que taladran la piel de un toro, desmenuzan cuanto encuentran.

Deste linaje de hormigas hacen mencion Juan Hugon Liscotano, á los capítulos 45, de su *Itinerario*: *Formicarum autem perniciosissima multitudo omnia edulia & etiam linteanima magno numero invassit*. Y añade: *Aliud formicarum genus digiti longitudine & colore rubro agros herbas fructusque magno agricolarum damno invadit*. No hay legiones de langosta que hagan más daño á los frutos de la tierra que estos ejércitos de hormigas.

Las que el P. Antonio alistó á costa suya para hacer defensa, eran del tamaño de abejas, y para que se metiesen en campo más airadas, las irritó primero, y cerraron con tanta furia, que lo dejaron hecho una llaga

de cabeza á piés, y vino á formar escrúpulo si podía ser homicida de sí mismo. Con este estratagema del divino, ó amor ó temor, quedaron frustrados los intentos del enemigo, y éste se retiró avergonzado de verse vencido de hormigas, estando él hecho á atropellar sobervios elefantes.

Esta esclarecida victoria refieren el Padre Manuel Hortigas, de la Compañía de Jesús, en su *Guía del Cristiano*, § 7, y el P. Juan de Rho en el tomo de *Varias historias y virtudes*, lib. 7, cap. 2: *Immotum corpus præbuit lancinandum, ut totacute cruentus, ac tumentibus membris victor abscederet. Quantum hic á Benedicto distat? Equidem vivos morsus quam mortuos aculeos crediderim esse molestiores.* Ofreció su cuerpo inmoble como una estátua, para ser destrozado de aquellos inhumanos verdugos. A la sangre, que deseando derramarse por Cristo, no le abrió puerta alguna de las flechas enemigas, se las abrieron en todo el cuerpo aquéllos con sus lancetas.

Competir puede esta hazaña con la del gran Benito y con la de San Casiano mártir,

pues en mi opinion no lastimaron menos los aguijones vivos que las puntas de los estilos y espinas muertas.

El P. Simón Maceta, en el *Informe* de las virtudes deste gran siervo de Dios, dice:

«Tal vez le sucedió arrojarse desnudo en un horrible hormiguero, del cual salió muy maltratado, acordándose de lo que padeció Cristo y de lo que él debia padecer por su amor. Y él mismo, combatiente combatido y no vencido, dice de sí, que puesto en aquel palenque, la defensa que hizo fué levantar el corazon al cielo con deseo de padecer mil muertes antes que ofender ni venialmente á Dios.»

Otra no pequeña mortificacion de sola el alma y más penosa que esta del cuerpo, le dispuso Su Majestad de su mano. Repetía muchas veces aquellas palabras de la seráfica Teresa. *Aut pati aut mori*. O padecer ó morir. Teniendo por perdido cualquier instante en que no padecía por el amado algún dolor.

Condescendió el Señor con estas ánsias y para que pudiese decir con el apóstol: *Coti-*

die morior, quiso que por espacio de un año sufriese las agonías de los que se hallan en el artículo de la muerte, las congojas y trasudores del que ya se le arranca el alma. Y para que su merecimiento fuera mayor, mandó calmar todos los vientos favorables y aquellas soberanas luces y regalos del cielo, dejándolo seco y á oscuras, sepultado en una tenebrosa noche de profundísima melancolía. Fué esto con tal exceso, que él mismo juzgó no podía vivir, si el Señor, ó no aflojaba la clavija de aquel rigor, ó no le conservaba de milagro la vida.

La fuerza de esta vehemente imaginacion vino á enflaquecerlo de suerte que parecia una estantigua ó viva imagen de un hombre difunto. Pero, *Sol post nubila clarior*. Después destos nublados horribles, rayó más claro por su hemisferio el Sol. Volvió á gozar los destellos del cielo que hallar solía en la presencia de Dios y en la dulce memoria de su Purísima madre.

CAPÍTULO VII

Por orden de su provincial baja otra vez á la Asunción, y de vuelta lleva consigo al P. Pedro de Espinosa.

Si la personal experiencia no ayuda á su formacion, no puede formarse cabal concepto de las penalidades y fatigas grandes y sin número que se padecen en estos largos viajes, por las extendidas provincias de la América, y singularmente en doscientas leguas de despoblado que distan de la ciudad de la Asunción las reducciones del Guayrá, siendo necesarias embarcaciones de diversos ríos, que por fuerza se han de navegar para evitar el encuentro de naciones barbarísimas.

Lo cual se hace por el gran río Paraná, que desagua en el de Paraguay, ó río que llamamos de la Plata, que más abajo de Buenos Aires entra en el Océano con más de sesenta leguas de boca.

Otros ríos hay también navegables, y son necesarias para pasarlos canoas, porque ni sufren puente ni tienen esguazo. Las distancias entre estos ríos se han de caminar á pie descalzo, por los muchos anegadizos, con riesgo de sierpes ponzoñosas, de tigres ferocísimos que andan á manadas por aquellos montes, sin otro alimento que el que la misma tierra de su bella gracia les ofrece, expuestos de día y de noche á los fríos, á las calinas, á las lluvias y otras inclemencias de los tiempos é influencias nocivas de los climas.

Estas son ya la quinta y sexta vez que entre idas y venidas hizo este viaje nuestro P. Antonio, y muchas otras en lo restante de su vida. Pero jamás se rindió á dificultades la grandeza de su corazon y la puntualidad de su perfecta obediencia.

Llegó al Paraguay, dió á su prelado cuenta del buen estado de aquellas misiones, del

infatigable fervor con que trabajaban sus obreros, y juntamente de la entrada que disponía en la provincia de Nuatingui, muy poblada de gentiles, que perecian de hambre por falta de quien les repartiese el pan de la doctrina evangélica.

El P. Provincial, tan gozoso con aquellas buenas nuevas, cuanto compasivo de la intolerable carga que llevaban aquellos varones apostólicos, ofreció enviaría compañeros que la hiciesen más llevadera, desde el colegio de Córdoba, y con toda brevedad señaló, entre otros, al P. Pedro de Espinosa, natural de la ciudad de Baeza, sujeto aventajado en todas prendas, y más en la mortificacion y penitencia y en el celo de la salvacion de las almas. El cual, después de haber trabajado muchos años gloriosísimamente llevando unas ovejas para vestir con su lana y pieles á los pobres y desnudos indios de las reducciones del Paraná, dió en un aduar de indios gentiles, que como dijimos habitan é infestan con sus correrías aquellos caminos y con sus macanas le quitaron la vida, que era lo que él tanto había deseado y supli-

cado con mucho ahinco á Nuestro Señor.

Yo conocí y comuniqué íntimamente á este Santísimo Padre, y confieso que me tenía robado el corazon con su ardiente caridad y rara mansedumbre. Oí decir que en aquel viaje tuvo algunas premisas de su violenta muerte, y el mayor presagio della lo que sucedió en la ciudad de Santa Fe, donde yo actualmente residía, y de donde había partido dicho Padre.

En uno de los altares del colegio que allí tiene la Compañía de Jesús, se venera una imagen de la Santísima Virgen, de muy buen pincel, la cual por este tiempo se vió cubierta de un sudor copioso, como fué á todos notorio por jurídica informacion, con muchos testigos de vista. Hacen mencion deste venerable Padre nuestro Antonio en el § 44 de su *Conquista* y el P. Eusebio en sus *Varones ilustres*, en la vida de su hermano el P. Agustín de Espinosa, que fué no menos insigne en santidad.

Cuando el P. Ruiz volvió al Guayrá, con tan buena compañía como la del P. Espinosa, le tenía Dios prevenida en el camino una

ocasion en que ostentar de nuevo su paciencia y caridad, que las dos campean mucho en sufrir un falso testimonio con alegre semblante y en hacer bien al que lo levanta, esperando de ese sufrimiento y amor del enemigo un grande galardon en el cielo, según aquello del Evangelio: *Et dixerint, omne malum adversum vos, mentientes propter me gaudete, & exultate, ecce enim merces vestra copiosa est in cœlis.*

Vivía en Maracayú un español á quien viniendo del Brasil derrotado y muerto de hambre, el P. Antonio había acogido, regalado y héchole muy buen pasage en sus reducciones.

Este, sobre ingrato á su bienhechor, poco temeroso de Dios, publicó que el P. Antonio había revelado la confesion á un indio y descubierto un pecado de hurto de no sé qué vacas que él y su amo habían hurtado á otro español. Y aunque la calidad del testigo y la grande opinion que todos tenían de la santidad del Padre, hizo dificultosa de creer esta calumnia, no dejó de sentirla mucho el agraviado, no por respecto de su persona, sino

por el daño que aquel falso rumor podía causar en el pueblo, retirando de sus pies á muchos, que cuando pasaba por él acudían á confesarse y consolarse, y era grande el fruto que en esto hacía. Y entre gente popular y no toda noticiosa ni afecta, nunca deja de tener la mentira muchos valedores, ni de padecer algún desdoro la más calificada inocencia.

Por este tiempo había bajado de las reducciones al Salto del Paraná el reverendo Padre Francisco Díaz Taño, una y otra vez procurador en Roma de las tres provincias Paraguay, Tucumán y Buenos Aires. Y sin duda dispuso el cielo esta venida con especial providencia para consuelo del P. Antonio, porque lo amaba tiernamente como á socio carísimo de sus peregrinaciones.

Escribióle una carta rogándole se viesen en el puerto de Maracayú para conferir entre los dos un negocio de mucha importancia. Vino el P. Taño sincopando en cuatro las jornadas de ocho días, el cual con su gran sagacidad y mucha inteligencia, callando el P. Antonio como en causa propia, ar-

guyó y convenció de falso al delator. Constó manifiestamente del testimonio falso, pues el indio ni se había confesado con el P. Antonio ni estaba en el lugar cuando pasó por allí.

Hecha esta legítima probanza en poder de la justicia eclesiástica y secular, las dos trataron de castigar severamente á aquel mal hombre, como á falso y desalmado testigo. Pero el P. Antonio, como tan enseñado en la escuela de Jesús á volver bien por mal, se echó á los piés de los jueces, y por no contristarlo más, le hubieron de conceder el perdón, quedando muy edificados y con nuevo concepto de su sólida virtud, cuya piedra de toque fué siempre el beneficiar al enemigo.

Decía bien San Isidoro, lib. 3 de *Summ. bon.* c. 59: *Testis falsidicus tribus est obnoxius, Deo; quem contemnit; Iudici, quem decipit, Innocenti, quem lædit.* El testigo falso con la flecha de su mentira hiere y ofende á tres; á Dios, que desprecia; al juez, que engaña, y al inocente que desacredita, y todos tres ha de dar entera satisfaccion.

Aquí perdonó la parte, y á instancia suya la justicia humana. Pero no se dió por satisfecha la divina de una maldad tan desollada y con circunstancia de tan fea ingratitud; antes dentro de breves días la castigó con muerte desastrada del delincuente con muy pocas esperanzas de su salvacion. Apenas espiró el triste cuando se movió un tan furioso torbellino que parece andaban legiones de demonios revolviendo las nubes y alterando los vientos.

Concluídos en Maracayú algunos negocios, fueron al río Yagatimi, donde el Padre Francisco Díaz había dejado sus embarcaciones, y de allí pasaron á hacer noche en otro que también desagua en el Paraná. Y como siempre iba nuestro P. Antonio con aquella insaciable sed de almas de infieles, tuvo aquí noticia que en las riberas deste segundo río habitaban algunos gentiles, que sin duda, si hubiese quien la predicase, abrazarían la fe.

No tuvo su celo necesidad de certidumbre, bastóle probabilidad y esperanza de que podría hacer algún provecho en aquella ex-

cursion, para emprenderla. Los indios que le acompañaban le ofrecieron aguardarle en aquel paraje hasta la vuelta.

Marchó á la faccion y no halló á los gentiles en el lugar que le dijeron; temió no hubiese hecho el demonio de las suyas, y por darle pesadumbre, pasó adelante en busca suya, como quien va á caza de fieras, llevando consigo los indios más alentados y al P. Espinosa, que se lo pidió de rodillas.

Subiendo montes y cruzando valles, hallaron rastro de humanas huellas; creyeron eran los que buscaban; siguiéronlo por espesos jarales de unas cañas tan agudas que rompen los vestidos y sacan sangre. Dieron en el sitio donde pocos dias antes se habían alojado, pero ya habían mudado cuartel sin dejar vestigio.

Buscáronlos en parajes diferentes, y no pudiendo encontrar con ellos, volvieron al lugar donde dejaron las canoas, bien fatigados, aunque no descontentos, de los pasos que dieron, que son muy gratos á los ojos de Dios los piés de los que evangelizan la paz y no deja paso sin premio.

Presto experimentó el P. Antonio el de sus buenos deseos en los favores que dice recibió en esta correría. Habiendo caminado todo un día por un espeso monte (palabras suyas son) en busca de indios infieles, llovió muchísimo, y por no tener reparo alguno contra la lluvia se mojaron muy bien él y su compañero, á quien por ser nuevo en semejantes trabajos, sobrevino en una pierna un agudo dolor; creció más con la agitacion de haber caminado á pie todo el dia. Forzóles la noche á quedar á dormirse en aquel monte y en el suelo desnudo, que estaba todo empapado de agua.

Los indios de guía perdieron el camino y el Padre se afligió con la dolencia del compañero, cuyos quejidos le atravesaban el corazón. Acudió al Señor con toda confianza, invocó el auxilio del angel San Rafael, y suplicóle le guiase por algún atajo al puesto donde habían dejado las canoas. Ilustrado en la oracion su entendimiento, conoció el rumbo que habían de llevar. Contradecían los indios, diciendo que iban errados. Animólos con asegurarles que muy presto saldrían al

puesto que deseaban, como llegaron dentro de una hora, muy contentos y agradecidos al santo angel por haber hecho con ellos los mismos oficios que con el Santo Tobías.

Presto experimentó el P. Antonio el de sus buenos deseos en los favores que dice recibió en esta correría. Habiendo caminado todo un día por un espeso monte (palabras suyas son) en busca de indios infieles, llovió muchísimo, y por no tener reparo alguno contra la lluvia se mojaron muy bien él y su compañero, á quien por ser nuevo en semejantes trabajos, sobrevino en una pierna un agudo dolor; creció más con la agitacion de haber caminado á pie todo el dia. Forzóles la noche á quedar á dormirse en aquel monte y en el suelo desnudo, que estaba todo empapado de agua.

Los indios de guía perdieron el camino y el Padre se afligió con la dolencia del compañero, cuyos quejidos le atravesaban el corazón. Acudió al Señor con toda confianza, invocó el auxilio del angel San Rafael, y suplicóle le guiase por algún atajo al puesto donde habían dejado las canoas. Ilustrado en la oracion su entendimiento, conoció el rumbo que habían de llevar. Contradecían los indios, diciendo que iban errados. Animólos con asegurarles que muy presto saldrían al

puesto que deseaban, como llegaron dentro de una hora, muy contentos y agradecidos al santo angel por haber hecho con ellos los mismos oficios que con el Santo Tobías.

CAPÍTULO VIII

Entran los PP. Ruiz y Maceta á predicar el Evangelio en la provincia del Tucutí, y dan principio á la residencia de San Josef.

Si hubo quien con el uso vino á hacer familiar alimento de su vida al mortal veneno, no hay que extrañar que el P. Antonio viva robusto entre tantos trabajos, que repartidos entre muchos, fueran bastantes para acabarles á todos la vida.

Ciertamente que quien atento considera los contínuos, los inmensos que en viajes tan largos padeció, podrá persuadirse que en cuerpo de hombre le concedió el Señor prerogativa de angel inmortal, aunque no de

bladas de hombres doctos, que si en sus pechos ardiera el celo de la honra de su Dios, pudieran traer á su obediencia y al gremio de su Iglesia nuevos mundos.

Partieron nuestros tres apostólicos varones por Mayo de 1625. Navegaron contra la corriente el río Paranapana, hasta llegar á la boca del de la Tibaxiba, en cuya ribera saltaron en tierra los Padres Antonio Ruiz y Simón Maceta para discurrir por aquellos parajes, y el P. Francisco Diaz navegó el río hasta llegar á la reduccion de San Francisco Xavier.

Envió el P. Antonio mensajeros delante á dar cuenta de su venida; lo que sucedió en ella él mismo lo dice en una carta al P. Nicolás Durán, su Provincial, en que le da cuenta de aquella provincia.

Tuvimos, dice, muy buenas nuevas, enviándonos un cacique principal su hijo con algunos de sus vasallos á darnos la bienvenida. Con que proseguimos nuestro viaje, aunque con mucho trabajo é incomodidad, por no haber camino alguno, sin hallar que hubiesen dejado rastro para guiarnos por él

los que fueron delante en las ramas de los árboles que tronchan los indios para dejar señal, y según es fresca la quiebra se conoce cuánto há que pasaron por allí. Y á veces por ser el monte tan espeso en el trecho de un cuarto de legua habíamos de gastar tres y cuatro horas.

A esto se añadía el temor de los indios que nos acompañaban, que aunque llevábamos en prendas al hijo del cacique, no se aseguraban de que nos hubiesen de recibir bien; antes cautelaban no fuese aquel ardid para llevarnos engañados y quitarnos más á su salvo las vidas. Todo se podía recelar de la astucia y poca ley de aquellos infieles.

Llegamos á una ranchería y la hallamos sin gente, con que creció en todos la sospecha. El dia siguiente salimos della muy maltratados del mal camino, y á poco trecho encontramos con el cacique cuyo hijo llevábamos en nuestra compañía, el cual nos recibió con muestras de amor y guió á su pueblo por una vereda, que no merece nombre de camino, por ser tan cerrada de altos

montes, de cuestas enhiestas, de quebradas, arroyos y pantanos.

Salimos ya por la tarde á lo alto de un monte donde pudimos ver el sol y respirar un poco.

De allí bajamos á una profundidad que se me figuró el limbo y en ella quería este cacique que fundásemos el pueblo. No le resistí por entonces, hasta el siguiente día en que le persuadí no se podía vivir en aquel lugar por incómodo, triste, menos sano, y poco á propósito para el comercio con los demás lugares.

Al fin hallamos sitio muy á propósito y á gusto de todos, con las conveniencias que podíamos desear, á la orilla de un río que desagua en la Tibaxiva, por el cual será fácil comunicarnos con la reduccion de San Francisco Xavier.

Luego acudieron los caciques de las tierras vecinas, aunque con algún recelo de que los habíamos de sacar de allí para llevarlos á las reducciones antiguas. Y para que estuviesen seguros de su permanencia en aquel lugar, les puse luego una fragua muy de

asiento, que es la oficina que más estiman para aguzar sus herramientas.

Deje allí al P. Simon Maceta que los comenzase á catequizar, con que se fueron incorporando los demás en esta reduccion muy importante para darse la mano con la de San Francisco Xavier, con la de la Encarnacion, Tayaoba y las demás, que siendo Nuestro Señor servido, podrá hacer la Compañia.

Lo que al P. Simon Maceta le sucedió en esta reduccion, se cuenta largamente en su vida. Yo seguiré los pasos que dió el P. Antonio, guiándome por la carta sobredicha.

Dejando en esta reduccion al P. Simon, proseguí mi viaje por tierra para abrir camino, y aunque hice hartas diligencias para ver si podría topar con alguno, no pude.

Un cacique principal se ofreció llevarme hasta cierto paraje, por donde él antiguamente solía ir á caza, que hasta allí sabía, y no más; y que desde allí se volvería.

Este camino emprendí fiado en la divina Providencia, y la experimenté el primer día muy propicia, porque en los demás muchos ratos habia de caminar sobre manos y pies

y medio arrastrando por ser tan cerrado el bosque, y de agrias cuestas.

Perdímonos al segundo día, y el que guiaba, el tino; de manera que era necesario subir á las cumbres de los más altos árboles para ver por dónde habíamos de seguir nuestra derrota.

Cogiónos la vigilia de Santiago en un densísimo cerro y nos faltó el agua cuando íbamos carleando de sed. Faltónos también el pan de palo y hubimos de ayunar comiendo solos palmitos. Son éstos los cogollos de las palmas, que las hay altísimas, y derribándolas á tierra les cortan los remates, que son muy blancos y tiernos y sirven de sustento á falta de otro mejor.

Cuatro días dejé la misa, con harto sentimiento, por no tener agua. Aunque al siguiente proveyó Dios de unos palos muy gruesos que llaman los naturales Yzipo; cada uno destos cortado destila agua para dos personas, muy fría y de buen gusto.

Iban los indios abriendo camino cuanto pudiese dar tránsito á solo un hombre, y seguían en procesión los demás, aunque con

detrimento de mi pobre vestido que se me iba quedando á pedazos en las puntas de las ramas, y el calzado entre las malezas.

A los machetes, de tanto desmontar, se les embotaron los filos, y los indios gastadores perdieron las fuerzas y aun las manos, que llevaban sangrientas, y heridas de unas cañas que cortan como navajas. Mereciόse bien en este camino con unas llagas que de los golpes y garrapatas se me hicieron en los piés, que temí me habian de impedir pasar adelante. Hiciéronme acordar de las de Cristo que alivian el dolor de las que por amor suyo se padecen.

Llegamos á un paraje donde nuestro piloto perdió totalmente el rumbo. Recé con los indios como se hace todas las noches en los caminos, y con el nocturno silencio, oímos un ruído como de corriente arroyo, que nos alegró á todos, á mí en particular, que deseaba mucho poder decir misa el día siguiente que era sábado.

Por la mañana encaminamos al ruido del agua, y aunque no distaba más que media legua, fueron tantas las vueltas y revueltas

del camino, que nos duró de hacer todo el día. Acercándonos más, reconocimos ser el río Tepociata.

Aquí me dijo el cacique:

—Ya habemos llegado al río, yo no sé más camino, y con tu licencia, Padre, quiero volverme al pueblo.

Mucho consuelo recibió mi corazón de verme del todo puesto en las manos del que es padre de pobres desamparados y afligidos. Agradecíle al cacique con grato semblante y suaves razones el beneficio que me había hecho, prometiéndole la paga de parte de Dios, y yo me acogí al sagrado de su misericordia, rumiando el nombre de Padre, que fué el asunto de toda mi oración; y confieso á V. R. que saltaba de contento de verme desahuciado de todo humano socorro, persuadiéndome que nunca más cerca en mi favor el divino.

No me burlaron mis esperanzas, pues acercándonos á la margen del rio, uno de mis indios, bien acaso, tocó una bocina, y á los ecos de su reclamo respondió otra con admiracion de todos, y era de la gente que

venia de la reducción de San Francisco Xavier en busca mía.

Alabé de todo corazon la piedad divina, y no pude detener las lágrimas, diciendo con San Pedro: *Exi á me, Domine, quia homo peccator ego sum.* Pasé el rio y hallé que en aquel mismo punto llegaban á la otra ribera los de San Francisco Xavier. Si no hubieran oído la bocina, venían con intento de subir río arriba, y yo lo llevaba de echar río abajo, con que hubiera sido cierto el perdernos, y el habernos encontrado fué favor singular del Padre de las misericordias.

Quince días había que salieron de su pueblo, y todo ese tiempo gastaron en camino de solo un día. Todo el suceso fué materia de mucha alegría; pero causómela mayor ver entre los que salieron á buscarme, un cacique al cual tuve en otro tiempo muy gran deseo de ganarlo para Cristo, y él no menor de haberme á las manos para despedazarme y comerme, para lo cual hizo hartas diligencias. Pero Dios se las frustró todas y le trocó el corazon, y de un sangriento tigre lo convirtió en cordero.

Después de habernos saludado mutuamente, lo primero que hizo este cacique fué juntar los indios que yo llevaba conmigo, nuevamente reducidos en San Josef y hacerles una exhortacion á la perseverancia en la ley de Cristo, representándoles el contento grande que él tenía de ser cristiano é hijo de los Padres, y que si ellos querían gozar de la misma felicidad, continuasen en serlo hasta la muerte.

Prosiguió en una plática tan cuerda, que yo la admiré mucho y me estaba bañando en agua rosada, alabando el poder de Dios que sabe hacer, no ya de piedras hijos de Abraham, sino lo que parece más; de fieras hambrientas de carne humana, hijos legítimos de Dios y de su esposa la Iglesia. Luego se vino á mí y comenzó á acariciarme con amorosas palabras, significándome cuán sentido estaba de verme tan flaco y fatigado del camino y que me detuviese á descansar en su pueblo.

De aquí tomé pie para decirle el fin que teníamos en todos aquellos trabajos, que no era otro que la salvacion de sus almas. Hí-

cele conocer sus pasados yerros, y que si él había deseado en otro tiempo comernos vivos ó muertos, mayores eran las ansias que teníamos nosotros de ser despedazados y comidos por amor de Dios y de su santísima ley.

Oyólo todo muy bien, escusándose con su ceguedad y poco conocimiento de la verdad que entonces tenía. Ofrecióme algunos regalillos de piñones, mostrándome muy buena y sincera voluntad.

De lo dicho bien se colige algo de lo mucho que el P. Antonio Ruiz padeció por reducir á la fe aquel ciego y bárbaro gentilismo.

CAPITULO IX

Llega el P. Antonio á la reducción de San Francisco Xavier; trata luego de la entrada en el Tayatí, y suceso de esta empresa.

Las molestias del viaje sobredicho requerían meses de descanso para reparar las fuerzas, quien tan quebrantadas las traía como el P. Antonio Ruiz. Pero cuando el espíritu está vigoroso y pronto, no es bastante para detenerlo la flaqueza del cuerpo; con impulsos y auxilios superiores lo arrebata en pos de sí.

Seis días solos lo pudieron detener en la

reduccion de San Francisco Javier, y yo me persuado que la memoria y ejemplo de aquel grande apóstol le hacía pesado y largo descanso tan breve y ligero.

Previno lo necesario para la jornada que su Provincial le había encargado hiciese con la brevedad posible. Está el Tayatí en la provincia del Nuatingui, muy nombrada y célebre en aquella parte de la América. La causa destas prisas fué lograr la ocasion que ofrecía la venida á San Francisco Xavier del cacique Pin Dobiyu, muy aplaudido entre aquellas gentes, y estimado y obedecido como reyezuelo de todas, por su caudal, nobleza y valentía.

Este, acompañado de otros muchos caciques, había llegado poco antes á dicha reduccion, donde estaba el P. Cristobal de Mendoza á pedirle sacerdotes que predicasen en su tierra el Santo Evangelio. Fué esta mudanza de la diestra del Excelso. Porqus este famoso cacique fué uno de los que dos años antes conjuraron contra las vidas de los PP Antonio Ruiz y Josef Cataldino y Diego de Salazar. Pero ya bien desengaña-

do y entendido de la paz y otras comodidades grandes que gozaban los que vivian á la sombra de los Padres y con la profesion de la fe, pedían con instancias honrasen sus tierras.

Bien se creyó que no le movía tanto á esto el deseo de ser cristiano y ajustarse á su santísima ley, como granjear por este medio la voluntad de los Padres y hacer alianza con sus indioe de San Francisco Xavier y del Ibitirembeta, que ya todos estaban reducidos á la Iglesia y resueltos de repartirse en cuatro pueblos grandes sin la muchedumbre de gentiles esparcida por las riberas y dilatados campos de la Tibaxiva, cuya conversión no se había ejecutado por falta de ministros.

Pero como este cacique por sus hazañas y valor era tan amado y tan temido y vino en persona con tan justa peticion, juzgó el P. Antonio muy conveniente el condescender con ella y lograr tan buena ocasion, ajustándose al orden que le había dado el Padre Provincial.

Hallaron Pin Dobiyu y los de su faccion

grandes conveniencias en que los Padres los admitiesen por amigos y por hijos y los de sus pueblos por confederados, con cuyo favor esperaban que podrían vengar los agravios recibidos de la nacion Tayaoba. Pues habiéndoles dado salvo conducto para que pasasen por su tierra, cuando volvían á la suya cargados de yerba, que entre ellos tiene tanta estimación, les armaron en el camino una emboscada, y dieron de repente en ellos, y mataron muchos y se los comieron, faltando infamemente á la buena fe y palabra dada. Salió herido Pin Dobiyu de la refriega: deseaba mucho despicarse, y como no sabía lo que Cristo enseña á los de su escuela en lo tocante á la venganza de los agravios, parece que el P. Antonio había de abrazar su amistad para tomarla del grande que le hicieron los Tayaobas en la primera entrada en su país, matándole la gente y persiguiéndole para quitarle la vida y celebrar con sus carnes un festivo banquete.

Otra razon tuvo Pin Dobiyu para solicitar con todas veras la comunicacion y amistad con el P. Antonio y sus feligreses, y fué en

orden á castigar y reprimir las invasiones que hacía en su chácara un cacique de los Camperos Cabelludos de la provincia del Guarayrú, que, fingiéndosele muy amigo, hambriento de carne humana, quitó á su madre la vida y le llevó cautivas algunas de sus concubinas y niños para hacerles la misma fiesta, degollarlos, asarlos y banquetearse con ellos.

Habíanse fortificado con palizadas y trincheras contra los repentinos asaltos deste lobo carnicero, y para su defensa y mayor seguridad deseaba unirse con los indios cristianos y que los Padres entrasen en sus tierras.

Deste medio tan irregular se valió la divina Providencia para introducir la fe en aquellas provincias al poder humano casi inconquistables.

Para negocio de tanto peso escogió el P. Ruiz por Bernabé de sus peregrinaciones al P. Cristobal de Mendoza, de cuyas prendas tenía muy alto concepto, y con razon, porque eran muy ventajosas, con quien habia comunicado Pin Dobiyu su pretension.

Divulgóse por el pueblo la jornada que trataban de hacer los Padres, y como los amaban tanto y estaban tan bien hallados con ellos, hicieron extremos de sentimiento y procuraron embarazarla, motivando cuán fatigados andaban los Padres, y pues ellos no tenían celo de su comodidad y salud, era justo la celasen sus hijos, que eran los que habían de quedar huérfanos con su ausencia.

Todo lo dicho escribe al Provincial en su carta el P. Antonio.

Luego que llegué á San Francisco Xavier, traté de ir á las tierras de Pin Dobiyu. Pero mis indios lo resistieron tan fuertemente, que á no constarme de lo que el Señor había de ser servido, sin duda me hubieran hecho mudar de propósito. Rogábanme atendiese á cuán maltratado venía de tan largo y trabajoso viaje y que era bien aflojar un poco el arco y no dejarlos tan presto. Que sin duda nos llevaban á trato para matarnos, porque eran de naturales traidores, que tenían uno en la boca y otro en el corazon. Que si usasen de tal alevosía y crueldad

los dejaría inquietos en perpétua guerra, pues no habían de sosegar hasta vengar mi muerte á costa de muchas vidas de aquellos enemigos. Y que no solamente nos habíamos de guardar de Pin Dobiyu, sino también de los feroces Cabelludos, que viendo que aquel nos tenía por amigos, solo por hacerle ese pesar nos darían cruel muerte.

Certifico á V. R. que muy de pensado no podré referir la mínima parte de lo que estos buenos indios me representaron para apartarme de mi intento.

Sabiendo Pin Dobiyu que yo había llegado á San Francisco Xavier, me envió tres caciques que me diesen la bienvenida. Contra éstos revolvieron su indignacion los del pueblo, amenazándolos si tratasen de llevarnos á sus tierras y de palabra los maltrataron de suerte que hasta las indias les saltaban á la cara y los zaherían con su atrevimiento, y no podían sufrir que nos hablasen á solas.

Pero yo los llamé con disimulación á nuestra casa y los aseguré que en todo caso iría á su tierra, por lo que deseaba la salva-

cion de sus almas aunque el procurarla me hubiese de costar la vida.

Alegráronse mucho con esta nueva y uno de los tres dijo á voces:

—Padre, nuestro cacique Pin Dobiyu nos envía á que os llevemos á nuestras tierras para que nos hagáis vivir como hombres. Pero vemos á estos vuestros hijos que no quieren que vayáis por el amor grande que os tienen. Y nos ponen en mala opinion que os queremos llevar para mataros, y todo el pueblo, hombres y mujeres se han amotinado contra nosotros y nos dan fuego para que nos volvamos porque no hay Padres para Pin Dobiyu. Ved la respuesta que le habemos de dar en cumplimiento de su mandato.

Holguéme mucho de oir estas razones; roguéles me esperasen dos días, que iría con ellos. Así lo hicieron, y yo también, como lo había prometido.

En este breve tiempo dispuso el P. Antonio su jornada. Y viendo que los moradores de San Francisco Xavier estaban ya bien arraigados en la estimacion de la fe, para

consuelo, así de los Padres como de los indios, colocó el Santísimo Sacramento en la iglesia en día del gloriosísimo Patriarca San Ignacio con la mayor solemnidad que fué á su pobreza en aquel rincon del Nuevo Mundo posible, para que de aquella devota ostentacion del exterior culto, formasen los nuevos cristianos alto concepto de aquel soberano misterio de la fe.

Hubo su misa cantada con variedad de voces é instrumentos, sermon al caso, procesion muy bien ordenada, con regocijo de modestas danzas y otras sérias demostraciones.

El convite del Santísimo hizo grande la fiesta á lo divino, y á lo humano otro banquete general, á que fueron convidados todos los vecinos del pueblo y los tres huéspedes caciques que quedaron atónitos de ver tan unidos, tan políticos y racionales á los que poco antes vieron vivir como brutos del campo.

CAPÍTULO X

Parten los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza á las provincias del Tayatí á predicar el Santo Evangelio.

Los sucesos particulares desta conquista con mucha claridad y distincion los dejó escritos el P. Antonio en una carta anua del año 1625, en la cual dice así:

Salimos el P. Cristobal de Mendoza y yo con solos los indios necesarios para llevar los sagrados ornamentos, las hamacas y comida. Y aunque todos los caciques de San Francisco Javier se nos ofrecieron de irnos acompañando, no lo consentí.

Al cuarto día llegamos al pueblo de Pin

Dobiyu, el cual había hecho adrezar todos los caminos y plantar á trechos cruces en ellos y preparar una pequeña iglesia para recibirnos; junto á ella levantó algunos arcos triunfales con estruendo festivo de bocinas y atambores.

Congregóse luego grande multitud de gente, hombres y mujeres. Hiceles una breve plática sobre el fin principal de nuestra venida, que oyeron muy atentos.

Acabada ésta, nos dió Pin Dobiyu la bien venida con muchas muestras de amor y del deseo que había tenido de vernos en su pueblo y sentimiento grande de no habernos antes conocido.

Ayudó no poco á este feliz suceso un indio que más de cien leguas lejos me había ya conocido. Este les alababa mucho el modo de proceder que observábamos con los indios, por lo que nos había quedado muy afecto, y lo mostró bien en la presente ocasión.

Pidiónos Pin Dobiyu con mucha humildad y cortesía nos aposentásemos en su casa que era de las mayores que por acá he

visto, aunque entren las de los españoles. Admitimos el agasajo y favor con mucha estimacion y lucimiento de gracias. Y fué de ver la prisa que se dieron luego todos los indios en levantarle otra casa cerca de la nuestra.

Hallamos á estos indios en su lugar atrincherados con una fuerte empalizada, por la guerra que Pin Dobiyu traía con otro cacique que antes era muy su amigo y lo acompañó cuando vino á matarnos para comernos. No sé porqué rompieron la amistad, de suerte que el otro en una invasion se le llevó prisionera la madre y se la comió, y él en venganza había hecho lo mismo de muchos de sus enemigos.

Volvieron estos mano armada segunda vez á acometer su chácara; apresaron algunas indias que llevaban maniatadas á su ladronera. Avisaron á Pin Dobiyu que siguió el alcance y no lo pudo dar en todo aquel día. Hizo alto con su gente, y noche en el camino: y mientras él dormía los contrarios mataron tres de los suyos, niños de hasta ocho años y hechos pedazos los asaron pa-

ra viático de su camino. Estos son sus escabeches y pan de municion.

Con el descanso del sueño cobró fuerzas Pin Dobiyu, y como los enemigos iban fatigados, los alcanzó. Estos, rabiosos de verse seguidos tiraron dos flechas á una de las indias que llevaban cautivas, que las dos la atravesaron de parte á parte. A otra le abrieron la cerviz con una macana. Embistió con gran valor Pin Dobiyu con los suyos, desbarataron y metieron en huida á los contrarios, y cobraron la presa, menos los tres niños que llevaban asados y hechos trozos en unas cestas. A la india de los flechazos hallamos ya acabando, hinchada con la sangre que se le había cuajado con los pedazos que dejaron las flechas. Bauticela y púsele por nombre María, y este fué el primer bautismo que allí se hizo, y la soberana Vírgen lo acreditó, con que dentro de tres días se levantó sana la herida, y pudo caminar una legua por su pie.

Buscamos puesto cómodo para fundar el pueblo, y hallámoslo mucho á la falda de una sierra coronada de pinares, y á la ribe-

ra de un río, que son de grande importancia para la pesca y contratacion.

Fuerza es hacer aquí de paso alguna mencion de lo que el P. Antonio cuenta en el § 21 de su *Conquista*, de los rastros que halló en estas provincias de haberlas ilustrado con su presencia y predicacion el apóstol Santo Tomé.

Salimos, dice, el P. Cristóbal de Mendoza y yo á la provincia del Tayatí, tierra muy áspera y montuosa, habitada de gentiles de la misma nacion y lengua que la pasada.

En esta conquista espiritual que emprendió la Compañía, siempre sus hijos á sol y á sombra, de día y de noche caminaron á pie por más de dieciocho años, por carecer de cabalgaduras toda aquella region.

Usamos siempre llevar por báculo en la mano una cruz de dos varas en alto, gruesa poco más de un dedo. Recibiónos esta gente con más significaciones de amor, con danzas y otros regocijos, cosa que hasta allí no habíamos experimentado. Salían las mujeres con sus hijuelos en los brazos, señal cierta de paz, regaláronnos con sus ordinarias

viandas de raíces y frutas de la tierra.

Extrañando nosotros tan singular agasajo, nos dijeron que por antigua tradicion de sus antepasados. sabían que cuando Santo Tomé, á quien comunmente en el Paraguay llaman Zumé, y en el Perú Pay Tomé, pasó por aquellas tierras, les dijo estas palabras con espíritu profético:

—Esta doctrina que yo os predico, la olvidaréis con el tiempo. Pero después de muchos siglos, vendrán unos sacerdotes sucesores míos, que traerán cruces, como yo en la mano, y la predicacion de nuevo á vuestros descendientes.

Hicimos allí una poblacion muy buena que fué escala para otras de aquella provincia.

Dióse principio á esta reduccion la víspera del ilustrísimo mártir San Lorenzo, gloria de la nobilísima Huesca, y honor de Aragón, el año 1625, y se le dió el nombre de Nuestra Señora de la Encarnación.

Enarbólose con asistencia de todo el pueblo una cruz alta y hermosa, que todos las rodillas por el suelo, adoraron con mucha devocion, á cuyo pie comenzó á lamentarse

rendida la idolatría, que tantos siglos había dominado aquellas regiones. Formóse luego la República, repartiendo en los más dignos los oficios de justicia, alcaldes y regidores á quienes los Padres confieren verdadera jurisdiccion en virtud de una cédula Real del rey nuestro señor. Y en pocos días creció tanto, que en mil y quinientos vecinos se contaron ocho mil almas.

Quedó por cura desta reduccion el Padre Cristóbal de Mendoza que padeció increibles trabajos, ya de la inquietud de los malditos hechiceros, que son la cizaña que desmedra y ahoga este trigo, ya del enemigo demonio que la siembra, ya de los portugueses Mamalucos de San Pablo del Brasil, que han hecho en aquella primitiva cristiandad más luctuosos estragos que los mismos demonios. Que en materia de hacer mal puede competir con ellos, y los vence un hombre desalmado y sin Dios. Por eso en la parábola de la cizaña, siendo el demonio el que por su mano la sembró, se le dió el nombre de hombre: *Inimicus homo hoc fecit.*

CAPITULO XI

Pasa desde el Tayatí al río del Iñeai. Visita al P. Salazar. Intenta segunda vez la entrada en el Tayaoba.

—

La última vez que el P. Antonio estuvo en la ciudad de la Asuncion, le ordenó el Padre Provincial que habiendo visitado las reducciones, diese la vuelta á ella para hacer oficio de Vice-Rector en su Colegio, entre tanto que descendía al de Córdoba su Rector á la congregacion provincial.

Como instaba el tiempo de cumplir con esta obediencia, quiso primero informarse del P. Salazar del estado de los Tayaobas, y si acaso esta nacion bárbara daba algunas es-

peranzas de convertirse á la fe. Y de camino reconocer el río del Iñeai, que divide las provincias del Tayatí y Tayaoba. En cuyos campos y bosques había gran número de infieles aliados con el Tayaoba y grandes amigos del famoso hechicero Guiravera.

Dista este río del pueblo de la Encarnacion cuatro jornadas y desagua en el del Vivay, junto á los pueblos de indios cristianos que sirven á los españoles, de quienes hicimos arriba mencion.

Para llegar á sus corrientes es necesario discurrir por altísimas cordilleras y sierras tan cortadas, que para no dar en sus precipicios es necesario buscar los pasos menos altos, enhiestos y peligrosos, y valerse de sogas para irse descolgando, y aun con ellas es grande el riesgo de caer y hacerse pedazos. Por donde quiera que discurría este rayo del Evangelio, alumbraba y encendía á cuantos encontraba, redujo á unos caciques á que con todos sus vasallos se avecindasen en la Encarnacion. Señaló sitio para fundar otro pueblo de la gente que tenía salvo conducto del Tayaoba.

Continuando su camino por los ríos Iñeai y Vibay llegó á los pueblos cristianos, que lo recibieron como á un angel venido del cielo, saliéndole á tropas al camino con muchas demostraciones de amor. Cada uno deseaba tenerlo de asiento en el suyo, y alegaban tales razones de la extrema necesidad y desamparo con que vivían, que enternecieran las peñas, y solamente servían de atormentar más el compasivo corazon del Padre Antonio, viendo que era imposible su detencion.

Tienen estos pobres indios algunos clérigos diputados para que hagan con ellos oficio de curas; pero solo tienen el nombre, pues son rarísimas las veces que los visitan, muriendo muchos sin Sacramentos.

El poco tiempo que entre ellos estuvo el P. Antonio hizo mucho en beneficio suyo, porque como los amaba tiernamente: *Non cessavit die, ac nocte monens unumquemque eorum*, confesándolos, enseñando la doctrina, visitando los enfermos y consolando los afligidos.

Pasó desde allí á la Villa Rica, con ánimo

de fundar en ella una residencia, de donde los Padres pudiesen socorrer aquella tan desamparada cristiandad. Y como en todas partes era tan notoria su gran santidad y apostólica vida, trataron los de la ciudad de hacerle solemne recibimiento. Huyólo el humilde Padre, que de ninguna cosa tenía más pesar que de verse honrado y aplaudido, y entró disimulado en el lugar.

Todos admiraban mucho hubiese domesticado y reducido las provincias del Nuatingui, tan indómitas que jamás las pudieron entrar las armas españolas.

Rogáronle encarecidamente los consolase con su asistencia, siquiera por algún tiempo y no lo pudiendo conseguir, por la prisa que llevaba, que por lo menos les enviase alguno de sus santos compañeros.

Ni esto fué por entonces factible. Pero dióles buenas esperanzas de residencia, que muy presto asentó en aquella villa la Compañía de Jesús.

Habiendo con su presencia, predicacion y administracion de los Sacramentos consolado á esta gente y animádola al servicio de

Dios, dió la vuelta á visitar el pueblo de Tacuri y saber del P. Salazar si estaba de más sazón la mies del Tayaoba que tanto deseaba meter la hoz y segarla y acarrearla á las eras y trojes de la iglesia. En el lugar de Sami tuvo aviso de la Encarnación y San Francisco Xavier de los disturbios que causaba el demonio en aquellas reducciones por medio de los hechiceros, fieras siempre hambrientas de humana carne.

También fomentó estas inquietudes la muerte violenta que los de la Encarnación dieron á un indio, que como un cordero venía á San Francisco Xavier á reducirse con toda su familia. Lo que sintieron mucho sus parientes y se amotinaron para tomar venganza.

Por ser este negocio de tanta importancia y de tan peligrosas consecuencias, para evitarlas hubo el P. Antonio de cejar en su derrota. Antes de llegar á la Encarnación, tuvo aviso del P. Salazar cómo el Tayaoba siempre persistía rebelde y obstinado en su ceguera y ódio mortal de los ministros Evangélicos y las diligencias que había hecho pa-

ra quitarle á él la vida en aquel pueblo donde residía y lo hubiera ejecutado á no haberle resistido con valor los leales caciques.

Halló en dicha reduccion, con mucho consuelo de su alma, grandes aumentos, muchedumbre de gentiles, que de nuevo habían recibido el bautismo y con deseo de recibirle acudían otros dos veces cada día á oir el catecismo.

Halló aquí un gran tropiezo en unos indios, grandes hechiceros y del todo rendidos al apetito bestial de hartarse de carne humana. Cuyas crueldades sagazmente vino á descubrir el P. Francisco Díaz Taño.

Entre otras muertes que habían hecho para saciar su infernal gula, fué la de un niño de catorce años que servía á los Padres y había ido á visitar á su madre, que aún estaba en el solar de su choza. A este salieron al camino aquellos carniceros lobos, matáronle con otros dieciseis, y todos se los comieron.

Desearon también haber á las manos al Padre Francisco Díaz para hacer con sus ve-

nerables carnes la misma fiesta, pero no lo pudieron conseguir, porque los indios fieles que tuvieron noticia de la traicion que le urdian, sin darla al Padre le ponían guarda todas las noches en su casa é iglesia.

Permitió el Señor se descubriesen los autores destas monstruosidades, con un modo milagroso. Acudían los niños de aquella poblacion dos veces al día á la enseñanza del catecismo, viniendo de sus chácaras vecinas al lugar, volviendo uno dellos á la suya, donde vivía su madre, salióle al paso un hechicero emboscado en el monte; descargóle sobre la tierna cerviz una fiera cuchillada, y medio degollado, á fuer de rabioso tigre al manso cordero lo retiró arrastrando á la madriguera que tenía en la espesura. Dejólo al parecer muerto y salió á nueva pecorea, aguardando las tinieblas de la noche para asarlo y comerlo más á su salvo.

Pero nuestro Señor dió alientos á su inocente catecúmeno para levantarse envuelto en su sangre, y con ayuda de su angel custodio, cayendo y levantando, llegar á los brazos de su madre. Que tomando en ellos

al hijo ensangrentado y mal herido, acudió al pueblo dando bramidos como de leona, pidiendo justicia sin saber contra quien.

No se les escondió el homicida á los alcaldes por la diligente inquisición que de secreto hicieron. Condenáronle á muerte. Intercedió el Padre con deseo de salvar el alma de aquel mónstruo, que no estaba bautizado.

Conmutáronle la sentencia en azotes; pero fueron éstos tan de muerte, que fué necesario que el Padre se diese prisa en instruirlo en los misterios de la fe para que no muriese sin bautismo, el cual alcanzó por la grandeza de la divina misericordia el que por su inhumanidad era tan indigno della.

Tuvieron soplo los del gobierno de algunos cómplices en aquellas crueldades; enviaron á prenderlos quinientos hombres, muy bien armados; trujerónlos maniatados, y aunque por no haber suficiente probanza no fueron castigados con el rigor que merecían, todavía esta diligencia de la justicia atemorizó de suerte que de allí adelante no hubo quien se atreviese á cometer tan horrendo

delito. Habiendo el P. Antonio con su gran prudencia y mansedumbre quietado la gente, partió luego á las reduciones de San Ignacio y Nuestra Señora de Loreto, en prosecucion de su viaje á Paraguay, que no tuvo efecto por la causa que dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO XII

Recibe carta de su Provincial cómo está resuelto de subir á la visita de aquellas reducciones.

Habiendo llegado el P. Antonio á la reduccion de San Francisco Xavier, rico con los copiosos frutos que había recogido en el camino, *Benefaciendo & sanando omnes appressos a diabolo*, halló cartas del P. Provincial Nicolás Durán en que repetia el orden ya dado de que fuese á Paraguay á sustituir por el rector de la Asunción en la ausencia deste á capítulo Provincial. Pero añadia en esta segunda carta lo que no se le

dijo en el primer mandato: si no hubiese algún negocio urgente que no diese lugar para hacer aquel viaje.

Desto tuvo harto el buen Padre para excusar la honra de aquel breve gobierno. Asimismo le hacía saber cómo deseaba visitar las reducciones por el Paraná arriba, sin el rodeo grande del Paraguay y riesgo de dar en manos de los indios enemigos que ocupan el paso. Y que procurase abrir el camino del Salto, por donde ya otra vez había intentado subir desde el puerto de Buenos Aires.

Juzgando el P. Antonio que sin contravenir á la obediencia podía quedar en sus amadas reducciones, despachó un cacique principal de los más fieles, alentados y entendidos con quien escribió los inconvenientes que hallaba en perder de vista aquella nueva cristiandad.

Llevó el cacique en su compañía otros indios valientes para que pudiesen abrir camino por donde nadie hasta entonces había caminado.

Partió con su escuadron, y en aquellos

páramos extraviados les salieron al encuentro algunos indios infieles que intentaron estorbarle el paso; pero él les habló con tanto brío que se lo dejaron franco. Fué marcando la tierra, señalando los ríos y notando los estrechos mas peligrosos.

De la diligencia que hicieron estos exploradores resultaron muchas conveniencias y se facilitó la comunicación con las reducciones del Paraná.

Habiendo dado las cartas á los Padres que en ellas residían volvió á donde había dejado al P. Antonio Ruiz. El cual con una puntual descripcion del viaje, despachó otro cacique con sus indios de conserva á la ciudad de Cordoba, avisando al P. Provincial, cuán sin riesgo podía subir á las reducciones por el rumbo que deseaba, y que sabiendo el tiempo de su venida, saldría á recibirle desmontando y despejando el camino, allanando los pasos más difíciles y echando puentes á los ríos.

Recibió el Provincial los correos con sumo gozo, y lo mostró bien en los halagos y caricias que les hizo, mandándolos descansar y

regalarlos todo el tiempo que allí se detuvieron y los despachó contentos con el aviso cierto de su partida.

Luego el P. Antonio, enviando delante indios precursores que hiciesen vereda, bajó á recibirle hasta la reduccion del Acaray, á donde ya había arribado el Provincial, á quien fué acompañando por todas las reducciones, dejándolo maravillado de tan buen logro de sus gloriosos trabajos, contínuos desvelos en la conversion de los indios y muy edificado de la gran caridad en abrirle el camino para que pudiera hacerlo con más comodidad. Y por cuanto en las anuas citadas se contiene muy por extenso este viaje, no referiré aquí muchos de sus sucesos, aunque muy dignos de eterna memoria. Antes que partiese á recibir al Provincial dejó ordenadas algunas cosas muy convenientes para el aumento de aquella cristiandad.

Escribióle en este tiempo el P. Diego de Salazar que los Tayaobas daban esperanza de admitir el Evangelio, pero que se entretenían hasta saber lo que hacían con

sus asaltos en los pueblos de sus vecinos indios los Mamalucos de San Pablo. Y que si estos rindiesen sus armas y se dejasen llevar al Brasil cautivos, ellos forzados de la necesidad se acogerían al amparo de los Padres, para que con su gente cristiana los defendiesen de aquellos comunes y poderosos enemigos.

Y que si otro sucediese se contentarían con tenerlos á sus puertas por estacada ó contramuro y no les darían entrada en sus tierras.

Conoció el P. Antonio la astucia de Satanás en esta diabólica política y razon de estado en gente tan sin razon y policía. Y porque tal vez ya es conveniente contra *Cretenses cretissare & clavum clavo trudere*, entendióselas lindamente el cuerdo Padre, y mandó luego al P. Diego de Salazar desamparase luego aquella fuerza que había defendido como muy valeroso soldado de la santa Compañía y se retirase á otra reduccion. Para que sabiendo los Tayaobas que los Padres se les iban de aquel fuerte que servía de muro á su provincia, para obligarles á

quedar en él ofrecieron la entrada franca en toda ella.

No obstante esta su resolucion, ejecutó el P. Diego de Salazar la que con tanto acuerdo había tomado su superior, á quien estaba muy persuadido que le asistía en todas las suyas el Espíritu Santo.

Y bien se verificó en esta que fué inspirada de lo alto, pues apenas llegó á noticia de aquellos bárbaros que los Padres les habían vuelto las espaldas cuando el mismo Tayaoba partió en persona de su tierra al remedio. Llego á la poblacion del fidelísimo cacique Sami, comunicóle su intento de pasar á San Francisco Xavier y echarse á los pies de los Padres, rogándoles viniesen á predicar en sus tierras la ley de Dios, que todos estaban dispuestos á recibirla. Y aunque aquí encontró á un español de perversas entrañas, con sólo el nombre de cristiano, que procuró disuadirle aquella jornada, hablándole mal de los obreros apostólicos, pero como el cacique, aunque gentil, estaba mejor informado de su santa vida y religiosas costumbres, no dió crédito á las calumnias del mal español,

y sin hacer caso de su depravado consejo, prosiguió su camino.

Pero no bien estuvo en él, cuando lo que no alcanzaron las sinrazones del maldiciente, recabó el miedo de alguna traicion, pues temiendo que este mal hombre, enemigo de Cristo, aunque de su grey, ofendido de verse despreciado, no se agavillase con otros enemigos suyos y le armasen á la vuelta alguna emboscada para quitarle la vida, no se atrevió á pasar adelante.

Otra causa que tuvo este cacique para vivir con recelo y no dejarse ver ni comunicar de los que llevaban á sus tierras el santo Evangelio, apunta el P. Antonio en un capítulo de carta escrita á su Provincial, que dice así:

«Quiero referir en breve la causa por qué el Tayaoba con todos sus vasallos y pueblos de aquella provincia se han retirado tanto sin permitir que ningún extranjero entre en sus tierras.

Vino de la Villa Rica, enviado de la Asuncion, un capitán valiente y grande enemigo de los indios. Este envió con un español á

avisar al Tayaoba que bajase á verlo, que lo deseaba mucho, para conocerlo y regalarlo y darle algunas cosas que le traia.

Bajaron cuatro caciques, los señores más principales de aquella nacion y el agasajo que les hizo fué cargarlos de duras prisiones, amenazando que los mandaría ahorcar para ponerles terror y sacarles buen número de indios é indias, que era lo que él buscaba.

Los tres caciques se dejaron morir de hambre en la prision, solo el Tayaoba escapó con los grillos y con la vida, y se retiró á sus tierras con toda su gente, y cerró de tal suerte la entrada, que no solamente no han consentido españoles, pero ni aun indios de los que viven á su obediencia. Y aunque después acá varias veces los han enviado á convidar con la paz, el recibimiento que han hecho á los embajadores ha sido matarlos y comérselos contra el derecho de las gentes. Y hasta el día de hoy lo observaban, como se vió dos años há, cuando intenté entrar á predicarles el Evangelio, que se me comieron siete de mis indios, muertos á flechazos, cuyos

huesos hallé ahora en su casa, que los tenían para puntas de sus flechas, y lo mismo hubieran hecho de mí y de los demás que iban en mi compañía si nos hubieran habido á las manos.

Y aunque los españoles, viendo que nada recababan dellos por vía de paz muchas veces los han acometido de guerra, ya á la descubierta, ya con ardides y emboscadas, siempre han huído afrentosamente con las manos en la cabeza, de manera que ya tenían por desesperada su conquista.

Este ha sido el estado del Tayaoba hasta agora, que con la nueva que salía al camino á verme se movió toda la tierra y se juntaron muchos indios solo para verle, como cosa que nunca habían esperado.

De aquí se pudo ocasionar su recelo y el no proseguir en su viaje.»

Cuando el Tayaoba tomó la nunca esperada resolucion de venir en persona á la reduccion de San Francisco Xavier, ya el Padre Antonio había partido en busca del Padre Provincial. Y antes de salir de aquella, ejercitó Nuestro Señor su paciencia y lasti-

mó por varios caminos su compasivo corazon, que como el de Pablo, tenía por muy suyos todos los duelos de sus hijos, y no pudo dejar de sentir el verlos á estos en una gravísima tribulacion y el dejarlos en ella. Pues cuando granaban ya sus sementeras sobrevino una escarcha tan terrible, que por tres veces las abrasó todas y quedó el pueblo sin bastimentos, pereciendo de hambre, á la cual siguió como suele, un desafuero de pestilencia tan maligna, que se caían muertos por las calles.

Excesivo fué el trabajo del Padre que asistía en esta calamidad á mil y quinientos vecinos sin compañero que le ayudase á llevar la carga, contínuamente catequizando y confesando á los moribundos, enterrando los muertos y padeciendo la misma hambre que sus feligreses.

Solo el Señor era el que iba llenando sus graneros con los muchos que morían recién bautizados, ó con grandes prendas de su salvacion.

La gran caridad del P. Antonio Ruiz dispuso con toda brevedad un gran socorro en

unas canoas cargadas de maíz, fresoles, harina y cecina. Vino con él, á muy buena sazon, el P. Francisco de Ortega, con que pudieron repararse y sembrar de nuevo, y Nuestro Señor les acudió con abundantes lluvias, de suerte, que cuando llegó el P. Provincial con el P. Antonio á este pueblo, ya comenzaban á sazonar los frutos.

Callo lo que en sucesos varios, tocantes á la predestinacion de muchas almas campeó en esta afliccion la providencia de Dios, y solamente diré la alegría universal que todos tuvieron con la vista del Padre Provincial Nicolás Durán Mastrillo, varon muy de marca mayor en todos los talentos naturales y sobrenaturales; y de los compañeros que venian de refresco á trabajar en aquella viña, que fueron los Padres Josef Domenec, Marcos Marín y Pedro de Mola, religiosos de muy sólida virtud y muy señalados en el celo de las almas.

CAPITULO XIII

Visita el P. Provincial con asistencia del P. Antonio Ruiz, el pueblo de San Francisco Xavier. Ordena se funde nueva reducción en el río Iñeay y lo que en este tiempo hizo el Tayaoba.

Habiendo el muy reverendo P. Provincial Nicolás Durán de Mastrillo, visitado, con recíproco consuelo suyo y de sus súbditos, las dos reducciones de Loreto y San Ignacio, pasó á la de San Francisco Xavier, donde servía meritísimamente la plaza de verdadero cura mi carísimo y religiosísimo P. Francisco Díaz Taño, que aunque lo deseo largos años vivo, para mucha gloria del Señor

y bien de aquella apostólica provincia que con todas sus fuerzas solicita, pude desearlo muerto, así por verlo con la corona de gloria que aguarda á sus altos merecimientos, como para poder licenciar la pluma en justos elogios de sus hazañas y virtudes, en aquella espiritual conquista, sin temor de dar pesadumbre á su modestia.

Concurrieron los Padres que residían en algunas de aquellas reducciones á prestar la obediencia en dulces abrazos á su Provincial y á recibir su santa bendicion. Ya que negocios graves y urgentes del gobierno de la provincia no le permitían el gozo grande que recibiera su espíritu de visitarlas personalmente á todas.

Halló en todos aquellos Padres mucho que alabar y que admirar, nada que corregir, tan en su punto la regular observancia, tan flamante en sus pechos el celo de la salvacion de las almas, tan olvidados de todo lo del mundo, tan puestas todas sus mientes y corazones en el cielo, tanta aspereza en sus vidas, tanta pobreza en su habitacion, tantas descomodidades y riesgos en sus caminos y

aquella sed insaciable de ganarle á Cristo nuevas naciones.

Parecióle sin duda al Provincial santo ver en aquella congregacion un traslado vivo de las juntas de aquellos venerables Padres del Yermo, que veneraron los desiertos de Egipto, ó no, sino una emulacion del concilio apostólico. Y pudo pensar que habló destos profetas el rey David, cuando consolando á la Santa Iglesia en la muerte de los Apóstoles, le dice Psal. 44. *Pro patribus tuis nati sunt tibi filij, constitues eos principes super omnem terram.* Y en estos nuevos apóstoles del Occidente, se verifica lo que luego añade: *Memores erunt nominis tuy domine.* ¿Cómo pueden olvidar el santísimo nombre de Jesús los soldados valientes de la Compañía de Jesús? Los que lo tienen por blasón glorioso; los que hizo Dios vasos de eleccion para llevarlo y darlo á conocer á tantas naciones de ambos mundos? Pues ya ¿quién no ve cumplido á la letra lo que se sigue? *Propterea populi consitebuntur tibi.* Cuántos pueblos por la predicacion de estos varones apostólicos confiesan á Cristo por Dios que

por tantos siglos nunca lo conocieron ni llegó á su noticia que hubiese bajado del cielo y héchose hombre y muerto en una cruz por sacarlos á ellos de la servidumbre del demonio y cautiverio del infierno?

Lo que hizo el Padre Provincial no fué más que conferir con ellos las cosas concernientes á la propagacion de la fe y dejarles algunos órdenes para moderar los rigores de su vida, advirtiéndoles que de ella perdía la conservacion de aquellas reducciones y fundacion de otras nuevas y que la mies era mucha y pocos los obreros, y que aunque la provincia tenía muchas partes á que acudir y se hallaba pobre de sujetos, haría los esfuerzos posibles por enviarles compañeros que les aliviasen algo su inmenso trabajo, cuyo premio debían esperar del benignísimo y liberalísimo Padre de familias, á quien servían en el cultivo de aquella nueva viña.

Resolvió, de parecer de todos, que se diese luego principio á la reduccion de San Pablo en el río Iñeay, y á otra en los campos del reino de Guarayrú, y que se instase con tesón y porfía en la conversion del Tayaoba,

por lo innumerable de su gentío, pues por el mismo caso que el demonio resistía tanto su entrada, se había de hacer en aquella nacion grandísimo fruto.

Nombró para esta empresa al P. Simón Maceta, soldado veterano y experto, el cual partió luego á la Encarnación con el P. Cristóbal de Mendoza.

Con esto se despidió el Provincial lleno de consuelo y cariño y no con poca envidia y sentimiento de no poder quedar á hacerles compañía y entrar á la parte en tan gloriosos ministerios.

Volvió á San Ignacio y al Loreto para bajar desde allí á las reducciones del Paraná. Acompañóle el P. Antonio Ruiz hasta el Salto Grande. Divulgóse luego por toda aquella dilatada region la venida del Provincial, á quien los indios por el respeto que le tenían llaman en su lengua Paiguazú, que quiere decir Padre grande.

Y verdaderamente que aunque lo son todos los que en la religión de la Compañía llegan á ocupar puestos semejantes, á ninguna provincia de las muchas que yo he corri-

do en ambos orbes, tiene que envidiar la apostólica del Paraguay, á la cual desde su primera ereccion, sin duda con particular asistencia del Espíritu Santo, han enviado siempre los generales Provinciales señalados en la doctrina, fervientes en el celo de la observancia de su instituto y dilatacion de la fe, maduros en la prudencia, heróicos en la virtud y santidad.

Todas estas prendas en grado muy superior concurrían en el P. Nicolás Durán Mastrillo, cuya fama llegó al Tayaoba, que como dije en el capítulo antecedente, se volvió á su pueblo del camino.

Pero como ya la poderosa gracia de Dios había comenzado á obrar en su pecho y proseguir con repetidos golpes de soberanos impulsos en el duro pedernal de su rebelde corazon, siempre saltaban algunas centellas al entendimiento, sepultado en las tinieblas de sus errores y á la voluntad rendida á sus vicios, encendiendo en ella deseos de conocer la verdad.

Para tener más cierta noticia de la religion cristiana y del modo de proceder de los

Padres en el gobierno de sus pueblos y enterase de la verdad de lo que todos decían de la paterna benignidad y mansedumbre con que abrazaban á todos los que venían á las aguas del santo bautismo, envió disfrazados al pueblo de San Francisco Xavier á su hijo mayorazgo con otros dos hermanos suyos, y dióles como por ayo ó mayordomo al famoso cacique Maendi, muy conocido por su nobleza y valor, á quien asistían y convoyaban.

Traía el hijo mayor del Tayaoba, que se llamaba como el padre, á su mujer con una niña en los brazos, de hasta un año, que según costumbre destas naciones es como bandera blanca pregonera de paz. Pero como fingían ser indios camperos del reino del Guaravrú, aunque unos y otros venían curiosamente vestidos al uso de su tierra, antes de llegar al pueblo mudaron el traje en el de camperos para mayor disimulacion.

Las centinelas del lugar dieron luego aviso al P. Francisco Díaz de los nuevos huéspedes que les venían. Recibiólos con todas demostraciones de alegría, aposentólos en la

casa del capitán, y en ella con mucha liberalidad los proveyó de todos los víveres y regalos que la tierra produce, tratándoles como á naturales del Guarayrú, á donde pretendían entrar los apostólicos Misioneros, con ánimo de reducir aquel reino.

Como el P. Francisco Díaz estaba tan versado en los varios idiomas con que se diferencian unas naciones de otras en la lengua Guaraní, á todos universal, parecióle que hablaban con más expedicion y propiedad que los camperos; hízoles varias preguntas, pero constantes negaban su nacion.

Traía el Tayaoba joven un pajecillo de doce años que servía de bracero á la niña su hija. A este acometió el P. Francisco con maña, como á más fácil en revelar el secreto, cohechándolo con varios donecillos para sacarle la verdad. Pero como ya venía bien instruido, resistióse como muy hombre y sériamente afirmó eran moradores del cerro Ibitiruna, muy nombrado por lo mucho que descuella en medio de una gran llanura.

Con esta disimulacion, agradecidos los exploradores al agasajo que se les hacía,

iban notando cuanto pasaba en el pueblo, las vidas de los Padres, las ocupaciones de los Indios, el amor y afabilidad con que aquellos trataban á éstos, y la obediencia y respeto con que estos les correspondían.

Vino el domingo, y en él, con mucha solemnidad, se administró el Sacramento del bautismo á algunos adultos y á dos de los principales el del santo matrimonio. Los desposados convidaron á la boda á los caciques del pueblo, y con ellos á los huéspedes, verdaderos Tayaobas y fingidos camperos.

Continuaba el P. Francisco la batería que había comenzado á dar al pajezuelo, esperando que lo había de conquistar y sacarle el secreto. Vino un día el rapaz á la morada del Padre, hallólo rezando maitines; púsose á mirar con atencion el breviario, y continuó el Padre sin decirle palabra; y habiendo concluido con aquella obligacion, viéndolo boquiabierto le dijo:

—¿Qué os parece deste libro y de lo que yo he hecho?

Respondió:

—¿Qué te ha dicho ese Quatia (que así

llaman al libro ó carta), que tanto tiempo has hablado con él?

Díjele:

—Muchas cosas buenas y santas que habemos de hacer si queremos ir al cielo y cumplir lo que Dios nos manda.

Aquí reparó el Padre que el muchacho comenzó á temblar con señales de miedo, y díjole:

—No temas, hijo mío, que aquí no hay por qué temer.

—Temo, Padre, replicó el niño, que ese libro te ha dicho quienes somos y de donde venimos, y el fin de nuestra jornada.

De donde claramente coligió el Padre no eran los que decían. Instóle con nuevas caricias y regalos y confesó ingénuamente cómo su señor era el hijo mayor del gran cacique Tayaoba y la demás gente de su provincia y nacion que habían mudado el hábito para no ser conocidos.

Rogóle no lo descubriese, que lo castigarían por desleal, y añadió que estaban ya de vuelta y que iban muy gozosos de lo que habían visto en los vecinos de aquel

pueblo y en el amor grande con que los trataba el Padre, y que dentro de breves días habían de volver con el aviso que les diese el Tayaoba su señor.

Muy consolado quedó el P. Francisco Díaz con aquel sencillo y verdadero informe, y el siguiente día convocó los caciques é indios principales de la reduccion, y callando el autor que le había revelado el secreto, les hizo saber cómo los huéspedes que tenían en su pueblo eran hijos y embajadores del gran Tayaoba, que venían disfrazados á ver si era verdad lo que les habían dicho de la paz y felicidad con que vivían los que habían abrazado la cristiana religion.

Fué para todos la nueva de singular regocijo. Y antes que se deshiciese la junta, mandó á un cacique que fuese en busca dellos y los trujese consigo.

Entretanto previno unas camisas curiosamente labradas con diferentes colores en que consiste su más preciosa librea y mayor bizarría de todas sus galas. Cuando llegaron á su presencia, con semblante apacible y amoroso les dijo:

—Ya sé hijos míos, quienes sois, y no ignoro la causa de vuestra venida.

Y enderezando su razonamiento á los caciques del pueblo les dijo:

—Este gallardo joven es el hijo primogénito del famoso cacique Tayaoba, aquellos dos son sus hermanos, herederos no menos de su valor que de su noble sangre. Este el cacique Maendi, tan conocido por su nombre, por su cordura y hazañas. Los demás son amigos y deudos principales.

Con lágrimas en sus ojos les dió tiernos abrazos, significándoles el contento grande que había tenido de conocerlos, y que sería más dichoso si gustasen detenerse algunos días para servirlos y regalarlos según sus méritos, que de no haberlo hecho hasta allí con más cuidado y puntualidad, tenían excusa en no haberlos conocido,

Repartióles de su mano las camisas y otras alhajas para ellos de mucha estimacion, como son cuñas de hierro, cuchillos, anzuelos, agujas, cuentas, que son preciosas en aquella region por peregrinas.

Continuaron los caciques del pueblo las

mismas demostraciones de amor con muchos abrazos.

Detuvieron los otros ocho dias y como ya se habían quitado el rebozo, dobláronse las fiestas y demostraciones de amor en públicos regocijos, creció el cariño, aumentáronse los regalos, y estaban tan bien hallados los huéspedes, que se les hizo cuesta arriba la vuelta á su patria. Significaron el gusto que habían tenido, y que daban por muy bien empleado su viaje por llevar á su tierra ciertas noticias de la quietud y concordia con que vivían debajo la proteccion de los Padres.

Contribuyó el cielo á esta solemnidad con una maravilla de las que suele obrar Dios para crédito de sus ministros y apoyo de la verdadera religion.

Del rigor de los soles ó fatiga del camino, adoleció la nieta del anciano Tayaoba, que traía su madre colgada al pecho.

Las indias cristianas, que la cortejaban llenas de viva fe y segura esperanza, le dijeron la bautizase porque no muriese infiel y perdiese el cielo.

Añadió una dellas:

—Sabed, hermana, que en el bautismo suelen hallar los niños remedio de sus enfermedades, como á nosotros cada día nos enseña la experiencia.

Vinieron bien los padres de la niña en aplicarle medicina tan fácil, y el Tayaoba acompañado del cacique Maendi. fué luego en busca del Padre, siguiéndoles otros del pueblo, para que bautizase la india.

Hízolo con mucho consuelo, pareciéndole que con aquel bautismo adquiría posesion y derecho la fe para introducirse en aquella provincia. Fueron padrinos el capitán del pueblo y su mujer. Y apenas recibió la niña enferma la ablucion sagrada, cuando quedó tan sana en el cuerpo como pura y santa en el alma, con admiracion de sus padres gentiles y triunfo de los cristianos circunstantes. Dieron alegres la vuelta á su tierra, empeñando su palabra que volverían cuando tuviesen nueva que el P. Antonio Ruiz estaba ya en aquel lugar y que lo llevarían á su provincia para que la alumbrase con la luz del Santo Evangelio.

Hicieron tránsito por un pueblo de indios fieles que servían á los españoles, y hallaron en él á uno destos, hombre sin alma, sin conciencia y sin Dios, aparente cristiano y demonio verdadero, el cual, sabiendo sus piadosos intentos, les persuadió no diesen entrada á los Padres, y que si allá fuesen, les quitasen la vida y se banqueteasen con sus carnes.

Escandalizáronse, aunque gentiles, de consejo tan de ateista pagano, y respondiéronle que estarían muy lejos de cometer delito tan atroz como sería quitar la vida del cuerpo á los que con tantos sudores y trabajos les solicitaban la del cuerpo y la del alma.

Algunos meses después sucedió otro caso, en que campeó mucho el poder de la gracia de Dios y no menos la equidad de su recta justicia; ésta en el castigo de aquel español consejero infernal; esta en desatar el peñasco duro en cristalinos raudales. Pues mayor prodigio es convertir á la fe un pecador obstinado en sus errores é idolatrías y criado toda la vida en la servidumbre de sus vicios

que el que hizo sacando agua del pedernal la vara de Moisen.

Habiendo dado principio á la reduccion del Tayaoba, cuando ya se iba estableciendo la fe en aquella nacion, uno de los Padres Misioneros llevó á su gran cacique con su valido Maendi á dar la obediencia al gobernador español, que poco antes había entrado en la presidencia de aquellas provincias.

Llegaron á su presencia, y quiso Dios que hallaron con él á aquel mal hombre, afrenta de su católica nacion, que les había aconsejado matasen a los Padres y se los comiesen.

Mirólo el Tayaoba con atencion y habiéndolo reconocido, le dijo con toda cortesía, pero con mucha libertad y valor:

—Señor, aquí está el Padre que entró en nuestra provincia, y vive seguro y contento entre nosotros, y no nos ha pasado por el pensamiento darle la muerte y comerlo, como tú nos aconsejaste. Antes le habemos servido y reverenciado como á sacerdote de Dios, cuya ley nos predica, y perderemos todos la

vida por defender la suya. Yo te ruego nos mires ya como á cristianos y nos trates como amigos, y no dés consejos semejantes que desdicen mucho de la religion que profesas.

Quedó tan corrido el culpado como admirados los españoles que se hallaron presentes con el gobernador, viendo aquella mudanza de la diestra del muy alto, y á un bárbaro ayer, cruelísimo perseguidor de los cristianos ya tan devoto predicador de la reverencia debida á los ministros del Evangelio, que zahiere con su poco respeto á los que estaban más obligados á enseñárselo á él con palabras y con ejemplos.

No quedó sin castigo aquel temerario blasfemo, y el que fué á los indios aun gentiles piedra de escándalo, ya cristianos les vino á ser padrón de escarmiento. Porque muy presto murió sin confesion en un pueblo de indios, sacando de la boca un palmo de lengua, más negra que un carbón, y fué voz y fama pública que fué azote de la divina justicia, según aquella su ley universal:

Quia per quæ peccat quis, per hæc & torquetur.

Entró el P. Simón Maceta á dar principio á la reduccion de San Pablo en el río Iñeay, cuatro jornadas distante del Tayaoba. Muchas veces vió á riesgo su vida en tan gloriosa faccion.

Había en esta tierra un famoso ó infame hechicero llamado Guiravera, que tenía á su disposicion cuatro demonios familiares, los cuales tomaban cuerpos fantásticos en que se dejaban ver de los indios.

Este ministro del infierno, harto de carne humana, deseaba mucho comer á alguno de los Padres, porque sus demonios le habian dado á entender que sus carnes eran más sabrosas, y para satisfacer este inhumano apetito, despachó en varias ocasiones indios monteros, proponiéndoles grandes premios si le cazasen y trujesen alguno, ó vivo para degollarlo por su mano, ó muerto para guisarlo y comerlo.

Estas diligencias hizo más vivas contra el P. Simón Maceta. Pero los indios recien convertidos le habían cobrado tan tierno amor,

y le fueron tan leales, que no pudo la crueldad lograr sus intentos ni cebarse como la adúltera Herodias en el plato que más codiciaba. Porque para defenderle le fabricaron de propósito un fuertecillo de madera, al cual se acogía como á lugar de refugio, no por amor de su vida, sino por entender cuán necesaria era para diligenciar la eterna á tantas almas.

En aquella ciudadela le hacían escolta de día y de noche, y no le permitían salir della á sus correrías sin suficiente guarnicion. De la caridad destos indios se valió Dios para librarlo de manifiestos peligros, y de las traiciones y sed de su sangre con que se abrasaba el hechicero Guiravera.

Esta cosecha de frutos espirituales halló el P. Antonio Ruiz, cuando después de haber hecho al Provincial el debido obsequio de acompañarle, dió la vuelta á sus amadas reducciones. Singularísimamente se alegró con lo que le contaron del Tayaoba, y viéndolo tan bien dispuesto para recibir la fe, trató luego de ir á predicarla.

CAPÍTULO XIV

Vuelto el P. Antonio Ruiz de acompañar al Provincial, acomete segunda vez al Tayaoba.

Había infundido Dios en el corazon deste gran misionero particular propensión á la nacion Tayaoba y celo más ardiente de convertirla á la fe, para vengar con ese sumo beneficio el agravio que le hicieron en la primera entrada.

Parece que profetizaba, si ya no lo concluía con su buen discurso, lo que había de conducir la conversion de gente tan carnicera y tan bárbara para la de todas las confi-

nantes, entre las cuales era más respetada y más temida, como el que se hace señor del castillo, tiene por cierto el rendimiento de la ciudad y vasallaje de sus vecinos.

Apenas recibió la nueva, por él tan deseada, de que ya se iba resfriando en aquel ódio mortal que había cobrado á los españoles y á su ley, y que pedía sacerdotes, cuando marchó á la ligera á disponer su entrada.

Dejó orden en San Ignacio que se abriese camino hasta San Josef y San Francisco Xavier, y que se llevasen algunas vacas para el sustento de los Padres y regalo de los indios enfermos más necesitados.

Caminó con ligereza, como si fuera por el viento, á dicha reduccion de San Francisco Xavier, con nuevas ánsias de saber más de cierto á la lengua del agua lo que se decía del Tayaoba, de las esperanzas que daba de reducirse y si era verdad que le aguardaba en el pueblo de Itacurú.

Certificado de todo por informes seguros no obstante que en el primer asalto que á escala vista había dado á aquella fuerza de

la superstición é idolatría, defendida de ejércitos de hechiceros á flechazos le habían quitado la vida á siete de sus compañeros y escapado de milagro la suya, se determinó de arriesgarla constante en el segundo. Y dándole cuenta á su Provincial en una carta, de varios sucesos, le dice:

«No sé dónde más convenga á los ministros Evangélicos el apellido de corderos, enviados á lidiar con cruelísimos lobos, que en estas provincias del Guayrá, donde los vemos entrar, no con otras armas ofensivas ni defensivas, que una cruz en la mano, y sujetar con ella las más fieras naciones que en la América calienta el sol, que más son montaraces brutos que hombres de razon, que nunca se ven hartos de carne humana, y á los mismos niños, como á cachorros de tigres y leones destetan con ella.

»Es entre ellos tan usual alimento la carne humana, como entre nosotros la vaca ó carnero. De manera que los caciquesse comen á sus mismos vasallos cuando no pueden haber a las manos los extraños ó cautivar enemigos, y no hay entre ellos más motivo para

hacer á los vecinos guerra, que el interés de sustentarse y deliciarse con sus carnes.»

Nada de esto ignoraba el P. Antonio, y aunque se había ya visto entre sus dientes, no escarmentó ni en su cabeza, para la fuga del peligro, ni en las de sus indios compañeros, para evitar la muerte. Porque el deseo de que su Dios fuese conocido y Cristo glorificado de aquellas naciones, era tan fervoroso que los mayores riesgos se le antojaban seguridades y llanos los más enriscados montes. El mismo lo dice todo en la carta citada.

«En este pueblo me detuve siete días, que se me hicieron largos, aunque fué forzosa la detencion para sosegar no sé qué pendencias destos indios con los de la Encarnacion. No sabré declarar el deseo que en mi pecho ardía de verme ya con el Tayaoba y traerlo á la Iglesia.

Luego que llegué á aquel río tuve noticia que él había bajado de su tierra á cierto paraje donde me estaba esperando. Llegué al puesto, y para pasar el río me tenían apercibida una balsa muy enramada y cubierta

con lienzos y en la campaña con varias coplas de bocinas y atambores, que son sus chirimías y clarines.

Arrojóse luego el Tayaoba en mis brazos y me dijo:

—Padre, aquí he venido á verte, y á que me admitas en el número de tus hijos, y me enseñes lo que tengo de hacer, y verás por experiencia la pronta obediencia que presto á tus mandatos.

El mismo ofrecimiento hizo la mujer, que es una gran matrona, arrimándome tres hijos que tiene, el mayor de siete años, todos como unos ángeles.

Regalé á los niños todo cuanto pude, y tomé al menor de tres años en mis brazos y le hice mil fiestas, de lo que estos gentiles se pagan mucho. Aquí dijeron ellos:

—Ahora conocemos, Padre, ser verdad lo que nos han dicho del grande amor que nos tienes á todos.

A él y á ella presenté algunas alhajuelas, que aunque no de mucho valor, estimaron mucho. Bauticelos después de muchas instancias que me hicieron; díle á él el nombre

de Don Nicolás y á ella de doña María. Pidiéronme luego los casase como ya cristianos, en la faz de la santa Iglesia, que veneraban por madre.

Bauticé también los tres infantes hijos, y los demás de diferentes concubinas, que entre todos eran veintiocho, y todos de excelentes naturales, particularmente el mayor que se llama como su padre Tayaoba, que nunca se apartó de mi lado, y es el que fué disfrazado á la reduccion de San Francisco Xavier, y dél me informé de la gente que tenía su padre.

A este le dí gineta de capitán y al hijo de sargento, en nombre del rey nuestro señor, por virtud de sus reales provisiones, que para ello tenemos.

Concurrió á verme la gente de la comarca y repartí varas á todos los caciques. Solos los del Salto del río Ubay no vinieron, y aunque decían que de vergüenza por haberme querido matar cuando agora dos años entré en su tierra. Pero la causa principal fueron dos hechiceros diabólicos que se mentían dioses, y por arte del demonio hacían

aparentes maravillas, como convertir un palo en hombre y decir muchas cosas que muy lejos sucedían, con que llevaban embaucado al ignorante vulgo.

Aunque desta misma parcialidad vinieron á visitarme dos caciques y el uno era el mismo que había conmovido dos años antes al pueblo para quitarme la vida.

No hice memoria deste agravio; ganeles la voluntad, díles varas, con que volvieron muy contentos á sus tierras. Y por haberlas aceptado sin su licencia, tuvieron muchas contiendas con sus hechiceros.

Pareciéndome que el negocio estaba bien dispuesto, como de la mano de Dios, me partí con el Tayaoba á su tierra, quedando en las suyas los indios que de muchas partes habían concurrido para dar principio á una reduccion.

Hice el viaje por tierra por evitar el Salto del Río Ubay. Acudió á verme mucha gente, y entre ella un famoso cacique llamado Piraquatia, muy anciano y muy respetado en toda la tierra, deudo muy cercano del Tayaoba.

Díle vara, y á otros caciques que con él venían.

Comenzóse luego el pueblo, plantando una hermosa cruz de siete varas en alto, hallándose á su ereccion más de trescientos indios.

Señaleles sitios, y con mucho fervor dieron principio á sus casas y yo á la de Dios, que como es la primera en la dignidad, lo debe ser en la grandeza, hermosura y aliño del edificio.

Para que le ayudase en la fábrica espiritual y material desta nueva iglesia, llamó el P. Antonio Ruiz al P. Diego de Salazar. Vino á toda priesa y pasando por un pueblo de los que habemos nombrado algunas veces que servían á los españoles, un cacique de los más nobles, que se llamaba Cuna Minguea, le dijo que sabía muy bien que aunque el Tayaoba y sus aliados recibían al Padre con toda lealtad y fineza de amor, los demás le tenían armada traicion por instigacion de los hechiceros, y que en viendo la suya, lograrían la ocasion, y le quitarían la vida.

Por tanto, que se retirase y no diese licencia á sus indios para ir allá, porque correrían la misma fortuna.

Comunicó estas noticias el P. Salazar con el P. Antonio, las cuales había confirmado otro cacique cristiano por nombre Juan Martinez. Pero su gran confianza en Dios y celo de dilatar su fe, con que llevaba guarnecido su magnánimo corazon atropellaron con estos miedos que le ponían. Y dejando en el Itacurú al P. Salazar para que agasajase y domesticase la gente cimarrona que á él concurría. En el nombre del Señor tendió las redes, engolfándose en lo más interior de aquella provincia. Donde experimentó no había sido mal fundado el temor de los dos caciques, como luego veremos.

En el § 31 de su *Conquista espiritual* refiere el P. Antonio lo que le sucedió con un cacique, antes que se empeñase en dicha correría.

La curiosidad de verme, dice, más que el deseo de salvarse, trajo á aquel pueblo un gran cacique.

Venían en su compañía su mujer y dos

hijos. Tenían en mí clavados los ojos, sin apartarlos un punto. Hízome novedad, pero dióme luego la causa della.

—No extrañes, Padre, el cuidado con que te miro, cuando por solo verte vine de lejos á este puesto. Y para ver si es verdad lo que de vosotros nos predican nuestros hechiceros. Dicen que sois diversos de los demás hombres, que sois mónstruos y que traéis puntas como toros en la cabeza, que vuestro sustento ordinario es carne humana y que por eso alcanzáis tantas fuerzas, y que vuestro modo de proceder es rígido é intratable. Pero veo que cuanto dicen es prodigiosa mentira. Con todo, hasta asegurarse por relacion mía el Tayaoba de la verdad, no ha querido venir en persona. Pero yo lo traeré en breve para que se desengañe y acabe de conocer los embustes de los hechiceros.

Así sucedió como ya queda referido.

CAPITULO XV

Sucesos de la segunda entrada del P. Antonio en el Tayaoba; peligro grande que corrió su vida y la de sus compañeros.

Bramaba de coraje el demonio viendo que el Santo Evangelio á despecho suyo abría cada día nuevas brechas por la muralla de la idolatría para entrar á enseñorearse de aquellas provincias que tantos años tuvo sujetas á su obediencia y que tantas tropas de hechiceros, capitanes de su milicia, no fuesen para hacer opósito á cuatro soldados extranjeros de la Compañía de Jesús, que

cada día victoriosos arbolaban la bandera de la santa cruz en los adarbes del gentilismo.

Resolvió de hacer cuantos esfuerzos le fuesen posibles por sí y por dichos hechiceros, para resistir á los que con tanto valor le invadían su imperio.

Instigóles á que amotinasen los pueblos contra los Padres, dándoles á entender á los indios que eran exploradores y espías de sus enemigos los españoles, que so capa de religión los querían hacer tributarios y esclavos suyos, como lo habían hecho con otras muchas naciones de la América, que por este camino habían echado sobre sus cervices un yugo, que ya ni podían sacudirlo ni tolerarlo. Que lo conveniente era abrir con tiempo los ojos y no dejárselo echar, quitando la vida á los que eran disimulados terceros de aquella su servidumbre, y que no había otro remedio sino acudir á las armas y apellidar libertad; que menos mal sería morir en defensa de desta que quedar ellos y dejar á sus hijos y descendientes en perpetuo y miserable cautiverio. Que el obligarlos á sola una

mujer era ardid para minorarlos y vencerlos con más facilidad. Y en juntarlos en pueblos á las riberas de los ríos para que los lobos supiesen donde habían de hacer en las ovejas más cierta carnecería.

Apenas supieron los hechiceros que el Padre Antonio había partido del Itacurú en compañía del Tayaoba, cuando tocaron arma por toda la comarca, hicieron gente y formaron ejército para quitarle la vida á él y al mismo Tayaoba si tratase de defenderlo. Y porque nadie puede hablar mejor de la feria que el que se halló en ella, será bien oir el suceso del mismo Padre en su citada *Conquista*. Que aunque en estas y otras narraciones suyas variemos algunas palabras no faltaremos á la sustancia de la verdad.

«Conjuraron en su ayuntamiento los principales caciques hechiceros contra mi vida, juzgando que muerto yo saldrían de cuidado y no habría quien les hiciese guerra.

No sabían la virtud de la sangre que se vierte por amor de Cristo, que es semilla que rinde por uno ciento, y del grano que se

sepulta nacen millares de espigas, como por experiencia de su siglo dijo Tertuliano: *Plures efficimur quoties meti mur.*

Diéronse prisa en juntar sus huestes antes que el Tayaoba las suyas. Acudió toda aquella noche tanta gente al campo contrario, que pasaban ya de tres mil flecheros y por momentos se iba engrosando con nuevas avenidas.

Tratamos nosotros de formar una palizada para defendernos, pero ni la gente era bastante ni la brevedad del tiempo, ni la oscuridad de la noche lo permitían.

Según la costumbre destos bárbaros, túvose por cierto que á las primeras luces del alba, ó rayos del sol, habían de acometernos.

Aconsejábanme los indios amigos me valiese de las tinieblas de la noche y me salvase con algunos de ellos en la espesura de los bosques vecinos. Que ellos quedarían á probar la mano, y cuando no pudiesen resistir me seguirían al mismo sagrado de las selvas.

Tomé su consejo, y habiendo primero

bautizado á algunos gentiles, que me lo rogaron para morir como cristianos, me retiré con solos tres indios y un niño que me ayudaba á Misa.

Acometió por un costado una tropa de enemigos nuestro alojamiento; sentimos el estruendo de los arcos, y acelerando el paso nos guarecimos en el bosque. Siempre en lo que se hace de rebato se mezcla algo de inadvertencia y turbacion, y aunque la mía no era mucha, por estar muy hecho á riesgos semejantes, con todo, con la prisa que me daban los compañeros, más celosos de mi vida, que yo mismo me dejé la santa imágen que solia poner en el ornamento. Echóla menos mi sacristán, y sin pedir licencia volvió por ella. Dió en los enemigos que ya la habían hecho pedazos, prendiéronlo y maniatado lo llevaron á su pueblo. Al amanacer se trabó una reñida escaramuza. Y aunque los nuestros eran pocos, mataron á muchos de los enemigos, que por ser tantos, no se perdía en ellos flecha, sin daño considerable de nuestra parte.

Un cacique de los contrarios había ofre-

cido á sus mancebas que por despojo de la batalla había de llevarles un buen pedazo de mi cuerpo, para el banquete y celebridad de la victoria.

Pero hizo la cuenta al revés; tenía en su lugar un enemigo oculto que se daba por muy agraviado dél, y deseaba ocasion para vengar su injuria. Valióse de ésta; vino en su compañía, y al primer alarma, lo atravesó con una flecha.»

En otra carta cuenta más por extenso todas las particularidades desta refriega y dice que el capataz de los hechiceros, había dado orden á los soldados que prendiesen al Padre Antonio y lo llevasen vivo á su presencia, que él lo esperaba con un cuchillo afilado para su degüello y ofrecerlo en víctima grata á sus dioses, y que á todos los convidaría á comer de sus carnes. Pero *Exomnibus his eripuit eum Dominus*, con la especial providencia que escribe el mismo Padre.

Caminamos todo aquel día mis compañeros y yo por medio de la espesura de aquel cerrado bosque. Dábame grande pena el

triunfo de Satanás y de sus ministros y que les permitiese el Señor por sus ocultos juicios prevalecer contra su santo Evangelio, y el parecerme quedaba ya cerrada la puerta á la fe en aquella populosa provincia.

Llegamos bien cansados á las cuatro de la tarde á un arroyuelo donde hicimos alto con ánimo de descansar allí aquella noche. Nada llevábamos con qué engañar la hambre y tomar alientos, ayunos todos desde el día antecedente. No teníamos eslabon ni pedernal para encender fuego. Pero la necesidad es muy ingeniera, sacólo uno de mis indios rozando fuertemente dos palos secos, y no era la primera vez que lo había hecho.

Los otros se esparcieron por el monte á buscar qué comer. A poco rato volvieron con cantidad de hongos y raíces de yerbas que parecían nabos y un grande manojo de ramones de árboles. Los hongos envueltos en hojas los metimos en el rescoldo. Las hojas se tostaron al amor del fuego. Paróse la mesa en tierra sirviendo de manteles aquellas anchas hojas, que llaman Biaho.

Sacaron la comida; y el que no ha gusta-

do á lo que saben los trabajos padecidos por Cristo y por la salvación de las almas, no hará concepto del gusto destos rústicos manjares. Los hongos se resistían con su dureza, y era necesario los ablandase la hambre. Las hojas sabían á sardinas saladas. Por postre vinieron las raíces, que aunque sin sabor más que de un palo, eran muy tiernas.

Dí muchas gracias al Señor por tan regalada comida, que si para el cuerpo no, lo fué para el alma. Si con este alimento se repararon poco las fuerzas, creció mucho la confianza en la providencia divina.

Volvímonos á juntar con el Tayaoba y con los suyos, que se habían retirado cediendo al mayor poder del enemigo y dejándolo señor insolente del campo. Preguntóme aquel con las lágrimas en los ojos lo que había de hacer. Aconsejele juntase su gente y el cacique Piraquatia la suya, en el puesto donde habíamos erigido la santa cruz, donde juzgaba podríamos vivir con más seguridad, y que fiase de Dios, que después de la tempestad consuela con la bonanza.

Yo salí á un pueblo donde supe que los

españoles estaban quejosos, si envidiosos no, de que nosotros hubiésemos acometido empresa tan árdua sin implorar el favor de sus armas.

No se perdió de ánimo el P. Antonio con este suceso tan adverso; antes bien concibió de la misma resistencia que el demonio hacía, más ciertas esperanzas de que Dios había de ser muy glorificado en aquella provincia, y con espíritu profético aseguró que en aquel mismo puesto, en distancias de solas tres jornadas, se habían de formar tres reducciones de á cada mil familias, como realmente se fundaron dentro de breve tiempo, y fueron las de San Pablo, de Jesús María y de Santo Tomé.

Mucho se alegraron con las nuevas de dicho contrario suceso los españoles de la Villa Rica. Los cuales, so capa de celo y piedad, y con pretexto de castigar á aquellos bárbaros que se habían resistido á la predicacion del Evangelio é intentado matar á sus ministros, alistaron sesenta españoles y quinientos indios y con este trozo de ejército se metieron en campo, como ellos decían, para

tomar satisfaccion del agravio hecho á la fe. Pero realmente el fin fué hacer prisioneros para esclavos suyos, sin atencion á si eran gentiles ó cristianos, que la codicia no cata respeto á la religion, todos los lleva por un rasero.

Entraron talando las mieses de nuestras reducciones y mal logrando los excesivos gastos y trabajos que en hacer las sementeras habían padecido aquellos santos operarios.

Procuró el P. Antonio, con toda la energía de su espíritu y elocuencia, disuadir esta jornada, tan del servicio de ambas majestades, divina y católica. No consiguió el estorbar su salida.

Fué en seguimiento de sus banderas hasta el pueblo del Itupé, y en él con mayor eficacia repitió su súplica, representándoles, como tan experimentado en aquella tierra, que era conocida temeridad la que emprendían, á más de que con semejantes invasiones podían solicitar algún general alzamiento de los indios con manifiesta ruina de todas las poblaciones cristianas, tanto de indios como de españoles. Pues si se manco-

munasen y uniesen sus fuerzas los bárbaros no había poder para resistirlos.

Pero como iban ya empeñados y ciegos con la codicia de hacer nuevos, ó siervos ó vasallos, todo fué predicar en desierto.

Conociendo el P. Antonio que los primeros sobre quienes había de descargar aquella nube su granizo, eran los indios que por defenderle la vida habían huído el furor de los hechiceros, volvió río arriba con el P. Salazar á ponerlos en salvo.

Fué esta inspiracion del cielo, pues llegando los Padres con el aviso de la venida de los corsarios, pudieron los indios fieles hurtarles el cuerpo.

No tardó mucho el castigo del ejército español y de sus indios auxiliares, pues habiendo acometido á un pueblo pequeño de los gentiles vino sobre ellos tan numeroso enjambre de contrarios, que hubieran perecido sin remedio todos, si el mismo P. Antonio no los hubiera alentado á hacer frente cuando ya les volvían las espaldas, y detenido los indios, que reconociendo tan superior en fuerzas al enemigo huían ya á ruin el postrero.

Con que los españoles hubieron de volverse bien descalabrados á la Villa Rica; con harta obligación de dar gracias á Dios porque los libró de tan patente peligro, cuando menos lo merecían, por no haber hecho caso del saludable consejo del P. Antonio.

CAPÍTULO XVI

Visita las reducciones y la disposición que hizo para entrar tercera vez en el Iayaoba.

De grandes corazones es ceder á la que llaman adversa fortuna y retirarse con buen orden, conformándose con la divina voluntad, que no es poco alarde de valor.

Así se retiró de sobre Argel el invictísimo Carlos V, y de Inglaterra su hijo el señor rey Felipe II, y ninguno de los dos volvió á la jornada. Pues como dijo el otro sábio: *Bis ad eundem; quod vulgari proverbio reprehensum.* Condena la prudencia humana á los que dos veces se hacen los ojos en un tropiezo mismo.

Con dificultad se reducen los brutos sin razón á pasar segunda vez por donde una cayeron. Tan poderoso es el escarmiento en cabeza propia. No así los que se gobiernan por dictámenes superiores de prudencia divina. Si hallan dificultades en alguna empresa de gloria de Dios, vuelven atrás, no para desistir, sino para acometer con más aliento.

Como el que ha de saltar una acequia, que se retira para tomar corrida y dar mejor el salto.

Así también ceja en el coso el toro castizo de Jarama, para embestir con más brío al corredor ligero, que lo abrasó con garrochas agudas. Al más valiente ministro del Evangelio pudieran causar algún desmayo los peligros de la vida en que el P. Antonio Ruiz se vió la primera y segunda vez que acometió la reduccion de los Tayaobas y cuando tocara á retirar ninguno lo tuviera por cobardía, por cordura muchos.

Pero su gran confianza en Dios, cuya causa hacía, y el juzgar con prudencia del cielo, que en la tercera invasion estaba la

vencida; con la misma memoria de los pasados riesgos açomaron su valor para arrojar tercera vez denodado el pecho á la corriente.

Dígalo su mismo Provincial Nicolás Durán en las *Cartas Anuas* de aquel tiempo, que de todo tuvo cabal noticia y la dió á su reverendísimo general.

¿Quién no pensara, dice, que dos tan grandes y peligrosos aprietos como los pasados, no hicieran retirar á los ánimos más valientes?

Mas como en el P. Antonio Ruiz reinaba tanto el celo de la gloria divina, cerrábale los ojos para que no viese ni reparase en sus peligros. Y así acometió tercera vez con felicísimo suceso, como se verá por una carta suya escrita del Tayaoba en el año pasado de 1627. En la cual, como á Superior suyo, me da cuenta de su conciencia con la puridad con que siempre lo hacía. Y así, no solo refiere las nuevas contradiciones que padeció de los hombres, sino también algunos encuentros y batallas con el mismo demonio, y yo, por no defraudarle á Dios la gloria

que se le sigue destas victorias que con su favor alcanzó este su fidelísimo siervo, las publicaré casi con las mismas palabras con que él las escribe, que por mayor, son las siguientes:

«Dí la vuelta de una mision para entrar al Tayaoba, porque me decían se habían juntado de nuevo y comenzado á fundar en el sitio que les señalé.

Bajó D. Nicolás Tayaoba á verme y Paraquatia con otros caciques. Todos mis indios me disuadían el viaje, representándome el odio mortal que los hechiceros me tenían, y lo que estaban deseosos de comerme, porque el demonio les había dicho de nuevo que así lo hiciesen si volvía á inquietarles su tierra.

Los Padres de las vecinas reducciones también procuraron apartarme deste intento porque supieron las celadas que me tenían armadas, y prevenciones que hacían para darme la muerte. Y así me escribieron saliese luego del pueblo en que estaba, porque sin duda me la darían.

Algunos españoles píos de la Villa Rica

vinieron al lugar del cacique Sami, que está más abajo. Bajé á verme con ellos y me pidieron con lágrimas no intentase aquel viaje, porque según las noticias que le habían dado los indios de aquella provincia, sin duda me habían de degollar y comer.

Agradeciles su celo y el consejo que me daban, que yo lo encomendaría á Nuestro Señor con las veras posibles, y que lo que entendiese ser de su mayor servicio y gloria, eso ejecutaría muy confiado de que arrojándome en sus brazos estaría más seguro entre los bárbaros que entre los fieles y amigos.

Con esta resolucion volví á mi puesto, de donde despaché al Tayaoba y á los demás caciques que vinieron á visitarme, que comenzasen á disponer el pueblo y se juntasen todos los cristianos y los que deseaban serlo, para que si nos acometiesen los enemigos, pudiésemos defendernos.

Recogime á hacer siete semanas de ejercicios, con siete horas de oracion cada día á los siete arcángeles á quienes he dedicado esta reduccion en agradecimiento de los fa-

vores que por su intercesion he recibido en mis caminos, que han sido muy singulares, aunque mucho más los que de la soberana Vírgen Señora mía, y de todos mis empleos y trabajos.

Una destas noches, estando solo á la lumbre, porque el frío era muy riguroso, se me puso al lado el demonio en forma visible con el rostro fiero, chato y redondo como un grande plato. Pretendió espantarme sin duda, pero desapareció luego sin dejar en mí rastro de temor, antes cobré nuevo ánimo para proseguir con más fervor en mis ejercicios.

Mi comida era harina de palo ó plátanos, ó raíces, sin admitir otro regalo, porque *hoc genus dœmoniorum non eiicitur nisi in oratione & ieiunio*. Sería larga de contar la batería que me dió con desconfianzas y tentaciones para obligarme á retroceder.

Viniéronme nuevos avisos de los Padres que saliese luego, porque de cierto sabían que me habían de quitar la vida. Consoláronme dos cosas. La primera el haberme señalado V. R. para esta tercera entrada, á

quien reconozco en lugar de Dios. La segunda, un favor particular que Su Majestad me hizo, y fué desta manera.

Parecíame que estábamos tres de la Compañía en un campo, y que de repente vino á nosotros una gran manada de bestias muy lucidas, con las cabezas inclinadas á la tierra, hocicando y gruñendo, como si las trujeran por fuerza.

Dióme particular gusto el verlas; el mismo mostraron con su vista mis compañeros, á los cuales dí grandes voces, exhortándolos me ayudasen á rodearlas y guiarlas á una iglesia que allí se nos representó llena de resplandores, donde con gran facilidad las encerramos sin que escapase alguna. Quedé muy animado con esta vision, porque con ella me dió el Señor á entender muchas cosas que no puedo decir por extenso.»

Aunque en esta carta á su provincial las calla, comunicólas al P. Francisco Díaz Taño, su gran confidente y confesor suyo en la entrada que los dos hicieron á los indios compañeros y cabelludos, luego después de la de los Tayaobas, como se dirá adelante.

A este Padre le dijo que luego que entraron en la iglesia aquellos brutos, se transformaron en hombres y oyó una voz que le dijo lo del rey David. *Homines & iumenta salvabis, Domine.* Y que los Santos ángeles los habían de traer á camino de salvacion.

El suceso confirmó la verdad y aseguro no haber sido ilusion de la fantasía. Porque dentro de breve tiempo vinieron muchas de aquellas fieras repastadas en carne humana muy domésticas, á recibir el santo bautismo.

Parece esta vision semejante á la del lienzo de San Pedro, lleno de sierpes, de escuerzos, de vívoras y otras ponzoñosas sabandijas, que significaban los que se habían de convertir de la gentilidad.

Dentro de pocos días, añade el P. Antonio entraron en el pueblo donde yo estaba, cien indios de los más feroces de toda aquella nacion, cuyo ejercicio no era otro que cazar hombres para comer. Y los mismos que en mi primera entrada en aquella tierra me flecharon y comieron mis siete compañeros, y á

los correos que enviaban los gobernadores, pidiéndoles en nombre de S. M. la obediencia, esos fueron los que más mansos y humildes vinieron á darla á los ministros de Dios.

Supe también al mismo tiempo que siete caciques, grandes enemigos nuestros, habian muerto por los montes á porrazos, sin verse quién se los daba, y de sus vasallos otros muchos con el mismo género de muerte, lo que los tenía á todos muy atemorizados.

Confirmose esto con una carta que me escribió el P. Simón Maceta desde su reduccion de San Pablo, en que me avisaba lo mismo, y que habian entrado en aquel lugar algunas tropas de indios fugitivos y temerosos, sin saber por qué ni de quién; solamente decían les parecía que se les caía á pedazos el cielo sobre las cabezas y los llevaba atónitos y aturdidos, y todos venían á guarecerse á la sombra de un pobre y desarmado sacerdote. Pero destas maravillas sabe obrar la poderosa diestra de Dios.

Esto es á la letra lo que profetizó David: Salvaréis, Señor, á los hombres y á los ju-

mentos. A estos parece que los Santos ángeles hicieron entrar á empellones en la Iglesia de Cristo, al convite de las bodas del Cordero, transfigurados con el poder de su gracia en mansas ovejas de cruelísimos lobos.

Con tan felices presagios de lo que en aquella jornada tercera, después de dos tan trágicas, le había de suceder, no dilató más el ponerse en camino.

De tres favores hace mención que recibió en estos ejercicios. El primero fué que habiendo celebrado un sábado con la devocion y solemnidad que pudo, la misa de Nuestra Señora, sintió elevaciones encendidas que con interior violencia le arrebataban el corazon, entre admirable fragancia de olorosas flores, y que dos de los príncipes angélicos lo llevaban al trono de Majestad, donde la princesa de los cielos presidía en la estancia de un valle florido y ameno.

El segundo que en la misma misa después de la consagracion, haciendo fervorosos actos de viva fe de la presencia del Señor en el Venerable Sacramento, se le representó Su Majestad vestido de una túnica ta-

lar con un rostro sonroseado y hermoso y cabellera de Nazareno. De los efectos desta vista solamente dice que sintió llagado el corazon con un dolor sensible, pero suavísimo.

El tercero que otro día en la accion de gracias, después de la Misa, tuvo mucho cariño de la Soledad, y el mismo Señor se le representó segunda vez con un celestial resplandor arrojando de sí olores de paraíso. Los efectos de esta vision fueron amor de Dios, desprecio de todo lo criado, paz, quietud y hambre del pan de los ángeles.

CAPITULO XVII

Feliz suceso de la tercera entrada que hizo el P. Antonio en el Tayaoba.

No podemos tener más ciertas noticias de la felicidad desta jornada, que las que da el mismo que la hizo; en la carta citada á su Provincial, dice pues:

«Acabados mis ejercicios me puse en camino para esta reduccion del Tayaoba, con ánimo de pelear hasta morir ó vencer. Y como quien se dispone para lo primero, repartí todas las alhajuelas que tenía, llevando solo el ornamento, la hamaca y un poco de maíz para mi sustento.

Llegué á este pueblo en la octava de nuestro santo P. Ignacio y en día del glorioso

patriarca Santo Domingo. Buen trecho antes de llegar, hice desdoblar la imagen de los siete arcángeles que llevaba rollada, la cual pintó el Hermano Luis Verges. Yo me revestí la sobrepelliz y estola y ordenamos nuestra procesion. Salieron á recibirnos don Nicolás y Paraquatia, que llevaron la imagen hasta el pueblo, y la colocamos en una choza en forma de ermita.

Hallé muy pocos indios y me ví algo confuso y desconsolado, porque los que me acompañaban eran muy pocos, y si nos acometiesen los enemigos no éramos suficientes para defendernos.

Acogíme á consultar en la oracion el divino oráculo; hice una novena á Nuestra Señora. Y una noche me embistió dos veces el demonio en figura de galgo. Desechélo con la mano y metióse debajo de un zarzo en que yo dormía. Dejóme con algún horror pero muy cierto de que por sus ministros no me había de venir daño alguno, ya que por sí mismo lo intentase hacer.

Hice luego una cerca de palos hincados en tierra en forma de palenque, y dentro dél una

pieza de ochenta pies en largo para iglesia y una chozuela para mi morada. Ha campeado mucho la Providencia que tiene el Señor de los suyos, y sería cosa larga referir lo que me ha sucedido en este viaje; tocaré algunos casos.

Corrió la fama de mi venida por toda la tierra, y llegó á oídos del grande hechicero Guiravera. Enfurecióse contra mí, amenazando que desta vez había de matarme y comerme. Hizo general llamamiento de los caciques de la comarca, que como lo veneraban por hombre divino, le obedecieron con toda puntualidad.

Juntáronse, y aunque su intento era acabar conmigo, el de Dios fué hacer justicia de un perverso cacique llamado Ararundi, y fué el que el año pasado amotinó la gente contra mí y los míos. Y porque en la resistencia que hicieron éstos murió un hijo de otro cacique principal, estaba éste malamente indignado contra Ararundi. El cual cuando supo que yo había llegado, quiso venirse á mí; comunicólo con su mujer. Mas ella lo zahirió de cobarde y le afeó la resolu-

cion. La que los dos tomaron por consejo del demonio fué para su perdicion; con dos sobrinos suyos y dos vasallos fué á verse con Guiravera.

Halló allí al cacique, ofendido con la muerte de su hijo, y renovándosele con la vista el sentimiento, incitó á los demás caciques que lo matasen, como lo hicieron, y se repartieron para una cena expléndida sus cuartos. Lo mismo hicieron de los dos sobrinos y vasallos. Deste medio se valió Dios para castigar al pérfido Ararundi, y deshacer la conjuracion contra mí del hechicero Guiravera.

Tiempo nos han dado para fortificarnos. Pero la hambre es cruelísima y todos acuden á buscar yerbas y raíces. El maiz que traje lo dí para sembrar, porque el suyo se les ha helado.

Cada día va un indio á buscar raíces y palmitos para mi sustento. Y he venido á hallar en ellos tanto gusto, que no me acuerdo haber comido manjar más sabroso. No es encarecimiento, porque Nuestro Señor sabe proveer de Maná en el desierto y poner la

mesa en la más yerma soledad. Muchas veces me acuerdo de los duros y secos mendrugos de San Francisco, que en este país fueran remojados en agua muy exquisito regalo. Asaltáronme unas calenturillas en el camino, y con ellas hube de proseguir á pie, supliendo el Señor con el esfuerzo del espíritu la flaqueza del cuerpo. Ya, gracias á Dios, estoy bueno, y tal cual, no me asquearan los hechiceros si me cogieran. No se contentó el demonio con los pasados asaltos; antes en la víspera de los santos mártires Mauricio y sus compañeros, me acometió en la forma que aquí diré:

Después de haber tenido antes de acostarme las dos horas ordinarias de mi oracion, me puse á descansar y me sentí tentado de hacer á un muchado que me hiciese una fricacion en una pierna, en la cual se me habían encogido los nervios con las grandes humedades y fríos. Mas como tengo voto de no consentir que otro llegue á tocarme sino es en caso de extrema necesidad, aunque pude creer que aquí la había, por no estar cierto del todo, sacudí este pensamiento.

Desvelado pasé la noche, pero con firme resolucion de guardar mi voto, y habiéndolo renovado, pude dormir, pero muy presto me despertó el demonio, que se arrojó sobre mí para abrumarme.

Mi remedio usual es invocar el dulcísimo nombre de Jesús; así lo hice aquí, y á sus ecos respondió el enemigo.

—¡Oh, maldito, y qué duro eres!

Entendí que lo decía por haberle frustado el ardid de su tentacion, disfrazada con capa de necesidad. Yo le dije que era un perro, y con eso desapareció.

No es maravilla aborrezca tanto á los que le hacen guerra para deponerlo del mando que tantos años ha tenido sobre estas ciegas y crueles naciones, tan sedientas de humana sangre como su gran ministro Guiravera.

Este, habiendo trabajado unos indios en fabricarle una casa, les mandó que matasen un cacique para darles de comer, pero él supo la traicion y le hurtó el cuerpo y escapó la vida.

Estos días ha muerto ocho ó nueve para su regalo de los suyos.

El mismo fin hizo otro cacique de los más valientes, grande enemigo del nombre cristiano, llamado Cheacabi. Este vino el año antecedente por orden de Guiravera, á quitar al Padre la vida, y habían empeñado su palabra de llevarle las piernas, para que hiciese plato á sus mancebas.

Pero otro indio, ministro de la justicia de Dios, fué su verdugo, atravesándolo con dos flechas por las espaldas, porque no le quiso dar para esposa á su hija.

De los ritos bárbaros y bestiales costumbres destas gentes sin Dios, se pueden hacer libros enteros. ¿Pero qué maldad pudo hallar la entrada díficil en hombres que no conocieron la inmortalidad de sus almas, persuadidos que su dicha ó infelicidad, no era más duradera que la vida del cuerpo?

Comenzó el apostólico misionero á declararles los misterios de nuestra santa fe con la gracia especial que le había comunicado el Señor para enseñar la gente más ruda. Quedaban admirados de oir cosas tan altas y tan

divinas, leyes tan santas, tan ajustadas á la razon y tan opuestas á las suyas, propias de brutos.

Enseñábales á rezar, á venerar al verdaro Dios, á darle gracias por los beneficios que habían recibido, y que cada instante recibían de su mano; exhortábalos á pedirle perdón de sus ofensas y hacer recurso á las entrañas de su bondad y misericordia; no menos á temblar de los rigores de su justicia, y que así como aquella premia á los buenos con eterna gloria, así ésta castiga á los malos con perdurables suplicios. El fruto que estas lecciones hacía en sus oyentes y el aprovechamiento de sus discípulos en esta celestial doctrina, dice el P. Antonio en el fin de la citada carta:

Sírveme de singular consuelo oir aquí cada día alabanzas de Dios de boca destos devotos cristianos, ayer impiísimos gentiles; ver la devocion con que rezan en sus casas y en la iglesia; la estimacion que hacen de las cosas que se les predica de la otra vida. Y aunque agora la hambre los tiene descarriados y esparcidos por los montes, con todo

de ochenta valientes y señalados caciques que hasta hoy han venido á mi noticia, más de los sesenta son del bando de Cristo.

De los demás, que ciegos siguen al demonio, es caudillo el famoso hechicero Guiravera, y pienso que presto se han de alistar todos en nuestras banderas, porque van conociendo los embustes y crueldades deste ministro del infierno.

A más destos, he ganado algunos hechiceros, y entre ellos dos competidores de aquel, á los cuales envió á llamar con dolo para matarlos. Pero ya se van desengañando, y aun los muy amigos excusan sus visitas.

Estos fueron los fundamentos que el Padre Antonio echó á esta reduccion hasta que vino á edificar sobre ellos el P. Pedro de Espinosa, á quien la encomendó por el motivo que diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII

Pasa del Tayaoba á la Encarnación, con intento de conquistar el reino de Guarayrú y la nación de los Cabelludos.

Claro está que la celosa caridad de los héroes apostólicos no se había de dejar vencer de la ambicion de un Alejandro Magno. A este le pareció poco para sus conquistas un mundo. *Unus Pellæo Iuveni non suficit Orbis.* Y lloró cuando sus cosmógrafos le dijeron que había muchos mundos, y que él solo uno había dominado.

A aquellos se les hicieron pocos muchos mundos, y si mil hubiera criado Dios, todos

los quisieran reducir al amor y obediencia de Cristo. Con verdad se puede decir de llos: *In omnem terram exivit sonus eorum & in fines Orbis terræ verba eorum.* Emulo deste apostólico celo fué el del P. Antonio Ruiz.

Apenas reducía una nacion, cuando luego con mayores bríos acometía la conquista de otra, y Dios, para que desahogase el fuego de su caridad, le iba ofreciendo nuevas provincias. Pues al mismo tiempo que con tan inmenso trabajo y riesgo de su vida plantaba en el Tayaoba la fe, le abrió la puerta en el reino del Guarayrú, para que entrase á predicar en él el santo Evangelio, y las naciones del Ibitiruna, entre las cuales tanto como su cerro entre los demás, descuella en fiereza la de los Cabelludos, de los cuales algunas veces se ha hecho en esta historia mencion, con ocasion de las guerras que tuvieron con el cacique de la Encarnación Pin Dobiyu, y con los demás del Nuatingui, con muchas muertes de ambas partes.

El modo fué bien particular y digno de ser sabido. Llegaron á esta sazon dos ban-

deras de Indios Tupies, soldados valientes de los Mamalucos del Brasil, á cautivar los primeros que topasen, gentiles ó cristianos, contra toda ley divina y natural.

La una dió sobre los indios, que estaban en sus chácaras ó alquerías, cuidando de sus sementeras, y pertenecían al pueblo de la Encarnación, que estaba á cargo del Padre Francisco Díaz Taño, como de angel custodio de aquella reduccion. Dichas chácaras estaban situadas en las riberas del río Tibaxiva, á distancia de tres leguas. Dieron de repente sobre ellas y perdieron muchas indias y algunos indios, hiriendo á unos y matando á otros.

Algunos que por piés escaparon de sus manos, vinieron á dar aviso al Pastor del destrozo que los lobos hacían en su ganado. Al mismo punto juntó el pueblo, y formando un lucido escuadrón de los más valientes indios, siguió el alcance del enemigo, y marchando de día y de noche, el tercer día dieron los nuestros en ellos, á tan buena ocasion, que los inhumanos Tupies trataban de hacer cruel carnecería, de-

gollando los hombres para llevar con más seguridad la chusma de los niños y mujeres.

Acometiéronlos con tanto valor que los metieron en huída, y les quitaron la presa y á muchos la vida, que solo volvieron con ella los que se guarecieron en la espesura de los vecinos bosques.

La segunda tropa enemiga, cuyo capitán era Cambicangue Tupí, que en otras invasiones había ejecutado en los pobres indios horrendas crueldades, dió asalto á los que estaban cogiendo yerba en las cabezadas de la Tibaxiva, del mismo lugar de la Encarnación. De los cuales cautivaron algunos, y otros, valiéndose de sus arcos, se defendieron.

Llegó el aviso al P. Cristóbal de Mendoza, y con vivo sentimiento de ver en aquel trabajo á los hijos de Dios, feligreses suyos, salió á socorrerlos con buen número de indios guerreros y briosos que llevaban por cabo al famoso Pin Dobiyu.

Caminando á largas jornadas en busca del enemigo, llegaron á un fuerte que ha-

bian hecho para asegurar la presa, donde estaban los pobres cautivos cargados de prisiones.

Quiso Dios que Cambicangue con lo mas lucido de sus Tupies hubiese marchado á hacer nuevás presas en los Camperos y Cabelludos del Ibitiruna. Con que al primer Santiago, atropellaron á los que habían quedado de guarnicion en el fuerte y rescataron todos sus cautivos.

Alegre Pin Dobiyu con este buen suceso puso á buen recado los enemigos rendidos para que ninguno pudiese llevar á los piratas la nueva de la victoria. Entró el P. Cristóbal en consejo de guerra con sus victoriosos hijos, y resolvieron ir en busca del enemigo y quitarle la presa que hubiese hecho en los Cabelludos y Camperos, que obligados con este beneficio, darían entrada en sus tierras al santo Evangelio. Favoreció Dios sus intentos santos y todo lo dispuso á la medida de su deseo.

Daba la vuelta, á su parecer seguro, el capitán de los Tupies, con buena presa de aquellas dos naciones al fortin, donde dejó

los cautivos. Aguardólos en celada Pin Dobiyu, y cerró con ellos con tanto valor, que todos quedaron ó prisioneros ó muertos, y los confinantes restituídos á su libertad.

Fué día de mucho regocijo para todos. Acarició y regaló mucho el P. Cristóbal á los indios gentiles, y reprendió severamente y con celo santo á los Tupies su inhumanidad, y más á su fiero caudillo las alevosías y crueldades que habían ejecutado en aquellas provincias.

Antes que volviesen á sus tierras los Cabelludos y Camperos, les hizo Pin Dobiyu un elegante razonamiento, proponiéndoles las excelencias de la ley de los cristianos, la humanidad que estos profesan con sus mismos enemigos, como ellos lo estaban experimentando, pues siéndolo de Jesucristo, por salvarles sus vidas habían arriesgado las suyas, que les rogaba abriesen los ojos y se acogiesen al sagrado seguro de la verdadera religion; ofrecióles libre comercio con los de su pueblo, y que él iría siempre que se ofreciese ocasion á asistirlos y favorecerlos en los suyos, con que unidos con el vínculo dela

fe y fraterna concordia, podrían resistir mejor las invasiones de los Mamalucos.

Continuaron con ellos esta plática los soldados de Pin Dobiyu, y todos volvieron alegres á sus casas.

Hizo mucho ruído esta fineza de cristiana caridad entre aquellas dos naciones gentiles, y sin otro salvo conducto que la confianza en su experimentada fidelidad, vinieron tropas de las dos á visitar al Padre y á Pin Dobiyu y agradecerles la piedad que habian usado con los suyos.

Enviaron algunos de sus caciques á suplicar fuesen los Padres y los indios cristianos á sus tierras, que en ellas hallarían toda correspondencia y buen tratamiento y que todos deseaban recibir aquella ley santa que predicaban para vivir como hombres, que ya conocían que su vida era de brutos irracionales.

Estaba en este tiempo nuestro P. Antonio Ruiz gloriosamente ocupado en fundar y adelantar la reduccion del Tayaoba y disponiendo nueva entrada en los Guañanas y Chiquí, que tenían buena sazon para la se-

milla evangélica, y desde allí pasar á los Cabelludos, antes que los asolasen los Tupies. Y cuando el P. Mendoza le dió aviso de todo lo sucedido, hizo infinitas gracias á Dios, que por tan varios y no imaginados caminos facilitaba la conversion de aquellas naciones.

Llamó luego al P. Pedro de Espinosa, dejóle muy encomendados sus hijos benjamines Tayaobas que con tantos dolores suyos había sacado á la luz del Evangelio, y partió para la Encarnacion, visitando de paso la reduccion de San Pablo, bien gobernada por la industria y solicitud de un operario tan eminente como el P. Simon Maceta, con tan lucidos aumentos, que ya se contaban cuatro mil cristianos en ella.

Consolóse mucho de ver tan entronizada y aplaudida la fe, donde poco antes insolente triunfaba la idolatría, y adorado el verdadero Dios donde indignamente, por espacio de tantos siglos lo había sido el demonio,

En la Encarnacion supo con más fundamento cuán bien dispuestos estaban los Cabelludos.

Envió orden al P. Francisco de Ortega para que tomase á su cargo la reduccion de San Francisco Xavier, donde el P. Francisco Díaz Taño residía, y que este insigne operario pasase luego á la de la Encarnacion para que corriese por su cuenta la del reino del Guarayrú, comenzando por los indios Cabelludos del Ibitiruna.

Apenas llegó la nueva á estos gentiles que el P. Antonio estaba en la Encarnacion, cuando vinieron embajadores algunos caciques á visitarlo en aquellas naciones y á suplicarle encarecidamente fuese sin dilacion á tomar pacífica posesion de sus provincias, que las hallaría rendidas á sus pies y obedientes á sus mandatos. Y que solo dos en ellas hacían alguna resistencia á la ley de Dios; el uno el astuto hechicero Guirayrú, que con sus embustes pretendía tiranizar la tierra y le había puesto su nombre á todo el reino. Que el otro era ya grande amigo del capitán Pin Dobiyu, que alevoso y cruel le había muerto y comido la madre, como queda dicho en el capítulo X.

Este, hallándose muy solo, á causa de que

sus amigos habían hecho liga con Pin Dobiyu, teniendo la sangrienta guerra que le amenazaba, quiso acogerse á la proteccion del malvado hechicero Guiravera, donde se tenía por muy seguro. Y cuando con toda su gente y familia, que era mucha, iba en busca de su patrona, perdió el camino, y sin saber cómo ni por donde vino á dar un día al reir del alba en la reduccion del Nuatingui, habiendo caminado toda la noche.

Conociéronlo los indios que habían venido á ver el P. Antonio.

Salióle al encuentro el capitán Pin Dobiyu, á quien él tenía por enemigo, y con razón, por los descomunales agravios que le había hecho.

Pero experimentó la virtud de la ley de Cristo, porque lo halló muy amigo, pues cuando pudo muy á salvo vengarse, lo recibió en sus brazos con todo agasajo y mansedumbre, trájolo consigo á los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza, que le hicieron el mismo tratamiento; y Pin Dobiyu una plática tan cuerda y tan espiritual como pudiera cualquiera de aquellos dos apostólicos

varones. Que después que por la misericordia de Dios se había hecho cristiano, era muy otro de lo que ser solía. Que la santa ley que profesaba le había enseñado á hacer bien á sus enemigos. Que estuviese cierto había olvidado las pasadas injurias, y que si quisiese su amistad podría valerse dél con toda seguridad y confianza.

Fueron tan eficaces estas razones, que el cacique, convencido con ellas se resolvió de quedarse en aquella reduccion, y nunca más ganado que cuando se tuvo por más perdido.

Quitado este tropiezo y con las noticias de que el otro enemigo capital Guarayrú, huyendo de los Padres, se había retirado á lo interior de aquellas provincias, se facilitó la entrada á la de los Cabelludos. Y habiendo llegado el P. Francisco Díaz, partieron luego á esta gloriosa conquista.

Gustaron de acompañarles el capitán Pin Dubiyu con otros treinta principales caciques, y muchos de sus vasallos.

Llegaron al cerro Ibitiruna, habiendo pasado muchos pantanos, rios caudalosos y

montañas pobladas de altísimos árboles. Y aunque antes se encontraban por aquellos caminos tropas diferentes, no les salió al encuentro persona alguna.

No lo tuvo por buena señal el capitán Pin Dobiyu; pero como habían precedido de su parte tantas diligencias y deseos, suspendieron el juicio, persuadiéndose estaría la gente ocupada en preparar el recibimiento solemne como lo habían hecho otras naciones.

Presto se supo la causa que tuvo aquella gente para retirarse, y fué que Guarayrú, por consejo de los cuatro demonios que lo gobernaban, mudó de parecer y trató de impedir la entrada de los Padres.

Convocó para esto la gente que tenía á su obediencia, y sabiendo que los nuestros habían de pasar forzosamente por un monte que divide aquellas provincias y las de Nuatingui, y que necesariamente habían de vadear dos caudalosos ríos, ordenó que entre los dos se emboscase gran número de gente para acometerlos á traicion y quitarles la vida y comerlos, como lo hacen con los demás que vencen en la guerra.

Fué esta novedad de gran sentimiento para muchos de sus mismos caciques, particularmente para aquellos que hicieron la embajada pidiendo ministros evangélicos en nombre de la provincia, y habían visto en la Encarnacion el consuelo y descanso con que viven los cristianos.

Habían cobrado á los Padres entrañable amor y deseaban tenerlos en sus tierras. Y aunque al principio se resolvieron constantes de oponerse á aquella conjuracion, cobardearon á vista del ejército numeroso que había juntado Guarayrú, todo compuesto de feroces gentiles que no conocían á los ministros de Dios. Juzgaron por cordura disimular su sentimiento y dieron á entender que también concurrirían á la emboscada.

Pero de secreto despacharon propio de toda confianza que fuese á encontrarse con los Padres antes que se empeñasen en el tránsito del monte y esguazo del primer río, y les hiciese saber la mudanza de las cosas y dañada intencion de Guarayrú.

A más de aquel correo despacharon otros para mayor seguridad. Quiso Dios no se

frustrase la diligencia de aquellos caciques leales y que el primer propio de aviso, sin ser visto ni sentido de las espías enemigas, llegase á un profundo arroyo donde topó á Pin Dobiyu y le dió noticia de la traicion que les tenían armada en el camino.

Hicieron alto y pusieron silencio á su gente para no ser descubiertos del enemigo. Aguardaron á los Padres que venían en retaguardia, y conocieron todos su manifiesto peligro, cercados por una y otra parte, donde ninguno podía escapar la vida.

Entraron en consejo de lo que habían de obrar.

Pin Dobiyu y los caciques sus compañeros, expertos en semejantes traiciones, dijeron:

—Padres, si fuéramos los de nuestro campo iguales en número con ellos, no había qué temer, porque les somos superiores en el valor; pero para cada uno de nosotros hay cien enemigos. Prudencia será asegurar una honrosa retirada, y no por donde habemos venido, que podrían aquellos aguardarnos al paso, avisados de sus espías. Desmen-

tiremos estas por diferente camino, aunque algo más dificultoso, tanto mejor para hacer defensa si siguieren el alcance. Acometer animosos parece temeridad, y aunque venciésemos seria con daño de la religion, pues irritados los contrarios con el estrago y muertes de los suyos, cerrarían para siempre el paso á la predicacion del santo Evangelio.

Parecióles á los Padres el consejo del cielo, como inspirado del Espíritu Santo.

Tomaron otro camino, aunque con las armas á punto, por si acaso acometiese el enemigo.

Fueron excesivos los trabajos desta vuelta, por la espesura de los montes y malezas. Faltó á lo mejor la vitualla, y era sabroso bocado el de los palmitos y raíces silvestres, que en tiempo de carestía es el único refugio destos indios.

Adoleció el P. Antonio de unas ardientes calenturas con grandes bascas y flaqueza de fuerzas. Llegaron á un arroyo y los indios se esparcieron por la campaña á buscar la comida.

Deparóles Nuestro Señor unos arbolitos cargados de una extraordinaria fruta, pero muy parecida á otra que producen con abundancia las riberas del Parará, aunque esta es del todo dulce, aquella era agridulce; comióla el Padre y conoció que le componía el estómago; repitió la medicina, y libre de las inquietudes del estómago lo quedó de las calenturas. Y aunque el enfermo atribuyó su mejoría á oculta virtud de aquella fruta, su compañero y los indios la tuvieron por milagrosa.

Con esto cesó por entonces la conversion de aquellos gentiles, reservada para otro tiempo de la providencia divina. Volvió el P. Antonio á sus Tayaobas, y de allí á las provincias de los Guañañas y Chiquís, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX

Entra en las provincias de los Guañañas y Chiquís á predicar el Evangelio.

Ardía en el pecho del P. Antonio el fuego del amor divino, y como este era grande, la mayor esfera le parecía corta para su actividad.

Tuvo noticia de que los Guañañas y Chiquís deseaban predicadores del Evangelio y sentía en el alma que pereciese de hambre tanta muchedumbre de gentiles como pueblan estas dos provincias. De cuyos naturales hay tradicion, entre ellos muy valida,

que son oriundos de españoles, que navegando los mares del Norte en una desecha tempestad, encallaron en la costa, donde muchos perecieron. Los que salvaron las vidas entraron la tierra adentro y casaron con hijas de caciques; y á la verdad no hay en la América gentiles más parecidos en las facciones y color del rostro á los españoles, ni en el ánimo, valentía y extratagemas que en sus batallas usan, con que son muy respetados y temidos de todas las naciones circunvecinas.

Este fué uno de los motivos que tuvo el P. Antonio para reducirlos al conocimiento del verdadero Dios, que adoraron sus antepasados.

Embarazábalo la continua guerra entre los Guañañas y Tayaobas que se perseguían y cautivaban unos á otros con odio mortal.

Tenían estos algunas noticias de los Padres misioneros y del grande amparo que á su sombra hallaron los indios Guaranís, la educacion y enseñanza de las cosas del cielo; el conocimiento del verdadero Dios de

que ellos carecían, adorando idólatras á los demonios en diferentes criaturas, engañados de sus hechiceros, hombres viciosísimos y hambrientos de carne humana.

La paz y fraterna concordia con que los cristianos vivían en formadas repúblicas, la caridad con que unos á otros se favorecían en sus sementeras, enfermedades y trabajos.

Todo esto sabían por relacion de algunos de los suyos que estuvieron en la Villa Rica, y conocieron y trataron en ella al P. Saloní. Pero mucho más por el informe de los cautivos Tayaobas, después que estos se convirtieron á la fe. Conque envidiándoles su buena fortuna deseaban ser participantes de ella, y que entrasen en su tierra religiosos á predicarles la doctrina del cielo y darles orden de vivir como hombres.

Todo lo dicho avivó en el P. Antonio las ánsias de convertir esta gente y establecer una perpétua paz entre ella y la Tayaoba. De donde se prometía otro bien grande, que por sus tierras se abriría camino para comunicarse estas reducciones con las que tie-

ne la Compañia de Jesús en los ríos del Uruay y Guazú, y darse la mano y consolarse unos misioneros á otros, que no fuera poco alivio en aquellos destierros voluntarios, como finalmente se consiguió.

Y como ya los Tayaobas habían rendido á Cristo su fiereza, deseaba que siguiesen los Guañañas su ejemplo, y se excusasen de una y otra parte las antiguas hostilidades con que se destruían.

Había suspendido esta mision por la que intentó hacer en los Cabelludos, como queda dicho. Hallándose desembarazado por entonces desta, tuvo nueva de la extrema necesidad que padecían los Guañañas abrasándose con un maligno contagio de viruelas, peste corriente y transcendental á todos los indios. La tierna compasion le obligó á acelerar su viaje.

Consultó con sus compañeros el modo más breve para socorrer aquella muchedumbre gentil que perecía.

Como en los corazones de todos reinaba el mismo celo, resolvieron todos que sin más dilacion entrasen dos Padres por dife-

rentes caminos, por el gran riesgo que llevaban los dos, haciendo el discurso prudente que Jacob en la division de sus tropas: *Si percusserit unam, salvabitur altera.* Que el uno dispusiese la entrada por donde la guerra y la peste hacían más luctuosos estragos, y el otro por el rodeo de la Villa Rica que había tenido algún trato con aquella provincia.

Fueron electos para esta empresa grande el P. Antonio Ruiz y el P. Francisco Díaz Taño, Bernabé de aquel Pablo, y Elíseo de un segundo Elías, y que éste marchase por la primera vereda, aquel por la segunda.

Partieron á un mismo tiempo, llegaron á la reduccion de San Pablo, donde aún estaba el P. Simon Maceta. La tierra era tan quebrada y los pasos tan dificultosos que en algunas partes era necesario descolgarse con sogas, que se tejen de unos arbolillos correosos y flexibles como mimbreras.

Fueron en su compañía los PP. Juan Suárez y Josef Cataldino, el uno para que acompañase al P. Simon Maceta y el otro para que fuese con el P. Antonio á la Villa Rica,

y desde allí cada uno de los dos misioneros tomó su rumbo diferente.

El P. Antonio desde la Villa Rica fué á dar en unas minas de hierro que benefician los españoles y con esta ocasion tienen con los Guañañas comercio. Visitó en este paraje los indios cristianos de diversos pueblos, confiriendo con ellos las causas de su viaje.

Festejaron su venida con muestras de mucho regocijo. Y aunque no había llegado á ellos la peste, supo la riza que hacía en el río de Icatú y en el de Piquiri. Antes de pasar adelante bautizó á todos los infantes para asegurarles la vida del alma, en caso que cundiese la peste y les quitase la del cuerpo.

Fué desalado en busca de los heridos del contagio, y llegando á donde con extremo desamparo perecían muchos, comenzó á trabajar incansablemente confesando á muchos cristianos que allí había de la nacion Guaraní, administrándoles el Viático y la Extremauncion, y catequizando por medio de intérprete á los Guañañas, que eran de diferente lengua, bautizando y enterrando á muchos que cada día morían, particular-

mente un gran número de infantes, que dichosos volaron al cielo.

Llegó la nueva de lo que Dios obraba por sus ministros á la provincia de los Chiquís; y ó traído de la curiosidad ó no, sino de algún impulso divino, vino el más principal de todos sus caciques, Curitú, acompañado de otros indios nobles.

Hízoles el Padre el regalo que pudo, ofrecióles que iría á sus tierras, envió con ellos recaudos muy cumplidos á los caciques de mayor nombre, que vivían en los dilatadísimos campos intermedios entre el Icatú é Iguazú, por donde deseaba abrir camino para comunicarse con las reducciones del Uruay.

El copioso fruto que cogió para el cielo y lo mucho que padeció en estas correrías, significa en una carta escrita á su provincial, donde dice así:

«En breves días entré en estos campos, á pie, habiendo atravesado un asperísimo monte, todo poblado de espesos jarales, espinos y arcabucos, que me dejó sin medias y zapatos, y aun se me quedó con trozos de mi sotana.

Visité todos estos pueblos de los Guañañas. Y causa gran compasion verlos tendidos en la desnuda tierra, unos ya difuntos, otros boqueando, otros dando voces y pidiendo misericordia.

Todo este mal se les ocasionó de un gran desorden que hicieron, lavándose en la fuerza de su enfermedad en estos arroyos que son frigidísimos.

Lo primero que hice habiendo llegado á estos pueblos gentiles fué buscar un indio lengua Guaraní, que entendiese la desta nacion, y depárómelo el Señor muy á propósito en uno natural del Paranapane, donde están fundadas nuestras dos antiguas reducciones.

El cual había venido á esta tierra con ánimo de volverse luego á la suya; pero el Señor que lo tenía destinado para intérprete mío, lo tulló y obligó á quedarse aquí, con que vino á saber muy bien su lengua. Con su ayuda hice un breve *Catecismo* y un *Tratadillo de la Confesión*. Bauticé gran número de infantes y adultos; de unos y de otros fueron muchos á poblar el cielo. Con-

fesé á algunos cristianos que por conveniencias propias habían ido á vivir entre aquellos gentiles y se habían hecho á sus malas costumbres.

Confieso á V. R. que me cansó el trabajuelo, mas no por eso aflojé un punto. Llegué á un pueblo á donde no había penetrado hombre español por estar muy distante y ser sus indios belicosos y fieros.

Cuadróme mucho el sitio, pero mucho más el cacique principal, que tenía cinco hijos, todos señores de vasallos como el padre, y en pueblos diferentes. Y como supo que yo había pacificado el Tayaoba y hecho en sus tierras un pueblo grande, me rogó que me quedase allí, ofreciendo juntaría mucha gente, porque deseaba tener paz con el Tayaoba.

Parecióme sería de grande gloria de Dios fundar allí una reduccion, y así le dí palabra de volver después de haber corrido la tierra. Contáronle los indios á este cacique cómo en un pueblo donde yo había echado agua bendita, ninguno había muerto de peste, habiendo sido en otros grande la mortandad.

Rogóme hiciese lo mismo en el suyo. Rodeélo todo con sobrepelliz y estola, esparciendo agua bendita, y fué Nuestro Señor servido que aunque entró el contagio de las viruelas en él, ninguno de sus vecinos murió.»

Esta fué la ocupacion del P. Antonio en la entrada que hizo por la Villa Rica.

No con menos fatigas y peligros hizo la suya el P. Francisco Díaz. Embarcóse por el río del Ubay, y fué el primero que experimentó los grandes riesgos de su navegacion, porque ambas riberas están muy pobladas de hormigueros de indios bárbaros, muchos hechiceros, que deseaban mucho haber á las manos alguno de los Padres, para hacer de sus carnes sacrificio al Dios de su vientre, porque apenas reconocen otro: *Quorum Deus venter est.* Pero libróle de sus garras la providencia divina para que sacase de las del demonio muchas almas en aquella mision.

Llegó á esta reduccion donde estaba el P. Pedro de Espinosa, y como se divulgó que pasaba á los Guañañas, por donde más riza

hacían los incendios de la peste y de la guerra, procuraron disuadirle aquella jornada, teniendo por cierta su muerte. Y no pudiéndolo conseguir, muchos se ofrecieron á acompañarle, y entre ellos el cacique Maendi, de quien arriba hicimos mencion. A este, con algunos de sus aliados y con otros cuarenta indios, permitió fuesen en su compañía.

Después de diez días contínuos de viaje en que tramontaron sierras y montañas altísimas, dieron en una llanura grande á la cual bañaban arroyos diferentes, coronadas sus márgenes de bellísimas arboledas. Aquí quiso el P. Francisco Díaz celebrar el santo sacrificio de la misa en accion de gracias de haber llegado á aquel ameno sitio, después de tantos trabajos y peligros.

Apenas hubo sumido, cuando se vieron cercados y acometidos de mucha gente de guerra, cuyo cabo era un cacique llamado Tumbí. Pero quiso Dios que se rindieron á las suaves razones que les dijo y á los agasajos y caricias que les hizo el Padre, con que se abstuvieron de toda hostilidad.

El día siguiente al amanecer se vieron

embestidos de otra gran tropa del cacique Cayyú.

No desmayó el P. Francisco entre tantos y tan manifiestos peligros de su vida; antes con nuevo valor, nacido de su alentada confianza en Dios, continuó su viaje, ofreciéndose á Su Majestad en sacrificio para que hiciese dél según su santísima voluntad. Movió á uno de los caciques que le habían acometido el día antecedente á servirle de guía, y después de treinta jornadas llegaron á la falda de dos eminentes cerros, donde soplaba un viento tan craso y pestilencial, que de sólo él coligieron estaba cerca la tierra infecta del contagio.

No fué mal fundada la sospecha, pues á media legua dieron en varios ranchos, hechos unos hospitales de heridos y los campos llenos de sepulturas de los que habían muerto de pestilencia. Bautizó luego á todos los infantes. Visitaba contínuamente las barracas de los enfermos, catequizando á los que corrían mayor peligro, y ministrándoles el santo bautismo.

Los mismos oficios de caridad ejercitó

en otros pueblos de aquella comarca. Ocho meses empleó en estas obras de tan insigne piedad, verificándose en él lo que de la divina providencia dijo San Basilio: *Convenientem & accommodatum ad cuiuscumque ætatis morbum medicum parat.* Todas las edades y suertes de personas hallaron en el misericordioso Padre Francisco Díaz remedio de sus males. A muchos conservó la vida del cuerpo; y á los que esta no pudo, les aseguró la del alma, enviando innumerables almas á la posesion de la eterna.

Lo que padeció este apostólico varon en esta larga y trabajosa peregrinacion, los riesgos á que expuso su vida, la hambre, el desvelo y otras infinitas penalidades que alegremente padeció, no son desta historia, y la requieren más larga, que sin duda saldrá á su tiempo.

Dicha mía fuera ser coronista del que siempre he venerado por padre; pero acuérdome de lo que dijo el discreto Petrarca á otro carísimo amigo suyo: *Si vis laudari morere.* Ya sabes, amigo, el bando que se echó á los cristianos y cuerdos historiado-

res. *Ne laudaveris virum in vita sua. Dicique beatus. Ante obitum nemo, supremaque funera debet.* Por tanto, si quieres que yo te alabe y eternice tu memoria, muérete y yo podré licenciar la pluma en elogios tuyos, que no me falta materia para hacerlos grandes; pero menos mal es que yo me mortifique, y tenga la rienda á mis afectos y á la pluma, que morir aquel por cuyo medio viven y reinan en la gloria millares de predestinados.

No puedo callar algunas cosas notables que conducen á la historia que escribo, y aunque son propias de dicho Padre Francisco Díaz, están engazadas con las del Padre Antonio Ruiz, pues en sentir de San Jerónimo, la ley de la recta justicia pide: *Ut quos amor coniunxit historia non separet.* Con singular consuelo de su alma notó el P. Francisco en esta apostólica mision la devoción y reverencia con que estos indios Guañañas oían atentísimos los misterios de la fe, y las ansias con que acudían á las aguas del bautismo, como cervatillos heridos á las fuentes particularmente las indias,

que antes que el Padre llegase, llamadas ya del celestial, suspiraban por salir de su mal conocida servidumbre.

Y como en este contagio pocas de las preñadas escapaban, era piadosa la competencia sobre cuál había de ser bautizada primero, para morir, como ellas decían, hijas de Dios.

Y con muchas sucedió que apenas se bautizaron cuando luego murieron y comenzaron á vivir para la eternidad. Milagrosamente conservó el Señor á su ministro la salud y fuerzas siendo la carga que llevaba para rendir al más gigante, y viviendo siempre entre apestados, con tan parco alimento y de mala digestion como las raíces de las hortalizas silvestres.

Llegó la peste á las minas del hierro, donde estaban acuartelados muchos indios y españoles de su custodia y beneficio. Avisaron al P. Francisco de su trabajo y falta de sacerdote que les administrase los Sacramentos.

Corrió allá á pie como caballo de posta, consoló y sacramentó á los enfermos, hasta

que terminó el contagio y luego volvió á los Guañañas que ya les había cobrado cariño.

Duróle la salud lo que en el pueblo la peste, y acabada esta, adoleció de unas fiebres malignas que lo pusieron en grande aprieto, sin médico ni medicina, ni género alguno de regalo, sin una corteza de bizcocho de galera, con solos los frutos de la tierra, que en vez de corregir la calentura, más la encienden.

Sentían mucho los indios ver tan enfermo á su verdadero Padre, con el apetito tan postrado, y con tanta falta de todo lo necesario. Uno dellos había visto en el monte una colmena silvestre. Fué volando á buscarla, trujo los panales y destilada la miel en una calabaza, mezclada con agua, le persuadió que la bebiera, que era remedio eficaz.

Condescendió el Padre con los ruegos del indio piadoso, y sin embargo de que no ignoraría que ni Hipócrates ni Galeno recetaron tal remedio para curar de calentura por ser la miel alimento bilioso y ardiente, con todo tomó el agua miel, y abrazóla tan bien el estómago, que durmió con mucho sosie-

go, y amaneció libre de todo accidente. Con que pudo continuar su viaje y llegó con salud, *post varios casus post tot discrimina rerum*, á donde el P. Antonio Ruiz residía, el cual se alegró mucho con su vista, porque no habían tenido noticias ciertas el uno del otro hasta qne se vieron juntos.

CAPÍTULO XX

Refiere el suceso de la misión de los Guañañas y un favor grande que hizo Dios al P. Antonio Ruiz.

Habiendo el P. Antonio visitado á los Guañañas y á los pueblos cercanos á las minas de hierro, los indios cristianos de la nacion Guaraní, que habitan las riberas del río Piquiri, acudieron al socorro que se prometían seguro de las entrañas de su caridad, pidiéndole les fuese á administrar los Sacramentos, porque ya la peste había prendido en ellos, y ni tenían párroco ni otro sacerdote.

Acudió luego al remedio de tan urgente necesidad. Y lo que le sucedió en este lugar dichoso con una célebre ermita consagrada á Nuestra Señora de Copacavana, imagen milagrosa y de mucha devocion, dice en una carta á su Provincial, por estas palabras:

«En habiendo concluído con los Guañañas vinieron á buscarme los indios de la ermita de Nuestra Señora. Fuí allá en tiempo que la peste había comenzado en ellos á hacer de la suyas. Confesélos á todos, sanos y enfermos, y les dí la sagrada comunion. Cargó la peste de suerte que no tenían quien les diese de comer. Y era necesario que yo acudiese á sacramentarlos y sangrarlos y mis muchachos á buscarles la comida.

Fué Nuestro Señor servido muriesen muy pocos de los que yo pude sangrar. Cuarenta días asistí aquí antes de Cuaresma, con singularísimo consuelo á la sombra y amparo de aquella santa imagen que hace muchos milagros resucitando muertos, restituyendo á los ciegos la vista y la salud á los enfermos, que de muchas partes acu-

den á buscar su remedio. Y yo, como tan enfermo, vine también por salud. Ayuné los cuarenta días que allí estuve, y pudiera decir mucho de la liberalidad desta Señora, pero diré más callando que escribiendo poco.

Extinta ya la peste me rogaron aquellos pobres quedase con ellos, pues muchos años antes les había dado palabra de volver á sus tierras.

Consoláronse con entender la imposibilidad de lo que pretendían. Mas con todo, les concedí quedarme allí la Cuaresma, en la cual otra vez se confesaron todos.

Hacía cantar por las tardes la letanía de Nuestra Señora, con la mayor solemnidad que mis fuerzas podían. Los viernes acudían todos á la disciplina. Causóme admiracion la luz que en aquel desierto les comunicaba Dios, por la intercesión de su Santísima Madre.

Había corrido voz que los Guañañas habían muerto y comido al P. Francisco Díaz Taño porque la primera vez que en aquel llano, diciendo misa lo cercaron los escua-

drones flecheros, dos de sus indios huyeron el peligro, y volviendo al Tayaoba esparcieron por cierta la muerte, con que en otras muchas partes prevaleció esta nueva.

Llegó el P. Francisco al pueblo de aquel devoto cacique que pidió al P. Antonio lo rociase con agua bendita. Este le dijo cómo el P. Ruiz había pasado al río Piquiri y las nuevas que habían corrido de su muerte, con mucho gozo de verlo vivo. Mucho más se alegró cuando supo la traicion de los Cabelludos y Camperos, y el modo con que Dios los había librado de su emboscada.

Pidióle con mucha instancia erigiese en aquel su lugar una iglesia, que ofrecía traer muchos gentiles á ser cristianos, y domiciliarse en él. Dióle el P. Díaz buenas esperanzas de que en habiendo cesado del todo la peste, el P. Antonio Ruiz daría la vuelta y condescendería con su justo deseo.

Desde aquí le dió al P. Antonio cuenta larga de todo lo sucedido en su viaje, y aunque deseó mucho llegar á verse con él y darla boca á boca, no fué posible tan presto porque los españoles de la mina de hierro le

representaron de nuevo la extrema necesidad que padecían de consuelo y pasto espiritual, sin cura que les administrase los Sacramentos, sin un sacerdote que les dijese misa siquiera las fiestas y domingos; rogáronle no los dejase en tiempo de Cuaresma porque había muchos años que no oían la palabra de Dios, y que sin este riego del cielo, estaban sus almas hechas unos estériles eriazos, llenas solamente de malezas de vicios, que confiaban había de arrancar con su autoridad, con su ejemplo y santa predicacion.

Concedióles su detencion todo el tiempo que fuese necesario para confesarlos á todos. Hízolo, con grande consuelo del confesor y de los penitentes, y cuando quiso partir no pudo, porque le adolecieron del contagio cuatro indios Guaranís, sus ayudantes en el catecismo de los infieles. Hubo de detenerse á curarlos y todos cobraron entera salud para la Pascua de Resurrección, con que el Padre las tuvo muy alegres y pudo proseguir su camino á donde le aguardaba el P. Antonio Ruiz que lo recibió en sus bra-

zos con muestra de extraordinario consuelo.

Y después de haber contado el uno al otro lo que el Señor había obrado en aquella mision por su medio, el P. Antonio, reconociendo al P. Francisco por Padre del alma, confesor y maestro de su espíritu, le dió cuenta de su conciencia y de los singulares favores que en aquella ermita había recibido de la Santísima Vírgen, cómo hizo en ella cuarenta días de ejercicios, en que con más fervor y rigurosas penitencias de ayunos, disciplinas y cilicios *pernoctanis inoratione Dei*, le había suplicado á esta Señora le alcanzase de su Hijo bendito afectos tiernísimos de su divino amor, y que le enseñase cómo le había de amar más y más con todas las fuerzas de su corazon.

Que la reina del cielo había oído sus clamores, porque reforzándolos un día delante de su devotísima imagen, vió venir sobre sí al Espíritu Divino en figura de una paloma de oro que hizo asiento sobre su pecho y con el pico le hirió el corazon, con que lo dejó tan herido y abrasado en el amor de su

Dios, que no podía hacer otra cosa que amarle intensamente, quedándole del golpe un dolor suavísimo que hasta la muerte le sirvió de contínuo despertador, como lo dijo á su confesor dándole cuenta de lo que pasaba en su alma.

Y aunque con particular estudio procuraba celar estos y otros favores del cielo, tal vez no podía más, porque embriagado del divino amor, cantaba sin tormento las divinas misericordias. Buen testimonio es de los incendios de su caridad aquel librito admirable que compuso, é intituló: *Arte brevísima para sacar fuego de amor de Dios en la oración.*

No menos se puede colegir de una carta que escribió al P. Juan de Hornos, á quien había ayudado mucho en su espíritu y guiádolo por el camino más derecho y seguro de la religiosa perfeccion. Pegando fuego á este Horno, le dice así: «¡Ah, padre mío! quién se derritiese todo en el amor de Cristo y aquellas espinas de su sacratísima cabeza las fijase todas en su corazon, y con las gotas de su preciosa sangre hermosease su

alma, y con intima atencion cuidase de solo esto y no se mezclase en otras cosas que arrebatan y divierten el pensamiento y privan al alma destos divinos abrazos, & *per consequens*, de una vida celestial y divina! ¡Oh, Dios de mi corazon, si como lo conozco lo apeteciera y como lo apetezco lo gozara, y como lo gozo perseverara en este sumo bien!»

A este tono prosigue en esprimir los afectos de su abrasado corazon. *Da amantem & sentiet quod loquor.* No entiende este lenguaje el que no sabe de amor.

CAPÍTULO XXI

Parten los PP. Antonio Ruiz y Francisco Díaz á fundar la Reducción de la Purísima en el pueblo del cacique Sohe Guañaña.

Con la venida tan deseada de su carísimo compañero el P. Francisco Díaz Taño, á quien ya el P. Antonio, con la nueva que había corrido de su muerte, veneraba glorioso mártir en el cielo, trató luego de fundar las reducciones de las provincias Guañanas. Y pareciéndole para la primera muy á propósito el pueblo del cacique Sohe, subieron el río arriba en una balsa ó canoa á

reconocerlo de nuevo y formar la planta de la iglesia y lugar.

Navegando por el Icatu, que de ordinario lleva rápida la corriente, y entonces más con las avenidas de las lluvias, dieron en un oculto arrecife y corrieron manifiesto peligro de ahogarse.

Naufragó el bajel con todo lo que llevaba de sagrados ornamentos y alhajas para la nueva iglesia y solas las personas bien mojadas salieron á la ribera, que no fué pequeña misericordia de Dios. No se le dió al demonio más licencia, que si la tuviera en las vidas en primer lugar ejecutara su saña.

Arrebató el golpe de la corriente la canoa, y la estrelló en un peñasco, que sobresalía en medio del río, con que no fué posible cobrarla ni rescatar lo que iba en ella.

Fué lance forzoso proseguir con harta incomodidad por tierra su camino y guiar á las minas de hierro que era el refugio más vecino, donde el P. Francisco Díaz había trabajado tan fructuosamente toda la Cuaresma.

Allí se detuvieron algunos días, forjando

las herramientas necesarias para abrir las zanjas, cortar y labrar la madera del nuevo edificio y otros instrumentos para las nuevas reducciones del Tayaoba.

Apenas supieron algunos españoles el intento que llevaban los Padres de conquistar para Dios y para el rey nuestro señor aquellas dilatadas provincias, cuando incitados del demonio y estimulados de sus particulares intereses, con medios bien ajenos de la religion y piedad cristiana, procuraron impedirlo.

Hablaron á los principales caciques de aquella nacion, diciéndoles de los Padres mil males, que no cabían en su modestia, en su virtud, en su desinterés y en el celo de dilatar la gloria de Cristo, que era el único fin y primer moble de aquellas empresas.

El mismo siniestro informe hicieron á los indios Chiquís, para que perdiesen el buen concepto que tenían de aquellos varones apostólicos, y convirtiesen en odio el amor que les habían cobrado.

No es maravilla que entre hombres tan destituídos de toda enseñanza, tan olvidados

de Dios y de sus almas, tan tiranizados todos de la codicia de los bienes temporales, se hallase esta mala raza de cristianos, pues los hubo en la Iglesia primitiva, y obligaron á llorar sentidamente su ceguera al apóstol San Pablo. *Multi enim ambulant, quos sœpe diceham vobis, nunc autem & flens dico, inimicos Crucis Christi.* Como si estos fueran enemigos de Cristo, así persuadían á los gentiles que no llevasen á sus tierras predicadores de la fe. Con los ojos con que el apóstol, lloró nuestro Antonio esta desdicha, en una carta que escribió á su Provincial, donde dice así:

«Aún no habemos resuelto el modo para entrar con la luz del Santo Evangelio en la provincia de los Chiquís, porque algunos españoles, con poco temor de Dios, les han hablado contra nosotros, maleando al cacique principal y diciéndole no nos creyese, que los engañábamos. Esta es la ayuda de costa que tiene la predicacion del Evangelio en estas regiones en gente que se precia de cristiana.

Sembraron entre los indios mil prodigio-

sas mentiras, como que los queríamos reducir y juntar en pueblos para llevarlos á España cautivos, que mirasen cómo se fiaban de nosotros, que tirábamos á acabarlos y consumirlos; y otras calumnias semejantes, que yo no extraño, porque há muchos años que las oigo.

No dejaba de lastimar mucho el sincero corazon de aquellos varones apostólicos, el ver que habiendo en aquellas naciones tan buena disposicion para convertirse á la fe, los españoles por una parte y los portugueses por otra, fuesen los mayores tropiezos, siendo los más obligados á fomentar su conversion.

Bien puedo yo exclamar con el poeta: *Quid nom mortalia pectora cogis Auri sacra fames?* ¿Cuándo la apocada codicia de las riquezas dejó de hacer oposicion á la virtud y santidad?

¿Pero qué puede la malicia de los hombres contra el consejo de Dios? No prevaleció la destos malos cristianos, porque el cacique tenía buen entendimiento y bien conocida la entereza y verdad de los Padres;

estaba satisfecho de que no pudieron tener otro fin de desterrarse de sus patrias y exponerse á tantos peligros, incomodidades y trabajos, sino el sacarlos á ellos de la ignorancia en que vivían sepultados y ponerlos en el camino seguro de su salvacion.

Habíales ya cobrado grande amor, y así fué poca nieve la de aquel informe falso para entibiarlo en sus afectos y deseos, y como un cordero se iba en seguimiento de los verdaderos pastores y discernía las vulpejas y lobos, disfrazados con pieles de ovejas.

No ignoraba la astucia y cavilacion y el motivo que podían tener los que decían mal de hombre de tan santas costumbres, y de tan inculpable vida.

Dos cosas notables se ofrecen aquí de nuestro Padre Antonio. La primera el espíritu profético con que previó la total destruccion de aquellas reducciones, y de las demás que con tantos sudores habían fundado sus antecesores en aquel dilatado gentilismo.

Serían como las diez de la noche cuando estando en fervorosa oracion, como solía,

delante de la cruz del rancho en que se habian albergado los Padres, se le apareció el V. P. Roque González de Santa Cruz, á quien pocos días antes habían martirizado los hechiceros del Uruay, y entonces había llegado la nueva de su dichosa muerte, con harta envidia que le tuvieron los demás misioneros.

Encomendábase en sus oraciones el Padre Antonio y rogábale le alcanzase de Dios muerte semejante á la suya. Aquí oyó que el P. González, presente, le decía:

—Hermano Antonio, no te desconsueles, que tu martirio quiere el Señor que sea más despacio, y con cuchillo de madera.

Dicho esto desapareció. De aquí coligió el P. Antonio que sin duda se iba armando contra él alguna furiosa tormenta, y con grande ánimo se ofreció á padecerla por amor de Cristo y salvacion de las almas.

La segunda fué que cuando él salió de aquella santa ermita de Nuestra Señora de Copacavana, entró en ella un español casado en la Villa Rica, que con intento de pasar al Perú, vino por la vera de San Pablo, y

hallando el tránsito muy dificultoso, se domicilió en aquella ciudad.

Este, considerando su gran pobreza, cargado de hijos y mujer y que su mala fortuna lo había sepultado en aquel rincón solitario del mundo, y cortado el hilo á sus esperanzas, vivía anegado en un piélago de profunda melancolía y á pique de dar en el abismo de la desesperacion.

En medio de estas ondas que combatían su afligido corazon, acudió cuerdo á buscar puerto seguro en la que lo es de todos los navegantes, y á hacer una novena en dicha santa ermita.

El último día, no descubriendo tierra, ni á sus males remedio, hecho un mar de lágrimas, quedó como absorto, y en esta suspension de sentidos le pareció ver delante de sí al P. Antonio Ruiz, que le decía:

—Hermano, si quieres que te consuele esta Señora, trata de enmendar tu mala vida; deja tal ocasion, en que te pierdes; con eso tendrás propicia á la Santísima Vírgen. Haz una buena confesion, con verdadero dolor, de todo lo pasado, y con firme propó-

sito de la enmienda en lo porvenir, que con eso darás en la vena del verdadero contento.

Oyó el consejo y propuso de ejecutarlo. Volvió de aquel embelesamiento y abstraccion de sentidos y vióse delante al P. Antonio Ruiz como quien se despedía para salir de la ermita. Detúvose breve rato en el examen de su conciencia, salió en busca del Padre, que creyó estaba en el lugar, y supo de cierto había ya cuatro días que había partido.

Admirado del caso, encontró algunos días después con el P. Francisco Díaz, rogóle le oyese de penitencia, y refirióle todo lo dicho, afirmando por cosa cierta que el Padre Antonio Ruiz había estado con él en dicha ermita cuando cuatro días antes, en compañía del mismo P. Francisco Diaz, había ausentádose de aquel pueblo. De donde se infiere ó que algún angel en cuerpo asunto tomó su figura ó que el P. Antonio estuvo en dos lugares para el consuelo y salud espiritual de aquella alma, como su gran Padre San Ignacio, que sin ausentarse de la

casa profesa de Roma, se halló en Colonia, de Alemania, para consolar á un súbdito suyo.

A otras muchas personas contó este buen español lo que con dicho Padre le había sucedido, y que toda su dicha consistió en los saludables consejos que le dió en la ermita, reprendiéndole pecados ocultos que no pudo saber sin revelacion divina.

El P. Francisco de Ortega, varon muy fidedigno, afirma que en la reduccion de Loreto una noche iba á cerrar una puerta de la calle, que por olvido había quedado abierta, pasó por el aposento del P. Ruiz, y lo vió arrodillado, y sin detenerse á hablarle palabra ni torcer el camino, pasó á echarle la llave á la puerta, y con no pequeña admiracion encontró al mismo P. Antonio, que dejó en su celda, que venia de cerrarla, y díjole:

—¿Aquí está V. R.? ¿Pues no le he dejado en este instante en su aposento?

Calló el humilde Padre la maravilla que podía granjearle nueva veneracion.

Tercer día de Pascua de Espíritu Santo

salieron el P. Antonio Ruiz y Francisco Díaz á fundar la reduccion del Sohe, y en el camino, como si hubiera bajado sobre él alguna lengua de fuego, todo abrasado del divino, comenzó á discurrir sobre el inmenso beneficio que Dios había hecho á los hombres villanos y desagradecidos en darles para maestro y consolador al espíritu divino. Fervorizóse de suerte en esta plática, que no parecía articulaba palabras, sino que del incendio de su pecho le saltaban llamas por la boca y le encendían el rostro. Iba tan fuera de sí, que á cada paso perdía el camino y echaba por pedregales y abrojos y era necesario volverlo á él. Llevaba clavados en el cielo los ojos destilando copiosas lágrimas el fuego que ardía en el corazon.

Festejaron los indios la llegada de los Padres con muchas fiestas y regocijos. Escogieron el sitio más acomodado, y diéronle al pueblo nombre de la Purísima Concepción.

Solos cinco días estuvo el P. Antonio en aquel lugar, y dejando en él al P. Francisco Díaz, pasó al Tayaoba llevando consigo los

más principales caciques Guañañas, para establecer entre las dos naciones una perpétua paz, dar principio á su comunicacion y fin á las sangrientas discordias y guerras pasadas que á ambas partes habían costado tantas vidas.

CAPÍTULO XXII

Llega al Tayaoba, y lo que hace para reducir al famoso hechicero Guiravera.

—

Grande oposicion hacía el demonio á la conversion de los infieles por medio de aquel su infernal ministro y diabólico hechicero Guiravera, con encantos, embustes y raras transformaciones, haciendo que los troncos pareciesen hombres, que de la region del aire descendiesen demonios transfigurados en ángeles, que venían á donde él estaba y le doblaban la rodilla.

Fingía ser Dios y que se entendía con el

cielo; que unas veces él despachaba para allá sus correos; otras de allá le enviaban embajadores á explorar su voluntad.

Con estas fantásticas tramoyas hechas por arte de su dueño Satanás, llevaba encandilado al pueblo, adorado de unos y temido de otros. Cuando se recelaba de algún cacique ó se sentía agraviado, era una fiera en la venganza. Al que él mismo podía degollar por su mano, no encomendaba á la agena el sacrificio. Cuando de otra suerte no podía quitarle la vida, valíase deste diabólico estratagema.

Disponía un convite grande, y uno de sus convidados era el enemigo. Alzadas las mesas le hacía su proceso, acusándole de graves delitos, unos verdaderos, otros fingidos, y para la probanza bastaba su palabra, porque tenía más autoridad con aquellos bárbaros que Pitágoras con sus discípulos.

La sentencia sin apelacion era siempre que lo hiciesen cuartos, que lo asasen y se lo comiesen por postre. Si ni desta manera, fingía que negocios de mucha importancia pedían que enviase un correo ó embajador

al cielo. Nombraba para esta embajada á su contrario, que no le era posible rehusar. Y el sello con que firmaba los despachos eran los dientes de una víbora ponzoñosa, que aplicada á las espaldas, se las sajaba con heridas de muerte, y decía que aquella era la divisa de su embajada y el salvo conducto para que nadie pudiese embarazarle el camino. Y si alguno rehusaba este cargo, se lo hacia admitir con violencia, dando á entender que deste modo los enviaba al cielo, cuando á la verdad, con ese ardid los llevaba el demonio al cautiverio del infierno.

Con estos enredos era muy venerado y temido, y no habia quién se atreviese á disgustarlo que luego no sintiese un golpe mortal de su indignacion sobre sí. Y aunque los más entendidos huian de su comunicacion y pernicioso trato, seguíanle muchos en aquellas provincias, y era causa que no se hiciesen cristianos los infieles que deseaban serlo.

Donde más se experimentó el daño deste hechicero perjudicial, fué en la reduccion

de San Pablo, donde al P. Simón Maceta, su cura, daba continuados asaltos y lo obligaba á vivir con perpétua centinela. Y aunque procuró ganarlo con algunos regalos y presentes, entre ellos de estimacion, y los recibia con agrado, significando lo que deseaba la paz y amigable correspondencia, todo era fingido, llevando oculto en el corazón el veneno para escupirlo siempre que se ofreciese ocasion.

No se fiaba ni de los Padres ni de los indios cristianos, temiendo que harian con él lo que él deseaba hacer con ellos.

Para vivir más seguro se retiró á unas sierras asperísimas y muy separadas del humano comercio, donde á solas se entendia con sus demonios, entre los ríos Iñeay y Ubay.

Hacian los Padres y los fieles contínua oracion, suplicando á Dios domesticase este horrendo mónstruo, y lo trujese al conocimiento de la verdad, ó que si habia de proseguir en su ceguera atajase con su providencia los daños que hacia á aquella nueva cristiandad, como lo habia hecho con Simón Mago en la primitiva.

Instaban con ayunos, disciplinas y otras rigurosas penitencias, juzgando que esta mudanza solamente la podia hacer el poder de su diestra.

Sirvióle de algún motivo para tratar de reducirse, la fama de que los Guañañas, á quienes los españoles llaman Gualachos, habian abrazado la fe, rendidos á la obediencia é institucion de sus ministros, y que los agravios que á estos se habian hecho, los habian de vengar aquellos como propios.

Con esto entró en miedo de los desta nacion, sus capitales enemigos. Procuró entablar trato y comunicacion más estrecha y familiar con los de San Pablo, hurtando el cuerpo á los Tayaobas, que se sentian dél muy injuriados.

Tuvo aviso desta novedad el P. Antonio, que por todas las sendas tenía armados cepos para prender este lobo y convertirlo si pudiese en perro de la grey del Señor. Partió luego para esta reduccion á probar de nuevo la mano y ver si el hechicero le daba pie para acometerlo y rendirlo á Cristo.

Envió algunos caciques á la sierra, donde se habia hecho fuerte, para que lo fuesen halagando y disponiendo, y le hiciesen saber la fidelidad que profesaban y cordial amor que tenian los Guañañas á los Padres, en cuya defensa daria cada uno mil vidas, si tuviera tantas, y que como leones harian pedazos á los que á sus maestros se atreviesen á tocar en un hilo de la ropa.

Lo que resultó destas diligencias refiere el mismo P. Antonio en una carta á su Provincial, que siempre es la más segura de marear para hacernos á la vela en la narracion destos sucesos.

«Aunque deseo contar a V. R. muy por menor lo que me sucedió con el famoso hechicero Guiravera, no será posible reducirlo todo á los angostos límites de una carta.

En mi vida conocí hombre más grave, más entonado, arrogante y puntoso en cosas que no es posible que él las haya alcanzado por sí, sino que las ha aprendido con el magisterio del demonio, porque es voz común y fama pública que los tiene familiares, y

contrata amigablemente con ellos, y lo parece así.

Su altivez ha llegado al extremo de locura á que llegó la de Lucifer, pues hasta agora se ha arrogado el ser y el nombre de Dios, sacerdote grande y capitán general destas ciegas naciones que le obedecen.

Pasó, pues, la venida deste gran mago desta manera: Como supo que pasábamos del Tayaoba á San Pablo, me envió dos caciques principales de paz á pedirme un ornamento para decir misa, ó por lo menos un misal, que lo demás ya él lo tenía, y fué lo que me robaron la primera vez que entré en el Tayaoba, que deseaba verme, que le enviase una ropa buena.

Los mensajeros no se atrevieron á decirme lo primero; dijéronme lo segundo, y que le enviase mis palabras, porque deseaba saber lo que yo quería dél.

Esto dijo, porque como el demonio habla á estos hechiceros en los cuerpos difuntos, que ellos veneran por dioses, y los llaman así, háles dado á entender que los hechiceros insignes de esta era, son los que tienen

las almas de los que ya murieron. En cuya categoría me pone el demonio á mi, y les dice que yo tengo el alma de un famoso hechicero que floreció en los siglos pasados y se llamaba Quaracití, que significa Sol resplandeciente, y por esto corre entre ellos que yo soy Tupa Ete, el Dios verdadero.

Este desatino oí ya en el Tayaoba, aunque entonces no supe el fundamento con que lo decian, hasta que después lo averiguó el P. Cristobal de Mendoza.

Enviéle á decir con mis mensajeros que no queria que mis palabras anduviesen en lenguas de indios vasallos, que viniese en persona á oirlas, y que tomase ejemplo de todos los demás indios, que como los polluelos se van tras de su madre, así venian en pos de mí.

Y pues sabia lo que los Gualachos habian hecho nuevamente conmigo, que los imitase y gozase de un buen dia, antes que le viniese alguno malo.

Dí á los embajadores algunas cosillas, con que los despaché muy contentos. Envié también un cacique principal, cristiano anti-

guo, y cuando gentil, bien conocido por la fama de hechicero.

Llegó éste al pueblo de Guiravera y halló que le tenian preparada para su recibimiento una calle enramada y alfombrado el suelo con varias yerbas. Entró dando voces, según el uso de aquella gente, diciendo que yo le enviaba por Guiravera.

Salió él con mucho entono y gravedad de su casa con una espada en la mano, y habiendo oido la embajada, dijo:

—Yo no quiero ir; algunos de mis vasallos enviaré. Y si otro que vos hubiera venido á llamarme, yo lo matara y me lo comiera.

Al fin mi cacique con buenas razones lo convenció que viniese. Antes de llegar envió delante más de doce correos, uno después de otro, avisando le saliesen al encuentro tales y tales caciques, que se le enramasen las calles, que se le tendiese ropa por el suelo, y que á él le enviásemos un ropon nuevo, con que apareciese en el pueblo, que se juntasen las indias y á coros cantasen motetes alegres en su recibimiento. Que no habia de

entrar ni en nuestra casa ni en la iglesia, sino que le hiciesen una enramada propia para sola su persona, que en ella le pusiesen su sitial y todo el pavimento cubierto de paños.

Enviéle á decir con un fiscal que tenia que hablarle en nuestra casa, y que no se recelase de traicion alguna. Lo primero con que recibió á mi mensajero fué con decirle que él era Dios y padre grande, y nosotros Padres chicos. Y que él no se dejaba ver tan fácilmente, ni de todos, ni caminaba por sus piés, sino en hombros de indios, porque habia criado el cielo y la tierra, y habia repartido todas las varas á los alcaldes y fiscales, y otros semejantes ridículos desatinos.

En llegando á vista del pueblo, le echó una bendicion como lo pudiera hacer un Pontífice Sumo, antes de hablar palabra, y luego comenzó voz en cuello su sermón. Su traje y cortejo era este: Venia vestido de dos camisetas, una larga debajo, negra, sobre ella otra corta y blanca; una espada desnuda sobre el hombro, en el pecho una

plancha que parecia de oro; las orejas taladradas con dos cañutos de la misma materia; una barba postiza larga y blanca; rompen el labio de abajo y en él la encajan, hecha de una resina como ámbar; otras forman de hueso ó de otra materia semejante. Iba delante un cacique sirviendo plaza de camarlengo, con una espada desnuda, levantada, y luego dos alas de más de cien indios soldados, y él iba diciendo á voces estos y otros muchos disparates:

—Yo soy vuestro gran padre; mirad que cuidéis de mí como buenos hijos. Vengo á la fama destos Padres, no con mal ánimo ni dañado corazón, sino á ver por mis ojos lo mucho bueno que dellos me han dicho. Esto me trae caminando por tierra, que yo no suelo pisarla.

Y remató su plática:

—Vengo á igualar mi ser con el vuestro, teniendo por Padre á los que vosotros tenéis.

Hizo alto con todo su acompañamiento y enviónos á decir que no habia de entrar en nuestra casa; porque como están hechos á

usar de tantas traiciones para matarse, temió no le tuviésemos tramada alguna.

Hice poner un toldo de lienzo, y debajo dél dos sillas en las cuales nos sentamos el P. Simón Maceta y yo, y enfrente se pusieron muchos bancos. Y él mandó á sus vasallos y caciques pusiesen sus camisetas donde él se habia de sentar, y otras por tarima de sus piés. Hízose así, y con la mayor gravedad y autoridad del mundo, se sentó con su espada en la mano, habiendo prevenido á sus vasallos que ninguno se acercarse á él. Solamente dió puesto á su lado á una india, que decia era su mujer.

Yo hice sentar aparte á los demás caciques. Y aunque habia entrado bufando como un furioso toro, amansóse mucho en presencia nuestra. Saludámosle y él á nosotros, con las frases y cortesías que ellos usan. Luego pidió un calabazo de yerba, que venia preparado, y es especie de hechicería, é hizo gestos y ademanes muy feos, como ministro del demonio. Estuvo tan inquieto, que no me dió lugar para hablarle más que algunas palabras, con las cuales le

despedí y él fué á alojarse en una casa del pueblo.

Envióme el dia siguiente á notificar de nuevo que no habia de entrar en nuestra casa. Respondíle que no queria hacerle esa honra de que entrase en ella ni me viese la cara; que se fuese luego á su tierra, que á su tiempo yo iría á traerle á despecho suyo; que sembrase en ella, que yo iría con mi gente á comer de sus sembrados.

Estos son los retos y bravatas que entre ellos usan los que quieren dar á entender que no temen ni hacen caso de sus enemigos; y que viniese con cuidado, porque ya tenia sujetos á mi obediencia á los Gualachos, vecinos y enemigos suyos tan poderosos.

Con estos fieros le humillé su orgullo y realmente le hice temer y alcancé lo que yo pretendia con ellos, porque luego me envió á decir que luego vendria á verme. Volvíle por respuesta que no queria viniese hasta que yo resolviese lo que debia hacer, y le diese nuevo aviso.

Yo disimulé, y él vino á la tarde con to-

da su gente haciendo calle con la majestad y altivez con que pudiera un emperador del mundo.

Certifico á V. R. que ni en las comedias ví afectada tal gravedad. Entró en nuestra casa, y apartado de nosotros hice le aderezasen su asiento. Teniéndole allí, procuré de nuevo con corteses y modestas razones, darle á entender lo poco que le temia, y juntamente lo mucho que le amaba, y que por su amor habia puesto á riesgo mi vida.

Oyóme con más sosiego, bebió su yerba é hizo ceremonias semejantes á las del dia antecedente. Despedímoslo contento. Hice después en señal de fiesta matar dos toros, que todos se holgaron de verlos. No obstante el ejemplo de su señor, sus vasallos y caciques, por no darle disgusto, se recataban de entrar en nuestra casa é iglesia.

Procuró el P. Simón introducir á uno á fuerza de halagos; regalólo mucho, y aquel sirvió de reclamo á los demás, con que ya sin recelo acudieron todos, y con el agasajo y regalo que el Padre les hizo se aficionaron de manera que no sabian salir

de nuestra casa. Lo cual importó mucho, porque Guiravera les habia hecho creer mil mentiras de nosotros, y nos tenian por fantasmas horribles é intratables.

Bien desengañados quedaron y á una voz dijeron que si Guiravera no queria ser hijo de los Padres, ellos lo dejarian para venir á serlo. Hízose un banquete, y aunque venia la gente de su guarda haciendo plaza y escoltando su persona, temió mucho, porque de los descuidos de convites semejantes se valen ellos para matarse á traicion. Asegurélo y vino y le hice que comiese, aunque estaba tan mesurado que en todo él no mostró un semblante de risa, aunque á nosotros nos la causaba grande su afectada gravedad. Apenas habló palabra, mostrando los demás en las suyas mucho regocijo. Dijo después que él no se dejaba ver de todos ni admitia convidados á su mesa.

Cuatro dias se detuvo en el pueblo y después de haber dado palabra de reducirse con toda su gente, vino á despedirse. Presentele un buen vestido y otras muchas cosas para su matalotaje.

Hícele proveer abundantemente de carne, harina, piñones y maices. Quedó notablemente contento, y al partir le dije estas razones con puro celo de la gloria de Dios, cuyo culto él impiamente pretendia para sí.

—Hijo Guiravera, en estos dias he dicho muchas cosas; agora, por despedida te quiero decir pocas y buenas, y querria las estampases en tu memoria.

Respondió que dijese, que con mucho gusto las oiria.

—Pues sabe que eres indio y hombre como los demás, y no sé si tan bueno y virtuoso, que la fama lo contrario publica. Persuádete que has de morir como todos tus antepasados, y como yo también sé que he morir; porque eres hombre amasado del mismo barro y no tienes privilegio que te exente del tributo común que todos los mortales pagamos á la muerte, y que no tienes un dia seguro de vida. Hombre eres y en muchas cosas te semejas á las fieras; criatura eres de Dios como yo; este Señor, criador del Universo, es el que solo es Dios Todo-

poderoso, de cuya mano recibimos el sér y los bienes que gozamos.

Lo que importa es que tú lo reconozcas y adores por tal y le des satisfaccion del agravio grande que le has hecho pretendiendo usurparle el culto y veneracion debida á sola su deidad. Y no cumplirás con eso si con todas tus fuerzas no procuras que lo reconozcan y adoren todos tus vasallos, que por culpa tuya han vivido hasta aquí engañados y ciegos. No fies de los demonios que se te mienten amigos; advierte que son traidores y que cuando más confiado vivas te darán el traspié y contigo en el infierno. Mira que Dios sufre, pero compensa la tardanza del castigo con su gravedad.

A este tono proseguí en decirle lo que de repente me iba dictando el Espíritu Santo. Declaréle brevemente los misterios de la fe y concluí mi sermón.

El deseo vivo que tengo de que conmigo, que soy sacerdote del verdadero Dios, te le humilles y lo confieses y tiembles de su justicia y te aproveches de su misericordia como yo con su gracia lo hago, me sacó de

mi patria, donde pudiera vivir con todo regalo y me hace andar con la vida al tablero, fatigado, perdido y hambriento por estos espesos montes para que tú salves tu alma y le pidas perdon de las gravísimas ofensas que en el discurso de tantos años le has hecho, de haber perseguido á sol y á sombra su santísima ley, de haber apartado de ella con tus crueldades tantos como con gusto la hubieran recibido y de la fiera carnecería que has hecho en amigos y enemigos. Pues tarde ó temprano de todo has de dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Su Majestad, por quien es, se compadezca de tí y te alumbre como yo se lo suplico y no cesaré de suplicarlo, hasta que te vea verdadero cristiano y fidelísimo siervo suyo, como lo espero de tu buen entendimiento, á pesar de tu depravada voluntad, tan ennegrecida en tus vicios.

Enmudeció el bárbaro á esta carga y peso de razones, y dijo después que se habia holgado mucho de que se las dijese con tanta libertad.

Despidióse de nosotros, y para que fuese

más sabroso, quise honrarle más en la partida; convoqué la gente del pueblo y se alistaron en sus banderas hasta cuatrocientos flecheros, divididos en solas dos compañías, cuyos capitanes llevaban arcabuces. Después de haber escaramuzado á vista de los huéspedes, concurrieron á casa de Guiravera, que tenía en la mano la vara que yo le habia dado en nombre de Su Majestad, como también las suyas á sus principales caciques. Sacáronlo de su cuartel formando dos lucidas hileras las dos compañías, llevando en medio la tropa de sus indios, capitaneados de sus caciques. Seguían luego otros más principales, después uno con una espada desnuda y alta en la mano, y cerraba el escuadron Guiravera con la suya en el hombro con la misma arrogancia y pasos de hinchado pavon, entre dos caciques los más validos.

Salimos á verle pasar el P. Simón Maceta y yo, y el P. Cristóbal de Mendoza, que poco antes había llegado de la Encarnación. Y el indio Guiravera se llegó á despedir otra vez de nosotros, pero no ya con tanta altivez,

sino con más humanidad y cortesía, dándonos palabra de que presto volvería á vernos. Con que me dejó notablemente consolado.

Hasta aquí la sustancia de la carta citada.

Grande fué el consuelo que los celosos operarios tuvieron con las esperanzas que daba aquella fiera de convertirse en hombre, aquel capital enemigo de la fe cristiana en discípulo de Cristo.

Parecíales, y bien, que de su conversion pendia la de muchos que detenia, ó con sus engaños y diabólicas tramoyas, ó con sus fieros y rigores; pero esta alegría se les aguó con la nueva de que los Mamalucos del Brasil estaban ya con formado campo sobre las reducciones.

CAPITULO XXIII

Va el P. Antonio á la Encarnación al rescate de algunos indios que habían cautivado los Mamalucos de San Pablo.

—

No le falta su Argel á la nueva cristiandad del Paraguay de donde salen piratas por tierra á cautivar por esclavos suyos á los indios recién convertidos. Y lo que más de sentir es que ejecuten estos cautiverios de cristianos los que se honran con tan santa profesion, y verdaderamente en la codicia y crueldad son peores que los turcos.

Yo no entiendo cómo le cuadra á aquella ladronera, poblada toda de foragidos, de des-

terrados por atroces delitos y de judíos en hábito de cristianos, el título de San Pablo, mejor le estuviera el de Saulo, con alusion á que cuando llevó este nombre fué perseguidor sangriento de la Iglesia de Cristo: *Saulus adhuc spirans minarum & cœdis in discipulos Domini*: lobo voracísimo, que hizo tan lastimosos estragos en el ganado de Cristo.

No son menos lamentables los que hacen estos piratas de San Pablo en los indios de aquellas reducciones, sin que haya respeto humano ni temor divino que enfrene sus hostilidades y osadías. Esto se entenderá mejor por lo que adelante diremos, pues cuando con felicísimos aumentos iba más pujante la conversion de los gentiles y el santo nombre de Dios, con grande gloria suya, era venerado en muchas provincias donde en tantos siglos no habia sido conocido, cuando los valientes soldados de la milicia de Jesús, á costa de su sangre tenian en tan buen estado esta conquista, y le habian quitado al demonio de las uñas la presa de tantas almas y reducian las ovejas des-

carriadas y perdidas á los apriscos del buen pastor, entonces se metieron en campaña contra ellas manadas de fieras montaraces, salidas de las madrigueras del Brasil, de San Pablo, San Vicente, Santos y Cananea, instigados de Satanás.

Estos cristianos en el nombre, y en sus vidas y costumbres, enemigos declarados de la cruz de Cristo, agavillados en varias tropas acometieron la más florida cristiandad que se habia visto formada de gentiles en toda la América, echando una mancha grande y feísimo borron en el nombre español, y en el blason de la nacion más pía y más celosa de la exhaltacion de la fe, quemando lugares, saqueando iglesias, cautivando los fieles á millares, ejecutando en ellos crueldades inauditas sin perdonar á los ministros de Dios que animosamente dieron sus vidas como buenos pastores por defender el ganado de aquellos lobos carniceros.

Tengo por cierto que á los bronces más duros ha de enternecer la relacion destos trágicos sucesos. ¡Qué extremos de sentimientos harian aquellos misioneros santos

que presentes los lloraron con sus ojos y vieron en un punto malogrados trabajos y sudores de tantos años! No así siente el pobre labrador después de las fatigas y gastos de la sementera, con las escarchas del invierno la súbita tempestad que con espesas ruciadas de granizo le tala sus mieses, cuando ya estaba para echarles la hoz.

Dieron estas escuadras del demonio su primer asalto en la reduccion de la Encarnacion, cuando los indios estaban esparcidos por sus chácaras y honestamente ocupados en hacer sus sementeras.

Destos cautivaron diecisiete y cargados de prisiones los llevaron al fortín, donde iban juntando la presa para tenerla segura. Algunos que se escaparon por piés vinieron á dar aviso al P. Antonio Ruiz, que como queda dicho estaba en la reduccion de San Pablo muy gozoso con las esperanzas de reducir al cacique y hechicero Guiravera. Atravesóle esta nueva su celoso y compasivo corazon, y más el darle Dios á entender *Hœc autem omnia initia sunt dolorum*, que no era aquel más que preludio y ligera esca-

ramuza de las batallas y daños venideros, y unas como estrenas del duro y prolongado martirio que había de padecer, como se lo profetizó el V. P. y mártir insigne Roque González de Santa Cruz. Los mismos extremos de sentimiento hicieron los Padres sus compañeros.

Envió con el P. Cristobal de Mendoza, cuyos feligreses eran los indios cautivos un recado al fuerte donde los españoles recogían el pillaje, representándoles que aquellos indios eran cristianos y recién convertidos, que voluntariamente y sin violencia dearmas habían abrazado la fe, que les rogaba por las entrañas de Cristo no pusiesen este gran tropiezo á la predicacion del Evangelio ni diesen ocasion para blasfemar á sus enemigos, diciendo que los recogíamos en pueblos para más facilmente hacerlos esclavos, sin la fatiga de irlos á cazar por los montes donde antes vivían á ley de brutos; que temiesen la indignacion de ambas majestades humana y divina, que no dejarían sin castigo tan atroz injusticia é inhumanidad.

La respuesta que los corsarios dieron fué

en descortesías y baldones, perdiendo á Dios y á su ministro con desollada desvergüenza el respeto, y prosiguiendo con hambre más que de lobos, en hacer cuantos prisioneros podían.

Entraron en reconsejo los afligidos operarios y juzgaron les corría obligacion de salir á la defensa de aquellos inocentes corderos, aunque fuese á costa de sus vidas. Y pues aquellos malos cristianos en sus invasiones y hostilidades eran peores que turcos y no escuchaban razon, era, no solo lícito, sino forzoso acudir á las armas & *vim vi repellere* como lo hacen todos, eclesiásticos, religiosos y seglares, cuando las galeotas de los turcos asaltan algún pueblo cristiano en las costas del mar, que todos se arman para defenderse.

Mandó el valeroso Padre, con parecer de sus compañeros, tan doctos como santos, formar con toda priesa un escuadron de mil y trescientos flecheros, que si como les sobraba el valor no les faltaran armas de fuego iguales á las de los contrarios, eran bastantes para retirar mayor muchedumbre.

Plantóse este ejército á vista del enemigo para que reconociendo el poder con que iban sobre ellos, entregasen los cautivos.

Iba en retaguardia el P. Antonio, que no pretendía hacer daño á los injustos agresores, sino que diesen en la cuenta y libertad á sus cautivos. Envió segunda embajada con los PP. Cristóbal de Mendoza y Josef Domenec rogándoles de nuevo la libertad de aquellos pobres indios. Llevaban los Padres en escolta trescientos flecheros, y aunque con divisa de paz, así como los descubrieron los enemigos, salieron del fuerte ellos y los Tupís como desatados leones, dieron una rociada de mosquetes y flechas, con que mataron uno, hirieron cinco, y al fervoroso ministro de Dios el P. Cristóbal de Mendoza le clavaron una flecha en el cuello y otra en el pecho, y aunque las dos heridas eran de peligro, escapó de milagro.

Y con su cruz en las manos, arrojando copia de sangre, animoso se metió por los escuadrones enemigos gritando que no venían de guerra sino de paz, que les rogaba por Cristo crucificado les restituye-

sen sus cautivos. Pero sus obstinados corazones no daban oídos á tan justas plegarias, aunque no dejó de ponerles en cuidado y causarles temor la intrepidez con que se arrojaban en medio de las armas por defender sus feligreses.

Venció finalmente su tesón á pesar de la tirana rebeldía; entró en el fuerte con su tropa y con sus dos flechas clavadas sin haber ellos desarmado un arco, en testimonio de que venían de paz. Cuando los Padres amorosos vieron á sus hijos en collares y cadenas afligidos, maltratados de aquella canalla cruel y muertos de hambre, arrojáronse á ellos dándoles tiernos abrazos sin que lo pudiesen estorbar los enemigos, que quedaron atónitos con este espectáculo, y más por miedo que por vergüenza ó compasion les restituyeron todos sus prisioneros. Volvieron estos nuevos redentores muy contentos con ellos á sus reales. Y aquella impía infantería en orden de batalla salió á reconocer el ejército de nuestros indios cristianos. Salieron á donde estaba plantada; y viendo que se acercaban, fué á ellos el P. Antonio

Ruiz y requiriólos de parte de Dios y de Su Majestad católica, cuyas tierras inquietaban con sus correrías, diesen la vuelta á sus pueblos y no turbasen la paz de los indios cristianos que en servicio de Dios y de su rey y señor vivían en los suyos debajo de su real proteccion.

Respondiéronle atrevidos que tenían su rey en el Brasil, dando á entender eran ya sabedores del alzamiento de Portugal y de su rey intruso.

Sentido el Padre Antonio de que con tanto descoco se declarasen rebeldes á las dos Majestades, puso por testigos á la tierra y al cielo, y á cuantos se hallaron presentes, de haber hecho lo que le tocaba para evitar derramamiento de sangre. Fué necesaria toda su autoridad para reprimir el coraje de nuestros indios, que solamente esperaban señal para cerrar con ellos, y es cierto que aunque sus armas eran desiguales, por superiores en número, en causa y valor, hubieran dado al traste con todos.

Diéronles lugar para volver á su fuerte y

de allí á sus tierras, y los Padres con sus cautivos rescatados volvieron muy alegres á la suya, cantando con David: *Laqueus, contritus est & nos liberati sumus.*

CAPITULO XXIV

Funda el P. Antonio otras dos reducciones, una en el Ibitiruna de San Miguel, otra en el Ibiticoy de San Antonio.

Entre tanto que el P. Antonio Ruiz trabajaba infatigablemente en reducir la provincia de los Guañañas ó Gualachos, los indios Camperos que antes intentaron matar al P. Francisco Díaz Taño, desengañados ya con lo que la fama publicaba de la hermosura de la paz con que otros indios hechos cristianos vivían en sus pueblos, regidos por los Padres, enviaron algunos caciques á la Encarnación á visitar al P. Cris-

tóbal de Mendoza, escusando la pasada alevosía y echando la culpa del mal recibimiento que les hicieron á los que los habían engañado con siniestras informaciones, agenas de la verdad y que estaban ya muy reconocidos y pesarosos de lo pasado, con vivos deseos de que fuesen á sus tierras á predicar el Santo Evangelio, que prometían lealtad y todo buen pasaje. Recibiólos el Padre con muestras de amor, hízoles muchas caricias y regalos; honrólos con varas de alcaldes, para que ejerciendo jurisdicción real, con ella juntasen la gente principal y ordinaria, y todos conformes recibiesen la divina ley. Halláronse estos caciques presentes en la salida que hicieron estos Padres con ejército formado al rescate de los indios que los Mamalucos les llevaban cautivos, y este fué nuevo motivo para acelerar su conversion, porque oyeron decir que aquellos no venían á cautivar cristianos, sino gentiles.

Esta voz echaron y fué diabólico ardid para coger descuidados á los cristianos, como lo mostró la experiencia, pues realmente traían grabado en sus pérfidos pechos por

lema ó tema de sus impías empresas: *Tros, rutulusve suat, nullo discrimine habentor.* Ninguna distincion hacían entre cristianos y gentiles; con tanto gusto arrebataban á su tirana servidumbre los unos como los otros. Porque los que salían á esta pecorea ó eran hombres sin conciencias ó se las dejaban en sus casas, pues obraban como gente sin alma y sin Dios. Con todo, aquel rumor falso ayudó no poco á los Camperos para alistarse en las banderas de la Iglesia, juzgando que unidos todos con el vínculo de una religion y fraterna caridad, podrían defenderse mejor del enemigo común.

Dejó el P. Antonio en la Encarnacion al P. Josef Domenec y partió con el P. Cristóbal de Mendoza á fundar la reduccion de San Miguel. Y como la gente era mucha, luego se formó un lucidísimo pueblo. Comenzó la tarea de los catecismos por los adultos heridos de la peste, que eran muchos; bautizaron gran número de infantes. Y como el contagio iba derribando la miés, los solícitos padres de familias la iban recogiendo en las trojes del cielo, lo cual no so-

lamente hicieron con los Gualachos, sino también con los Tayaobas, donde cundió la misma enfermedad.

Tuvo noticia que la tierra adentro más vecina al mar, había otro sitio muy acomodado; envió allá al P. Cristóbal de Mendoza con orden de fundar otro pueblo si hallase bastante número de pobladores. Llamó al P. Pedro de Mola, que estaba en la reducción del Tucutí, el cual vino luego con buen socorro de víveres, bien necesario para la extrema necesidad que padecían los nuevamente congregados, porque muchos dellos vinieron huyendo del Mamaluco, y no pudieron traer aún el bastimento precisamente necesario para la fuga.

Habiendo encomendado al P. Pedro Mola la reduccion de San Miguel, pasó el V. Padre Antonio á fundar la de San Antonio distante una jornada. Fué muy bien recibido de los indios; comenzó la fábrica del pueblo, iglesia y casa. Levantó una hermosa cruz cargando sobre sus hombros la pesadísima de haber de reducir á vida política y virtuosa gente tan ruda, y toda la vida

hecha á seguir sus bestiales apetitos. Ninguno, sino aquel que lo experimenta sabe lo mucho que se padece en este santo ejercicio.

Yo juzgo que en cada indio que se convierte y catequiza y hace capaz de los misterios de fe, obra Dios un milagro. Y por eso este empleo es tan alto, tan meritorio y tan grato á Su Majestad. Aquí se detuvo algunos días, instruyendo á los adultos enfermos para el bautismo, ministrándolo á los niños y catequizando á los demás. En este tiempo estaban los ladrones Mamalucos en un paraje algo distante que llaman Cogoindi, corriendo la tierra y cautivando los infieles de su contorno; y como no llegaban á donde nuestros indios se habían congregado, estaban muy alegres teniéndose por seguros. Si bien los Padres vivían con sobresalto, como quien tan conocidas tenían las malas mañas de aquellas fieras traidoras.

Con grave cuidado vivía el P. Antonio rumiando lo que estos enemigos le dijeron cuando se vió con ellos en el fortín, que al

mismo tiempo que ellos salieron en corso, partió del Brasil el gobernador de Paraguay y decían también que éste les había dado licencia para que talasen la tierra y cargasen con sus pobladores y naturales, con condicion que á él le diesen parte del pillaje para el beneficio de los ingenios de azúcar que tenía en el río Geneiro, donde había casado. Y que les prometía que en llegando á su gobierno él desterraría los mastines que defendían el ganado para que más á su salvo lo pudiesen embestir. Y aunque recateó el crédito el prudente Padre, ni pudo creer tan atroces tiranías de un ministro del católico monarca, electo por su Real Consejo para fiarle gobierno de tanta importancia, y descargar en él la real conciencia, ni que contraviniendo á muchas cédulas reales se atreviese á venir por el camino de San Pablo, abriéndolo y facilitando el paso á los enemigos; pero como lo afirmaban tantos, si no tuvo suficiente motivo para creerlo, tuvo bastante razón para vivir sobresaltado y temeroso.

Presto tocó con las manos su desengaño

y conoció ser verdad lo que le habian dicho, por una carta que recibió de este gobernador, en que le daba aviso y lo podía saber de buena tinta, siendo él cómplice, y fautor de la maldad cómo venían sobre las reducciones los Mamalucos con gran poder, que se retirasen. Constó después lo que había pactado con estos enemigos, con auténticos testimonios, y por sentencia de la Audiencia Real de Chuquisaca, fué severamente castigado con privacion perpétua de oficios reales. Y porque en aquella carta le decía importaba se viesen para cosas concernientes al servicio del rey, y por lo que otros le dijeron que el gobernador deseaba conocer y comunicar al gran cacique D. Nicolás Tayaoba, determinó ir el Padre Antonio á darle cuenta y querellarse de las crueles invasiones que los de la costa del Brasil hacían en los pueblos de aquellos pobres naturales sujetos á Dios y á la Corona de Castilla.

Entre tanto que se disponia para esta jornada, ordenó que el P. Pedro de Espinosa acompañase al cacique para que este

no fuese molestado de los españoles. Y porque actualmente su reduccion padecía la peste de las viruelas, dió orden al P. Francisco Díaz Taño que en ausencia de aquel asistiese y ejercitase su gran caridad con los Tayaobas enfermos.

Cuando se iba adelantando por momentos la conversion deste gentilismo y amenazaban las calamidades que tenían en prensa el corazon compasivo del P. Antonio que ya las pronosticaba futuras como si las llorara presentes, envió el próbido Padre de familias á la viña tres operarios de refresco, que fueron el P. Silverio Pastor, que había de dar el lleno á su renombre en la guarda y defensa de aquel ganado, el P. Justo Mansilla, justo y sin mancilla en su religiosa vida y ejemplarísima conversacion y el Padre Agustín de Contreras en cuyo semblante veneré siempre un espejo de modestia, una idea viva, de apacibilidad y compostura, varon en todo grande, pero en la caridad eminente.

Estos tres, con otra lucida compañía de aventajados sujetos vinieron de España,

conducidos por el P. Gaspar Sobrino, Procurador general de Paraguay y aportaron á Buenos Aires por los años de 1628, el último de Abril y á las reducciones los tres, á los once de Noviembre del mismo año.

CAPÍTULO XXV

Dase principio á la reducción de Santo Tomé entre las de San Pablo y del Tayaoba y conversión de la gente más feroz de todas aquellas provincias.

—

Ejecutando el P. Francisco Díaz Taño el orden del P. Antonio Ruiz, bajó de la reduccion de los Guañañas á la de los Tayaobas á substituir por el P. Pedro de Espinosa. Llevó consigo los caciques guerreros de más fama desta belicosa nacion, á quienes los Tayaobas recibieron con tanto festivo alborozo como si entre ellos no hubiera precedido la guerra, que por espacio de tantos

años, á fuego y sangre se hicieron. Divulgáronse luego estas paces y amigable confederacion que habían hecho estas dos naciones tan enemigas, con que los infieles quedaron aturdidos y el bravo Guiravera se acabó de amansar y sujetar la cerviz á la coyunda del suave yugo de Cristo, viendo que si no se reducía no podía prevalecer contra adversarios tan unidos y poderosos.

Había entre las provincias del Tayaoba y del Iñeay buena suma de infieles cimarrones, los más terribles y fieros de aquella region; y aunque el capataz á quien por sus encantos todos veneraban y temían era Guiravera, casi llegaba á competirle en séquito y autoridad el grande hechicero Yaciendi. Este es el que con sus vasallos vino algunas veces á quitalle al P. Antonio la vida, que avergonzado de no habèr tenido bríos para ponerlo en ejecucion se había retirado á unos valles muy solitarios y puesto entredicho en su comunicación á Guiravera y á todos los de su gavilla haciendo rancho de por sí.

Procuró el P. Francisco Díaz ganar para

Dios aquella gente inculta y montaráz y asolar aquella Geneva del demonio. Envióles mensajeros de confianza, significándoles el deseo que tenía de verles y comunicarles y tenerlos por muy amigos, particularmente á su gran cacique Yaciendi, y que los caciques Guañañas vivían con el mismo deseo de confederarse con ellos, como lo habian hecho con los Tayaobas, y que si gustasen podian venir á su pueblo, con la seguridad con que habia venido Guiravera, con toda su presuncion y soberanía.

Llevaron esta embajada dos grandes caciques del Tayaoba y volvieron diciendo que muchos de los indios se habian alegrado con ella, otros entristecido y que Yaciendi habia mostrado más sentimiento porque le remordía la conciencia de sus homicidios y crueldades, y temía que lo llamaban con dolo para vengar los agravios que habia hecho al P. Antonio Ruiz.

Despachados los embajadores consultaron entre sí los bárbaros lo que habian de hacer. Unos con desesperada resolucion dijeron que no querian ver Padres en sus tierras, ni

que en ellas se oyese la predicacion del Evangelio, siguiendo el parecer de algunos hechiceros, y más á ciegas el de Yaciendi, á cuya autoridad deferían todos mucho.

Mejor acuerdo tuvieron los de la opinion contraria, pues resolvieron reducirse, recibir la fe y visitar al Padre.

Nombraron cuatro caciques de los más entendidos y valientes, que con otros muchos indios se pusieron luego en camino, enviando delante correo de aviso cómo iban, obedeciendo su mandato.

Hizo el Padre junta del pueblo para recibirlos con festivo aparato. Lleváronlos á la iglesia, y allí los abrazó con entrañas de caridad. Dióles brevemente á entender el intento de los predicadores evangélicos en venir á sus tierras padeciendo inmensos trabajos, que no era otro que enseñarles el camino del cielo y darles á conocer el verdadero Dios. Oyéronlo con gusto y mostraron deseo de saber con qué fin los habia enviado á llamar.

Mandólos aposentar en las casas de los principales caciques, encargándoles los agasajasen y regalasen mucho.

Con esto les cautivó las voluntades y visitándole muchas veces le dijeron conocían bien la dicha de los que merecían ser hijos suyos, y que le rogaban los admitiese en este número, que ellos ofrecían traer á la misma felicidad á todos los de su comarca, con que se fundaría una numerosa reduccion.

Alabóles el intento, dióles algunas alhajas de hierro, que las estiman más que si fuesen de oro, como son hachas, anzuelos, cuchillos, agujas y alfileres; recibiéronlas con estimacion y agradecimiento, y no acababan de mirarlas y admirarlas.

Instaron de nuevo se les senalase sitio para fabricar sus casas y habitar de asiento con sus familias en ellas. Dióles buenas esperanzas, con que se fueron contentos. Dentro de ocho dias volvieron con otros muchos caciques, y entre ellos un hermano del hechicero Yaciendi y otros vasallos suyos que lo habian desamparado.

En pos de estos vinieron otros muchos, y como nunca habian visto al Padre no sabian apartar dél los ojos, y mirándolo de cabeza á piés, quedaban asombrados, como si vie-

ran un hombre venido del otro mundo; porfiaban en que se les señalase sitio; pusieron los ojos en un lugar cómodo, cerca de un entierro ó cementerio, que según harto fundada tradicion, lo hizo el apóstol Santo Tomé cuando santificó con su presencia aquellas provincias con ocasion de una peste de que murieron muchos y el santo apóstol los bautizó y dió sepultura.

Es este entierro una gran plaza en medio de una espaciosa llanura que yace entre dos encumbrados cerros, de donde se descuelga un hermoso y cristalino arroyo que la baña, está eminente como un hilo de tapia, todo lleno de huesos y calaveras.

Rogarónle al Padre lo fuese á ver. Dióles gusto, y en él halló muchedumbre grande de hombres y mujeres que festejaron su venida. Y para mayor solemnidad, tenían prevenido un instrumento particular para la pesca, con que en un instante sacaron gran número de peces y con ellos sirvieron al Padre. Aprobó el sitio y dióse en él principio á la reduccion de Santo Tomé, con la ceremonia acostumbrada, colocando en la eminencia más

alta el real estandarte de la santa cruz. Con tal fervor emprendieron la obra, que en breve tiempo acabaron de poner en forma sus edificios y llegaron los moradores á cuatro mil almas en ochocientas familias. Bautizó luego todos los infantes, muchos de los cuales murieron del contagio y comenzaron á vivir en el cielo.

Quiso Nuestro Señor usar de su misericordia con algunos, que siguiéndoles la felicidad, huían della agavillados con el hechicero Yaciendi. Dieron en ellos los salteadores de San Pablo, mataron á unos, cautivaron á otros, y muchos escaparon y con dicho hechicero se acogieron á salvarse en el pueblo.

No estaba el P. Simón Maceta ocioso en este tiempo, que todo lo empleaba en enviar almas al cielo en su reduccion de San Pablo. A ella vino el P. Antonio y resolvió de dar principio á la de Jesús María en el pueblo de Guiravera, como lo dirá el capítulo siguiente, habiendo dejado en la de San Miguel al P. Justo Mansilla, y al P. Mola en la de San Antonio.

CAPÍTULO XXVI

Entra en las tierras de Guiravera y funda la reducción de Jesús María.

El que no hiciere reparo en lo que la omnipotencia de Dios, para mayor gloria suya suele obrar por medios de humildes y flacos instrumentos y lo que estos suelen conseguir, poniendo en aquella toda su confianza algún motivo tendrá para censurar, si no de temerarios, de indiscretamente animosos á cuatro pobres sacerdotes extranjeros, que sin otras armas defensivas ni ofensivas que una cruz en las manos, se meten por medio de naciones tan bárbaras y perversas y fian

sus vidas de la misma infidelidad, pues no hay en el mundo hombres más infieles y traidores, de menos verdad y que más falten á su palabra que estos hechiceros, los cuales hostigados del demonio, en viendo la suya, ejecutan cualquier alevosía y crueldad. Y que entre tropas destos tigres siempre sedientos de sangre humana vivan tan alegres y seguros los corderos; ¿quién no vé ser esta obra propia de la mano de Dios?

Fiado en esta paternal providencia que tantas veces había experimentado propicia nuestro Padre Antonio, se arrojó al mayor peligro entrando á fundar la reduccion en el mismo pueblo de aquel gran ministro de los demonios, capital enemigo de la fe, el famoso cacique y hechicero Guiravera. Lo que á mi ver, fué mayor prodigio que si cuatro soldados sin armas acometiesen á fabricarle al católico monarca una fuerza dentro de los muros de Argel.

Antes que saliese de San Pablo señaló al P. Josef Domenec para que llenase los vacíos del V. P. Simón Maceta, que aunque éste dejaba grande hueco, púdoselo prome-

ter del aventajado caudal del substituto.

Partió con dicho P. Maceta á la nueva fundacion, fiando todo el feliz suceso della de la proteccion divina y del favor de la soberana Virgen. Lo que pasó en esta peligrosa jornada, cuenta en su *Conquista espiritual*, por estas palabras:

«De allí á pocos días el P. Simón Maceta y yo nos pusimos en camino para las tierras de Guiravera, aquel portento de altivez que pintamos arriba. Recibiónos el indio con buen semblante. Enarbolamos la bandera de la cruz en medio de aquella leonera, pues todas aquellas sierras y quebradas estaban pobladas de muchos y famosos hechiceros, donde nunca se había visto accion de virtud y humanidad; su contratacion con los demonios, sus cuidados los hechizos, fomentar enemistades y guerras con los vecinos, traiciones para quitarles la vida y comerse unos á otros.

No les enseñaba otra arte de bien vivir su infernal maestro, y salían en esta facultad eminentes discípulos. Ya, gracias al Señor, en este espeso soto, vivar antiguo de

venenosas serpientes, se gozan delicias de Paraíso. Ya se predica en la iglesia la divina palabra y se oye con gusto; ya los vecinos en sus casas dan alabanzas al verdadero Dios; ya rezan antes de dormir las oraciones, y en despertando, su primer cuidado es implorar el divino favor. Ya en lugar de aguzar huesos humanos para sus flechas, labran de madera cruces para traerlas pendientes al cuello, y acuden puntuales á aprender los misterios de la fe y á saber lo necesario para recibir el santo bautismo y vivir, no solamente como hombres de razon, sino como buenos cristianos.»

Habian resuelto los Padres consagrar este pueblo al ínclito patron de las Españas el apóstol Santiago, pero llegando el dia de la Circuncision y Nombre Santísimo de Jesús, fiesta de Hijo y Madre, y titular de la Compañía, mudaron de parecer y lo bautizaron con los dos gloriosísimos nombres de Jesús y María, á los cuales habia de doblar las rodillas el infierno, y con cuya virtud confiaban habian de huir los demonios y desamparar aquel fuerte en que por tantos siglos

tuvieron pacífica posesion y rendido vasallaje de toda aquella nacion.

Continuó el P. Antonio su viaje á verse con el nuevo gobernador, dejando al Padre Simon Maceta como cordero entre leones; pero con su gran cordura y mansedumbre y con los ejemplos de su irreprensible vida, los fué domesticando, industriando en la fe y en la vida política y racional, administrándoles el bautismo, y matriculándolos en el libro de los escogidos.

Están estos lugares en lo más alto de aquellas serranías, y dellas descendió el Padre Antonio Ruiz al Tayaoba, consolando de paso con su presencia á los que tan tiernamente amaba, como á Benjamines que le habian costado tan acerbos dolores. Pasó al pueblo de Santo Tomé, nuevamente fundado por el P. Francisco Diaz, con peregrino artificio en su fábrica, que aún no habia visto el P. Ruiz.

Andaba aquel recogiendo por los montes algunos gentiles heridos del contagio, porque no se le muriesen sin bautismo, y allí se encontraron bien acaso los dos con mu-

tuo consuelo y admiracion de la divina providencia, porque no tenian noticia alguna el uno del otro.

Alabaron á Dios porque abría al Evangelio las puertas que el demonio tenía tan cerradas.

Despidiéronse con tiernos abrazos, y el P. Francisco continuó su viaje por aquellas montañas, donde halló más de cuatrocientos indios, en diferentes ranchos muchos dellos heridos de la peste y con riesgo de la vida del cuerpo y alma.

Acudió con toda caridad á asegurar la segunda instruyendo en los misterios de la fe á los que habian de recibir el santo bautismo. Y para atender mejor á la cura de los cuerpos, dispuso llevar todos los enfermos á la reduccion, donde podria socorrerlos con todo lo necesario.

Entendió el P. Antonio del P. Josef Cataldino antes de verse con el gobernador, lo que habia hecho en la Villa Rica, y cómo yendo á visitarle los Padres, los habia recibido con mal semblante y menos cortesía.

No faltó quien les dijo no lo extrañasen

porque era enemigo declarado de la Compañia, y que lo mostraba en sus palabras con harta desedificacion de los oyentes. Significóle la poca devoción y reverencia que había hecho al Santísimo Sacramento, pues estando patente en el templo de la residencia que allí tiene la Compañía, no quiso visitarle, como lo habían acostumbrado todos los gobernadores que de nuevo entraban en el oficio, que con mucha nota había ido á hacer oracion á una ermita distante, dando pie para hacer diferentes discursos. El más cierto fué que ya del reino de Chile traía en su pecho el encono á causa de que los Misioneros de la Compañía que van siempre con el ejército de los españoles amparan á los pobres indios de las injusticias y agravios que los soldados les hacen.

Disimularon prudentes los Padres y con toda urbanidad le visitaron y dieron la bienvenida en su casa. Comenzó luego á vomitar la ponzoña, dejándose caer con un estudiado descuido algunas razones bien indignas de su persona y puesto, todas enca-

minadas á hacer sospechosa la defensa que hacían á los indios los Padres, oponiéndose al mal tratamiento con que los ultrujan los españoles.

Por este mismo tiempo le llegaron al Padre Antonio tristes nuevas de la invasion de los Mamalucos, cautivando los indios con violencia y tiranía. Supo el gobernador la hazaña, digna de eterna memoria, que habían hecho los celosos ministros saliendo con mano armada al fortín á rescatar sus cautivos, y cuando debiera alabar su celo y agradecerlo y premiarlo y darse por bien servido, dió voces como un furioso que los Padres le usurpaban la jurisdiccion, y que no les tocaba á ellos defender la provincia. Como si cuando el enemigo asalta la plaza ó pone á la casa fuego hubiese alguno que no pudiese lícitamente acudir á la resistencia y remedio y hubiese de esperar órdenes superiores. Acometen los lobos al ganado y para defenderlo, ¿aguardarán licencia los pastores del mayoral, que dista cuatrocientas leguas?

Cuando en borrasca desecha se va á pi-

que la nave, si el piloto no vela al timon, todos tienen derecho para llevar el gobernalle. A más de que aquí no defendian los Padres lo temporal, aunque eso mismo se les debiera agradecer, como hoy les está agradeciendo el cristianísimo reino de Francia el haber defendido á París, que por ventura pendió de su valor el triunfo de la católica religion en aquel reino.

El arma que tocaron los Padres en sus reducciones, la gente de guerra que alistaron, la salida que hicieron en seguimiento de los piratas Mamalucos, fué para defender la vida de las almas de aquellos pobres indios, porque en estos asaltos á muchos degollaban catecúmenos sin recibir el santo bautismo, y á los ya cristianos sin confesion ni comunion.

FIN DEL TOMO SEGUNDO